

Crónicas de *Mujeres Atteñas*

Autonomía económica y poder



CENTRO DE PROMOCIÓN DE LA MUJER “GREGORIA APAZA”

El Centro de Promoción de la Mujer Gregoria Apaza es una organización de desarrollo social que trabaja en la ciudad de El Alto desde 1983 promoviendo la igualdad y equidad entre mujeres y hombres.

“CRÓNICAS DE MUJERES ALTEÑAS - AUTONOMÍA ECONÓMICA Y PODER”

Autora de las crónicas:

Soledad Domínguez

Revisión:

Carla Mariana Gutierrez Guarachi

Porfirio Cochi Villca

Corrección de estilo:

Cecilia Terrazas R.

Directora Ejecutiva:

Mónica Fátima Gutierrez Medina

Diseño y Diagramación:

Jorge Poma Mariaca

Abigail Nicol Laura U.

El Alto, septiembre 2025

The background of the image is white and features several faint, light gray female symbols (a circle with a cross at the bottom) scattered across it. The symbols vary in size and are positioned at different angles, creating a subtle pattern.

Crónicas de
Mujeres Atteñas

Autonomía económica y poder

Contenido

» Fermina Chambi, una vida dedicada a las dirigencias	7
» Antonia Rodríguez y la comunidad de mujeres	19
» La hora estelar de Bertha Acarapi	37
» El vendaval empresarial de Chichi Soto	55
» Ruth Ninavia, testigo de muchos tiempos ...	73
» Siete momentos en la vida de Soledad Chapetón	89
» Mabel Monje, la militante vecinal	109
» Fany Nina en las tormentas	131
» María Luisa Vargas, sin bajar la cabeza	149
» Betty Paz, flor de Tani Tani	165

Presentación

El presente documento, *Crónicas de Mujeres Alteñas*, recoge las voces, trayectorias y luchas de mujeres que desde distintos espacios han transformado la vida social, política y económica de las mujeres en la ciudad de El Alto. A través de sus historias se revela cómo la autonomía económica no solo representa un medio de subsistencia, sino que constituye la base para ejercer poder, disputar espacios de decisión y enfrentar las múltiples formas de violencia y discriminación que históricamente han marcado sus vidas.

El valor de estas crónicas radica en que no son solo memorias individuales, sino parte de una memoria colectiva que reivindica a las mujeres como protagonistas en la construcción de la ciudad de El Alto. En ellas se entrelazan las experiencias de lucha, la gestión comunitaria, el emprendimiento y el liderazgo, mostrando que la economía popular y solidaria es también un terreno de poder.

Cada relato muestra que la generación de ingresos propios permitió a estas mujeres romper silencios, desafiar estructuras patriarcales y construir liderazgos colectivos, desde el comercio en ferias y mercados hasta el emprendimiento, desde la dirigencia vecinal hasta la participación en la política, por lo tanto, la autonomía económica no es solo ingreso; es dignidad, es libertad y es la posibilidad de decidir sin pedir permiso.

Por lo tanto, al publicar estas crónicas realizamos un acto de reconocimiento y al mismo tiempo, una invitación a reflexionar sobre la urgencia de fortalecer políticas públicas y estrategias sociales que garanticen la autonomía económica de las mujeres. Solo así será posible consolidar una sociedad más justa e igualitaria, donde el poder se comparta y la dignidad de las mujeres se respete.

Mónica Fátima Gutierrez Medina
**Directora Ejecutiva del Centro de
Promoción de la Mujer Gregoria Apaza**



Fermina Chambi

UNA VIDA DEDICADA A LAS DIRIGENCIAS

Fermina Chambi dice que la Federación de Mercados y Ferias de la Ciudad de El Alto representa a multitudes, que una cantidad impresionante de afiliados y afiliadas aparece cuando se convoca a desfiles, concentraciones y marchas. Son filas interminables, larguísimas.

—Nosotras representamos a más de once mil afiliados.

Fermina Chambi ha pedido la confección de un libro que recoja la enorme experiencia histórica y organizativa de su federación, y probablemente la suya propia. Y como todavía no lo ha logrado ni la han escuchado, no duda en expresar su molestia. Pero, aparte de eso, está de acuerdo en contar su vida.

Y cuenta un poquito de esa historia personal. Su nombre completo es Fermina Chambi Ruelas, nacida en 1956 en la mina de Viloco, en el cantón de Araca, en la provincia Loayza del departamento de La Paz. Pocos años antes del nacimiento de Fermina (desde el 31 de octubre de 1952, más exactamente), Viloco pasó a ser parte de la Corporación Minera de Bolivia. Y desde antes de la nacionalización de las minas, sus obreros arrastraban la miserable vida de explotación y exacción en que los había sumido el conglomerado corporativo de Simón Patiño.

Fermina recuerda, hurgando en la bruma de su memoria, que en su casa no había nada o casi nada para comer; que eran diez hermanos; que murieron dos hermanitas; que sobrevivieron cuatro

niños y cuatro niñas, ella entre las cuatro; que no pudo asistir a la escuela; que sus hermanitas probablemente tampoco pudieron. Enseguida, habla de las migraciones de esa mina en tiempos posteriores, con la relocalización de 1986.

Pero el éxodo de su familia proviene de un tiempo más antiguo a esa relocalización. Era una vida en que tal vez un padre explotado reproducía en el hogar toda la violencia que sobre sus espaldas cargaban la empresa y el empresario. Fermina recuerda algo de eso y alguna estrategia de sobrevivencia entre los niños.

—Nosotros como hemos podido, hemos crecido. Y yo, estando muy pequeña, muy niña, a los 8 años, con la crisis que ha habido en la familia, he tenido que venirme a La Paz.

El resto de la infancia de Fermina transcurrió en la ciudad de La Paz, trabajando como empleada doméstica o, más bien como criada, como sirvienta. Porque salario, como tal, al inicio, probablemente no percibió. La paga tal vez era solo un lugar para dormir, alguna cobija, alguna ropa, algo de comida. Cuando creció, recién empezó a percibir algún salario.

Así prosiguió hasta sus 17 años, que fue la época en que se hizo de pareja y dejó el servicio doméstico para ir a vivir a la zona de Vino Tinto, en un cuarto alquilado.

—Me he visto obligada a salir a la calle a vender porque ya no podía trabajar como empleada doméstica teniendo marido. Y no sabía que era prohibido vender en las calles.

Así empezó la joven Fermina, cargando un balde de refresco y sus vasos de vidrio, sin darse cuenta, al principio, del peligro que corría. El peligro eran los gendarmes municipales, los representantes del poder, los dueños de las calles.

—Eran bien abusivos. Me han agarrado. En la intendencia de la avenida Camacho me han encerrado. Me han encerrado dos veces, inclusive con mi hijita de pecho más me han encerrado.

Desde la serenidad del presente, Fermina puede contar con relativa calma aquellos atropellos. Pero aquella madre joven no estaba para nada serena la vez que la atraparon los gendarmes

como si fuera una peligrosa delincuente. No era la única. Con ella habían caído otras mujeres, de pollera, de aspecto indígena. Agrupadas en un corral colmado de lodo las dejaban por largas horas, asustadas, humilladas, como si fueran animales a los que hay que castigar por invadir espacios humanos.

Fermina recuerda las dos veces que la arrestaron, recuerda su sensación de miedo, su llanto. Recuerda a otras “infractoras” que se quedaban encerradas el día entero en aquel corral, a veces hasta el día siguiente, sin importar que tuvieran wawitas. ¿A quién le importaba esas mujeres? Posiblemente ni el alcalde lo sabía o, si sabía, no le importaba. Además, eran tiempos de dictadura militar.

—Y yo ni podía decir nada esas veces, porque antes había sido delito vender en la calle. Y yo no tenía puesto, ambulante tenía que estar, sentada en algún lugarcito me quedaba. A veces aparecían los gendarmes, me quitaban todo. Ahí yo he aprendido ya a luchar, a defenderme y entonces ya he aprendido a ser dirigente. Ese machismo, ese abuso me han enseñado a defenderme.

Fermina pasa por encima de los detalles de su resistencia, que implica los modos que se daba para burlar la vigilancia de los gendarmes, para averiguar cómo hacer trámites, para hacer gestiones y conseguir, finalmente, un anaquel, es decir un puesto de venta en la plaza Eguino.

—Ya he solicitado patente. Yo me acuerdo, esa vez era alcalde un señor de apellido Uría. Me han dado permiso. Ahí he vendido varios años. Ya el año 1993, creo, lo he vendido mi anaquel a otra persona, porque ya no estaba yo viviendo en La Paz. Pero teniendo mi anaquel en la Eguino, yo empecé en las dirigencias. Después ya he tenido mis dos hijas, pero me he seguido dedicado al comercio, a la dirigencia.

El largo camino de la vida

Los detalles de su vida antes de los 18 años prefiere dejarlos en la sombra. A partir de los 18 años es cuando empieza a destacar la cholita joven con ímpetus de liderazgo que era. Empezó aquel camino como portaestandarte de la Asociación de Anaqueles Central La Paz, ya que tenía puesto de venta en la plaza Eguino. Portaestandarte era el último cargo en la lista de cargos

dirigenciales, reservado casi siempre para las mujeres, inclusive en organizaciones donde el 80 u 85% de afiliación estaba copado por ellas. Ser portaestandarte también implicaba el honor de llevar a todas partes el nombre de la organización.

Desde ese mínimo cargo honorífico, muchas mujeres podían avanzar en los liderazgos. Eso pasó con Fermina, que fue ascendiendo poco a poco y con el paso de los años llegó a ser ejecutiva de la Federación de Gremiales de La Paz.

—Me valoraban porque yo no extorsionaba a los afiliados. Más bien buscaba para su bienestar. He luchado para conseguir resoluciones municipales, para proteger la inamovilidad de los puestos de venta. Por esa razón, quizás, Dios me haya puesto en ese camino, yo me he atrevido a subir a la cabeza de mi federación. Ya he sido cabeza, he estado como secretaria general, he estado seis años, es decir tres gestiones (porque las gestiones duran dos años) como ejecutiva de la Federación de Gremiales de La Paz. Y después ya me he tenido que subir a El Alto, porque he conseguido vivienda aquí. Ya me han elegido como presidenta de mi zona, la primera mujer presidenta de junta vecinal he sido. Entonces la ciudad de La Paz ya he tenido que abandonar, ya mi puesto, mi anaquel en la plaza lo he vendido, ya me he dedicado exclusivamente a vivir y trabajar en El Alto, hasta el día de hoy.

Fermina crió solita a sus dos hijas. Solita las sacó adelante, como pudo y en tanto pudo, porque el marido la abandonó cuando tendría unos 23 o 24 años, y sus niñas cinco y tres añitos, respectivamente, aunque ella asegura que el abandono ocurrió cuando ella tenía 28 años.

Se adivina un dolor ahí. El esfuerzo físico empeñado para lograr la sobrevivencia de la prole, el sacrificio o la postergación de planes personales, el cansancio, el desasosiego. Un esfuerzo multiplicado por dos, por tres, para no doblegarse ante la injusticia de maternar en soledad y poder autovalorarse, finalmente, como una especie de supermamá, sin protesta, sin queja. Y al cabo obtener como premio-consuelo la idea de ser una heroína, algo que la sociedad necesita para seguir perpetuando a los padres irresponsables.

Probablemente Fermina tenga un balance personal más crítico sobre su vida, con esos matices, pero aquí no los va a compartir. Porque lo que sigue buscando, al cabo de tantos años es validar su sacrificio.

—Nunca he pedido ni pensiones ni nada. Yo solita me he fijado metas en la vida y he mantenido a mis dos hijas, también. Les he sacado adelante con sus estudios. Entonces, actualmente ellas ya tienen su pareja. Yo sigo siendo solita. Desde que me ha dejado su papá de mis hijas hasta el día de hoy estoy solita. Yo no he buscado ni padrastro ni nada para mis hijas tampoco. Yo he trabajado duro. Tampoco he pedido, como otras mujeres piden a sus parejas, a sus maridos. No. Yo nunca he pedido nada. Con la bendición de Dios, he salido adelante solita.

La toma de Las Kiswaras

Estando sola con sus hijas, Fermina supo de unas viviendas en la urbanización Las Kiswaras, en lo que hoy es el Distrito 3 de la ciudad de El Alto.

—Esas viviendas habían sido para los militares. Era como un asentamiento que hicieron ellos, pero estaban abandonadas. Nomás medían unos 100 metros cuadrados o menos. ¡Qué iban los militares a querer ese tamaño de casas!

Pero si los militares desdeñaron aquellas casitas, había un montón de gente sin techo que sí las quería. Fermina y sus hijas, por ejemplo.

—Entonces, por ese motivo nos hemos organizado entre varios. Nos hemos enterado que estaban ahí esas casitas y nos hemos ido a agarrar. Harta gente había para ir a tomar esas vivienditas. Pero sin papeles, sin nada. Igual nos hemos subido, porque en La Paz no teníamos casa, nada, de inquilinas estábamos con mis hijas. Y en Las Kiswaras hemos estado viviendo sin papeles hasta 1992, donde ya he asumido la dirigencia yo, y con huelga de hambre hemos hecho aprobar los documentos en la alcaldía. Hemos pagado

impuestos, todo. Y ya obtuvimos los documentos. Ahí ya he hecho instalar yo los servicios básicos, agua, alcantarillado, luz, todo, en esos años.

Ahí Fermina ya podía demostrar su experiencia en la negociación, en la gestión, en la tramitación. Ella, que nunca pudo asistir a una escuela regular, había aprendido en la universidad de la vida a burlar la soberbia de los poderosos, a negociar, a gestionar, a dialogar, y, cuando ya había agotado todos estos recursos, a luchar frontalmente. La huelga de hambre era la mejor herramienta de lucha para una mujer de origen proletario, como lo era ella.

Las Kiswaras era como un pueblito aparte de El Alto, con sus casitas blancas, en filas. En alguna de esas viviendas, las más abandonadas, Fermina recuerda que se improvisó una unidad educativa o algo así; recuerda que los niños iban a sentarse sobre adobes, porque no había muebles, nada.

—Por esa razón he subido yo al Alto, porque yo vivía como inquilina nomás en La Paz. Ahora, hoy en día, estamos bien documentados. Una de mis hijas se ha quedado viviendo ahí. Esa historia tengo yo, de cuando fuimos a agarrar esas viviendas. Sería en el año 1991 o 1992, en esos años. Yo ahora me considero bien alteña.

Así fue que Fermina Chambi asumió como presidenta en la primera junta vecinal de la urbanización Las Kiswaras. El hecho de que una mujer asumiera la presidencia de una junta vecinal era prácticamente una anomalía en ese tiempo, algo para destacar por su rareza. Fermina fue la rareza. En aquella época, ninguna otra junta vecinal tenía una mujer como presidenta. Y ella lo fue hasta el año 2000, año en que dejó Las Kiswaras para irse a vivir a otra zona.

Además, entre 1998 a 2000, fue elegida como secretaria de asuntos internacionales en la Federación de Juntas Vecinales de El Alto. Paralelamente, también asumió la cabeza del Comité de Vigilancia del Distrito 3, para supervisar, controlar y fiscalizar las obras municipales que se llevaban a cabo y participar en la confección de los planes operativos anuales.

Al trasladarse, también fue parte de la dirigencia de su nueva junta vecinal, y hasta el día de hoy es presidenta de la zona Complemento Franja Cruce Villa Adela, en el Distrito 3.

Los mercados de El Alto

Aun sin el encanto coloquial de Fermina Chambi, aquí se puede adicionar algunos datos a lo que ella dice. Por ejemplo, que el mercado más antiguo y más grande de El Alto es el mercado de Villa Dolores, inaugurado en septiembre de 1952. Que, además de los 54 mercados que funcionan con infraestructura construida o tienen rango de tales, en El Alto hay más de 1500 ferias funcionando en sus 14 distritos; hay al menos siete federaciones gremiales ligadas con mercados y ferias, y cerca de un centenar de asociaciones dedicadas al comercio informal. Que en el Distrito 6 se encuentra la Feria 16 de Julio, considerada por los locales como la feria más grande de Bolivia (en Cochabamba dicen que la feria más grande está en La Cancha), con miles de vendedores registrados y no registrados que se reparten en calles y avenidas de la zona 16 de Julio los días jueves y domingos. No obstante toda esta diversidad, Fermina Chambi, como presidenta de la Federación de Mercados y Ferias de la ciudad de El Alto, tiene autoridad sobre los mercados de los 14 distritos.

Pero lo que a ella le interesa destacar de todo esto no es su propia autoridad, sino que en el año 2010 llegó a la presidencia de la Federación de Mercados y Ferias en una plancha de 13 mujeres ejecutivas.

—Actualmente, ya somos 7 nomás ya. Otras se han fallecido, otras han abandonado. Pero seguimos hasta ahorita 7 mujeres a la cabeza de esta federación. Hemos logrado varias leyes estos años, y toda esa documentación la he juntado en una carpeta y he pedido yo que me lo hagan un libro historiado en el Centro Gregoria Apaza. Pero lamentablemente no me han aceptado.

Es una mujer intensa y muy activa. Y siempre lo está recordando.

—A mí me gusta trabajar en la práctica. En todas las instituciones que he ocupado cargos, he puesto obras. Con la Federación de Mercados también hemos hecho construir 10 mercados, mediante la Unidad de Proyectos Especiales, la UPRE, del Estado. Y eso hemos

logrado porque desde las bases se ha reclamado esa construcción y nosotras siempre estamos escuchando a las bases.

Cinco de esos diez mercados fueron concluidos después de una gran movilización que la Federación de Mercados organizó en julio de 2017. Fueron sólidas acciones de protesta contra el municipio alteño, con amenaza de huelga de hambre incluida, para lograr la construcción de los mercados de Alto Lima, Tejada Rectangular, Villa Dolores “F”, Villa Adela Yunguyo y Villa Marcelina. El presupuesto –ya lo dijo Fermina– estaba garantizado por la Unidad de Proyectos Especiales, pero la negligencia de algunas secretarías municipales había logrado su paralización. Con protesta y presión, la Federación logró la reanudación de las obras. Al respecto, Fermina hoy se siente parcialmente satisfecha.

—Son 54 mercados ahora que tenemos en El Alto. Esos mercados los hemos logrado reclamando siempre, pidiendo, insistiendo. No han aparecido de la nada. Pero no basta, tenemos siempre reclamos y seguimos proponiendo proyectos de leyes. Nosotras como ejecutivas no descansamos ni de día ni de noche. Todos los días a eso de las 7 de la mañana salgo yo de mi casa, y regreso a las 6, 7, 8 de la noche. A nosotras nos toca mucho trabajo por nuestras organizaciones. La historia es larga. No terminaría de contar mi historia, mi experiencia ni en una semana. Seguiría contando y contando. Por eso le estoy diciendo, a grandes rasgos, todo esto.

Desde los 18 años, cuando empezó como portaestandarte, hasta ahora, en que Fermina Chambi ya va a cumplir 70 años, son 52 años de activismo dirigencial continuo y persistente, considerando todo su paso por la Federación de Gremiales de La Paz y su presencia en El Alto, especialmente a la cabeza de la Federación de Mercados y Ferias, que en 2025 cumple 38 años de vida.

—Ni un año no he descansado de ser dirigente. Eso sí, nunca me he prestado, digamos, a ser candidata de partido político, ni a pedir trabajos en las instituciones. Siempre me he debido a la base y sigo siendo de la base. Por eso será que hasta ahora me tiene también esa confianza la gente. A lo que es la necesidad que tienen mis afiliados, mis organizaciones, a eso correspondo yo hasta el día de hoy.

Fermina está perfectamente consciente de que la Federación de Mercados y Ferias no solo es una organización numerosa sino también poderosa porque tiene que ver con una parte muy sensible de la economía en la ciudad alteña: el abastecimiento de alimentos, el abastecimiento de productos de primera necesidad y el equilibrio de precios de la canasta familiar.

La venta es una de las actividades laborales más comunes de las mujeres alteñas, precarizadas por la falta de acceso a educación formal y a fuentes laborales estables, cargadas, como están, por la responsabilidad de los cuidados y la crianza de hijos. A las mujeres que venden en los mercados y ferias de El Alto se las podría considerar parte importante de ese enorme conglomerado informal que mueve la economía de la ciudad.

Si se hace números, se podría establecer que una mujer de mercado o de feria trabaja, en promedio, unas 72 horas a la semana, es decir poco más de 10 horas diarias, sin contar su carga de cuidado familiar y doméstico. Su trabajo en mercado o feria implica madrugar todos los días, de lunes a lunes, estar fuera de sus hogares hasta la tarde y, a veces, hasta la noche. Como carece de relación laboral formal establecida podría, ser considerada como una trabajadora por cuenta propia que, generalmente, no está afiliada a la seguridad social y no accede a derechos laborales.

Frente a toda esa desprotección, las asociaciones y federaciones gremiales se constituyen en una especie de fortaleza colectiva. Desde la asociación, desde la federación, las sin-derechos ya pueden reivindicar derechos comunes y negociar con las autoridades. El acceso a espacios de venta, la regulación municipal, la construcción de infraestructura, la dotación de servicios (por ejemplo, centros de cuidado infantil) se vuelven reclamos y logros cotidianos de quienes, en solitario, podrían ser aniquiladas. Más que lograr simples agrupaciones, cuando las mujeres se juntan así, articulan redes de apoyo y consolidan instrumentos de lucha colectiva.

Así reflexiona Fermina Chambi:

—Pocos hombres hay, ¿no? La mayoría somos mujeres. Por eso el comité ejecutivo que ahorita estamos, somos pura mujeres, no hay ni un varón. Había uno, pero ya lo ha abandonado su cargo, porque no tenemos retribución económica, no tenemos sueldos, no recibimos prebendas de ningún lado. Entonces las más valientes, las más fuertes estamos

resistiendo todavía en esto de ser ejecutivas. Eso sería que lo puedo contar a grandes rasgos, señora, porque no tengo mucho tiempo para entrevistas. Tengo que atender a mis afiliadas.

Fermina ya no tiene tiempo para echarse a charlar. Pero queda anotado esto: su aporte a la ciudad de El Alto –el de ella y de sus compañeras– son los 10 mercados nuevos; la refacción y ampliación de otros mercados antiguos; la Ley Municipal 536, de marzo de 2019, que formaliza y beneficia a 46 mercados al regularizar el uso de suelo y la administración de los centros de abasto; la Ley 842, de diciembre de 2024, que agiliza trámites administrativos y facilita la gestión operativa de los mercados en todos los distritos.

Falta conocer cómo fue que aportó a la creación de las subalcaldías de El Alto. Pero ya se acabó el tiempo de la entrevista. Ahora ella tiene que dedicarse, como siempre, “a las dirigencias”.

Un mensaje para las mujeres

Nunca hay que decir “no puedo”. Una mujer, si se organiza, si se junta con otras compañeras, puede. Solita, tal vez la pisan, la humillan, no la dejan levantarse. Por eso, no hay que quedarse solita. Hay que buscar siempre apoyo de otras compañeras. Ahora, que entre mujeres también nos pisamos, nos atacamos, hay eso mucho. Eso debe terminar.



Antonia Rodríguez

Y LA COMUNIDAD DE MUJERES

Estamos aquí para educar

María ha llegado a su asociación de artesanas con un ojo amoratado y llorando. La presidenta ha juntado de inmediato a unas quince afiliadas y, en grupo, van, al día siguiente, a buscar al esposo.

—¿Qué ha pasado con la doña María? ¿Quién le ha pegado? —pregunta la presidenta.

—No sé —dice el marido.

—Ah, entonces nos hemos equivocado en venir. Vos no debes ser su marido, si no sabes.

—Yo soy pues.

—¡Ah, ya! ¿Será que... nos puedes pegar a toditas, a las quince? Queremos ser como ella, queremos andar con ojo morete como ella. ¿Vos, machito, será que le pegas a tu mamá?

¿Será que le pegas a tu abuelita?

El hombre tal vez dice para sus adentros: “¡Trágame tierra!”, porque esto no se lo esperaba.

Pero las mujeres no están ahí para pelear sino para educar al violento. Con calma, la presidenta le explica:

—Tu mujer va a las reuniones a aprender y, además, trae plata a la casa. Aparte de atender a las wawas, de atender la casa y de hacerte la comida, ella también trabaja. Tú no eres quién para prohibirle ni para marcarle la cara ni para golpearla.

Ya no va a recibir golpes, María. Sus compañeras la protegen. María también se protege, porque ya trabaja, ya gana.

La presidenta les dice en la siguiente reunión:

—Lo que a la mujer le permite atraer el respeto del vecino, del marido, de todos los que se burlan y agreden, es el ingreso económico. Porque si no tiene ingreso económico, parece que miran a la mujer como un objeto, ¿no ve? Porque cargan a la mujer con diferentes tareas en su casa y no le permiten progresar. Pero si la mujer logra generar ingreso económico, por ahí es que se libera, ¿no ve?

Todos estos temas surgen en medio de las conversaciones. Incluso bromeando, las mujeres le dicen a una nueva compañera:

—Cuidadito que te diga o te haga algo tu marido. Nosotras vamos a ir ahí toditas.

La nueva se ríe y dice que, en efecto, el marido alguna vez le ha “observado” lo que sale.

—Pero le he callado. Ahora, mi marido me trae, me deja y me recoge.

La presidenta sonríe. Cada mujer avanza con paso propio hacia su emancipación, aunque todavía se nota el control y los celos de algunos que se creen sus dueños.

La presidenta se llama Antonia Rodríguez. Y de Antonia Rodríguez habla esta historia.

Del campo a la ciudad

Su madre se llamaba Timotea, y su padre, Pablo. El quechua fue la primera lengua que aprendió a hablar. Tarajchis se llamaba la comunidad donde sus padres tenían parcela, y Jatun Ñan la comunidad donde se crio junto a su abuela materna.

Pablo y Timotea se iban a trabajar a la parcela, y con trabajo duro y constante producían trigo, maíz, papa, arveja, haba, tarhui. A ella le gustaba quedarse al amparo de su abuela Mauricia. Su nombre completo es Antonia Rodríguez Medrano y nació en 1948, en un lugar llamado Duraznos, en la provincia Linares del departamento de Potosí.

Ahora nos recibe en la sede de la Asociación Artesanal Boliviana Señor de Mayo (ASARBOLSEM), en un salón desde cuyas ventanas se divisa algunas casas vecinas de la Villa Primero de Mayo de la ciudad de El Alto, iluminadas por la luz de la mañana.

Sin embargo, el relato de Antonia nos lleva a su natal Duraznos, por donde corre un riachuelo aromado con flores de durazneros, manzanos y parrales de los huertos vecinos.

—¿De qué se ocupaba en esa época, doña Antonia?

—Hacía todo lo normal que se hace en el campo. Ayudar en la chacra, deshierbar, cuidar las ovejas, los chanchos, los caballos, las vacas...

—¿Tenían caballos ustedes?

—Tenía. Tenía un caballo muy grande y era muy pequeña yo. Algunas veces quería subirme y él se corría, se escapaba a la chacra, no le podía alcanzar. Me hacía llorar ese caballo...

—¿Iba a la escuela?

—¡Pero si no había escuela en esas épocas! Había una escuela bien lejos, pero mayormente mandaban a los varoncitos. Como dos, tres horas había que caminar; estar en la escuela tres o cuatro horas, y volver caminando otras dos o tres horas. Era bastante difícil. Alguna vez nos encontrábamos, por ejemplo, cuidando las ovejas entre chiquitas y nos contábamos: “¿Tu hermano dónde está?”. “Mi hermano ha ido a la escuela”. Y otra también decía: “De mí también se ha ido a la escuela”. Y los papás decían: “Mujercita para la cocina y detrás de las ovejas hilando tiene que estar. El hombrecito puede aprender a leer y escribir,

puede ir a la escuela a aprender a hablar castellano, porque con eso va a ir después a trabajar”. Todo eso es la historia de antes, no había cómo elegir. Así era la vida dura, eso era el campo. Y en el campo totalmente hablábamos quechua. No hablábamos nada de castellano. Aquellas veces no se conocía ni la radio, absolutamente nada. Yo siempre he hablado quechua y hablando quechua emigré a mis once años a la ciudad de Potosí.

—¿Cómo fue eso?

—En el santuario del Señor de Quillacas se casaron mis padres, apadrinados por un propietario de minas, de casas y terrenos. Me parece que el padrino le influyó a mi papá diciendo: “Vente, qué estás sufriendo aquí, vente a Potosí, me lo vas a cuidar mi ingenio”. Yo me imagino, porque escuchaba decir a mi mamá: “El padrino nos está llamando a Potosí”. Por eso es que se viene la gente a las ciudades, por el interés de ganarse más fácil, yo creo. En el campo es más lindo todo, pero se sufre mucho. En ese ingenio, mi padre era, yo diría, un portero. Mi mamá y mi papá vivían ahí en el ingenio, tenían aparte una casita, ahí vivían. Y cuando yo me iba a esa casa, ahí dormíamos. Entonces, los trabajadores entraban a cierta hora al ingenio y yo creo que lavaban el mineral, porque la piedra sacaban y el mineral lo ponían en bolsas. Ese ingenio estaba subiendo al Cerro Rico, de Carcupila a dos cuadras, donde está la estatua del minero. Pero yo no quería irme de mi comunidad. Con mi abuelita me gustaba vivir, lloraba yo cuando me querían llevar mis papás. Después mi abuelita creo que se enfermó: “Llévatelo a tu hija nomás”, le dijo a mi mamá. Y yo también quería conocer Potosí, porque hablaban de que era toda una ciudad, esas cosas. Con entusiasmo me fui. Pero mis papás no tenían tanta plata, y tenían tres hijos para cuidar, además. Mi mamá se agarraba lana para hilar y con eso aumentaba un poco el dinero para la casa. Y después ya apareció esta profesora...

—¿Una profesora? ¿Para aprender?

—No. “Dame a tu hija, estoy yendo a trabajar a una escuela rural, no hay quién me le cuide mi wawita”, le dijo a mi mamá. Así, de criadita me entregó mi mamá, porque no tenía dinero para mantenerme. A mis 11 años, he empezado a trabajar. Y la profesora no era ni mala, nada, pero lo que yo no sentía era el amor de la madre, lo único que extrañaba; el amor de mi abuelita, eso extrañaba. Después comíamos juntos, con su hijito que estaba

aprendiendo a caminar jugábamos. Nunca me ha dicho: “No comas a mi lado o aléjate”, nada. No tenía esposo ella. Cuando llegaban las vacaciones escolares, volvíamos a la ciudad; ella tenía su casa en la calle Buenos Aires. Y así los domingos podía ir a verle a mi mamá en el ingenio. Yo creo que algo me pagaba esa profesora, no sé cuánto; puedo decir como unos cinco bolivianos de esa época. Pero siempre a mi mamá le daba yo la platita que recibía. Y mi mamá me lo compraba cualquier cosa. La profesora solo cama y comida me daba.

—¿Y la impresión que le queda de la ciudad de Potosí?

—Era mucha, mucha gente. Me quedaba sorprendida. Pero mi mamá no me dejaba ir por ahí solita, yo creo que por temor a que me pierda. Con mi mamá íbamos a la plaza. Ya después le decía: “Mami, ¿llevame a ese lugar donde hay una estatua y unos árboles y una iglesia grande?”. Ya después, en las siguientes vacaciones escolares, cuando los domingos decía que estaba yendo donde mi mamá, me escapaba todavía a la plaza, entraba a la iglesia catedral, miraba a la gente rezando y recién me iba donde mi mamá. No me acuerdo del frío, no sé si andaba abrigada o no, pero frío no sentía. Así estuve trabajando cuatro a cinco años con la profesora y a mis 16 o 17 años ya me salí, porque ella ya se casó con un profesor, tuvo más hijos y se fue a vivir a Caiza. “Ya no te puedo llevar, allá mis hermanas me van a ayudar”, me dijo. Me quedé con mi mamá por un tiempo, hice hasta mi primera comunión ahí, en la iglesia de San Pedro, en Potosí. Y la que era mi madrina me propuso irme a trabajar a su casa.

Ahí ya me empecé a dar cuenta de lo poquito que me pagaban, porque me encontré con una compañera, amiga del catecismo, y ella me reflexionó: “Vos sabes cocinar, lavar, limpiar, puedes ganar más”. Y me dijo que en la casa de un juez, que le decían doctor Derpic, estaban necesitando empleada. Me convenció. Entonces fui donde este doctor Derpic, con su señora nos encontramos. Mi amiga me presentó, porque trabajaba en la casa de su hermana. La señora me dijo lo que necesitaba, cuánto era el sueldo, me mostró el cuartito donde me iba a quedar, todo eso. He estado también como cuatro o cinco años con el doctor Derpic.

—¿Le maltrataban? ¿Sentía que le pagaban mal?

—Realmente para mí fue un aprendizaje. Me acuerdo que antes de ahí, cuando intentaban reñirme, me ponía fuerte y dura. Yo siempre he sido de reaccionar cuando es injusto. “Bueno, usted me ha dicho esto que he hecho mal, no voy a cometer de nuevo, pero no me va a volver a reñir. O dígame cómo debo hacer”. Te debes poner como una persona frente a ellos también, ¿no? Porque es tu patrona, no es Dios, es persona como tú. En esa época se decía “patrona”. Ahora se dice jefa o empleadora, creo. Pero yo tenía que levantarme antes que todos, barrer la calle, barrer el patio. Preparar desayunos, servir a sus hijos, volver a limpiar, tender las camas, limpiar cuartos. A cierta hora, hablar con la señora o con los hijos, qué van a comer ese día, ir al mercado, cocinar; después de almuerzo, nuevamente la limpieza de la cocina, del comedor, lavar los platos, lavar la ropa también, planchar, poner a su lugar.

Era un montón de trabajo en el día para la empleada doméstica. Y ni alcanzaba el día para hacer todo... Gracias a Dios, de mí era buena la patrona, tampoco me reñía. Y ya empecé a disponer de mi propio dinero, de mi sueldo. Ya podía comprarle coquita a mi papá, a mi mamá le llevaba pancito. Y con mis amigas comentábamos que en la casa de ese doctor me pagaban mejor a mí que toditas. Eran 20 o 30 bolivianos de esa época. Estaba bien, era hartito nomás. Después ya conocí a mi pareja.

—¿Cómo lo conoció?

—Yo tenía un primo que trabajaba en la alcaldía, y ese hombre también había estado trabajando en la alcaldía y era su amigo. Entonces, los domingos, así con las amigas, íbamos bien alhajitas a pasear por el Boulevard, por la plaza, todo eso. Ahí me topé con mi primo y con él. Hicimos amistad. Luego convivimos un tiempito, pidió mi mano a mi mamá, a mi papá, y yo seguía trabajando. Él trabajaba en la alcaldía, controlando el peso de los productos en los mercados, creo; yo también trabajaba.

Bueno, como todo enamoramiento, al principio es dulce, pero después llegan los problemas. De pegarme, no me pegaba, pero sus reacciones, su boca! Y tomaba mucho. La bebida le ha fregado. Con mi hijita me vine a La Paz para poder trabajar. ¿Cómo fue? Tenía una pariente y su esposo trabajaba en la fábrica Salviatti, que quedaba por la plaza Riosinho.

Entonces esta pariente me dijo: “En La Paz hay harto trabajo, vente”. Nos encontramos en Potosí con ella, me dio la dirección de su casa para llegar. Entonces, yo le dije al doctor Derpic y a su esposa: “Me voy a ir a La Paz”. Muy amables ellos, me dieron dirección de sus conocidos. “Cuidado que te pierdas, cuidado que hagas esto y esto otro, vas a ir a buscar a nuestro nombre”. Me animaron. A mi marido no le dije nada. Me fui como una semana con mis papás, y después ya viajé a La Paz. Y ahí ya conseguí trabajo en una casa. Y yo ahí estaba de empleada doméstica junto a mi wawa. Me lo querían harto a mi hijo. Era una casa en San Pedro, la casa era de un señor que había sido exdiputado, pero ahí solo vivía su esposa y su hijo. La esposa trabajaba en una fábrica de camisas. Tenía un cuartito solamente para costurar. Y yo le ayudaba a doblar los cuellos, así. Yo vivía en la zona de Alto Tacagua. Mi prima me ayudó a alquilar en la casa donde también alquilaba ella. No llegaba movilidad a ese sector, había que subir las gradas a pie. Y un día ahí apareció mi marido.

Le ablandó primero a mi prima y ella me convenció: “¡Cómo a su papá de tu hijo no le vas a recibir, además son casados!”. Me convenció, nos abuenamos. Y el marido de mi prima lo llevó a trabajar a la fábrica Salvietti, de chofer. Así termina el primer capítulo de mi vida.

El emprendimiento artesanal comunitario

—Y ahora, cuénteme cómo sigue.

—Volví a convivir con mi marido. Al principio estaba buenito. Pero la bebida no la dejaba, siempre tomaba, siempre había problemas. Incluso hasta que nos dieron la vivienda aquí en la Villa Primero de Mayo, seguía tomando. Un día me dijo: “Me voy a buscar otra mujer”, aunque yo sabía que estaba viviendo con una. Total, que se fue a Potosí y yo me quedé con mis tres hijos. Como al cumplir un año mi tercer hijo, se fue mi marido. Con nosotros ha debido vivir como cinco o seis años, esa vez. Tendría yo mis 35 o 36 años y ya vivíamos en la vivienda de la Villa Primero de Mayo. Yo le dije: “Si quieres irte, ándate”. Todo lo que podía él se llevó, pero me dejó con mis hijos.

—Hábleme de las viviendas.

—La casa la conseguimos porque mi prima, que sabía de todo, una vez me dijo: “Ahora vos estás alquilando, pero hay planes de vivienda, tienes que ir a inscribirte”. Era una oficina constructora o algo en la avenida 6 de Agosto, en la ciudad de La Paz. Fui a dejar fotocopia de carnet, fotocopia de certificado de nacimiento y fotocopia de certificado de trabajo de mi marido. Yo hice el trámite, él ni sabía ni le importaba. Después, al último ya le dije, porque tenía que ir a firmar él también. Pero mayormente era mujeres las que se preocupaban de conseguir vivienda. Siempre estábamos en reuniones, porque nos llamaban para explicarnos cuánto iba a costar, a cuánto las cuotas, en qué plan nos iba a tocar. A mí me tocó en el Plan 64. Se llamaba así porque tenía 64 viviendas. También estaba el Plan 74, el Plan 101, según la cantidad de viviendas construidas. Había que ir a pagar las cuotas a esa oficina. Inclusive de toda Bolivia venían a pagar ahí. Cada mes yo iba a pagar, de mi propio dinero; a veces daba mi marido. Incluso cuando ya nos dieron las viviendas, seguí pagando las cuotas.

El día que entregaron la vivienda “llave en mano”, vino mi marido a recibir. Yo estaba en la maternidad, porque ese día nació mi tercer hijito. De unos quince días hemos venido a habitar. Una camioneta se prestó mi marido de la Salvietti para traer nuestras cositas. Era como volver al campo, pero sin plantas. Había grupos de casitas y lo demás pampa, con ovejitas, con chanchos. No había luz ni agua. Agua acarreábamos de un pozo. Íbamos, hacíamos fila y traíamos, en turriles guardábamos. Llegar hasta aquí era como viajar, porque había que tomar unos colectivos que iban a Viacha.

Pero nuestro dirigente aquí en la zona era muy inteligente, don Antonio se llamaba. Él nos organizaba. Hemos salido en marcha, hemos llegado hasta el aeropuerto reclamando que nos den luz, agua; también se ha logrado que una línea de colectivo llegue hasta la plaza. Después, al poco tiempo, ni un año que vivíamos aquí, ya hemos logrado agua potable, luz.

—¿Y seguía trabajando o ya dejó de trabajar?

—Como a los dos años de llegar a La Paz dejé de trabajar como empleada doméstica. Pasaba que en esa casa donde yo estaba, ya no venía el esposo a comer y la señora estaba muy delicada, dejó de trabajar. Ella decía: “Ya no voy a trabajar, me voy a jubilar, ya voy a

tener mi sueldo”. Y yo me preguntaba: “¿Y por qué va a tener sueldo si no trabaja?”. No sabía yo qué era la jubilación.

Ya en esa época empecé a dedicarme a hacer otras cosas para sobrevivir. Y eso era cuando todavía vivía en Alto Tacagua. En esa zona, había una visitadora social que se llamaba Bárbara Russ, era de Estados Unidos ella. La conocí yendo a misa en la iglesia que está al lado de la cancha. Nos reunió como a cuarenta mujeres y nos hizo parte de una organización de artesanas que se llamaba Qhantati. Unas cuarenta mujeres íbamos a las reuniones. Por esas épocas, todavía mi marido estaba trabajando en Salvietti y yo tenía platita ahorrada. Bárbara decía: “Hagan chompas, hagan medias, hagan gorros”. ¿Dónde vamos a conseguir el material? Por la Garita de Lima, había una placita, ahí vendían la materia prima. Lana de alpaca en vellones. Teníamos que cargar eso, lavar, hilar. Porque lana sucia nomás vendían. Cada una en su casa trabajaba. A la semana, una vez, nos reuníamos. En dos grupos. Un grupo hacía tejido y otro bordaba en bayeta de la tierra. Yo sabía hilar. Desde niña yo sabía hilar, torcelar y tejer. Primero hemos hecho medias, hemos hecho gorros, después ya hemos comenzado con chompas. Ella nos daba un modelo y decía: “Hagan como esto”. Éramos hábiles pero esas veces no sabíamos nada de control de calidad, ni se conocía qué es una ficha técnica para especificar el material, el peso de la lana, el número del palillo a usar, etc. La ficha técnica sirve no solo para hacer el producto sino para decir a una nueva que ingresa: “Así tienes que hacer”, o para precisar con el cliente cómo es el producto que le estás ofreciendo.

La señora Bárbara nos ayudaba a promocionar, a vender. Al principio hemos comenzado con el mercado de Estados Unidos. Ella mandaba los productos, yo creo que a sus conocidos, y allá se organizaron también y se comenzó a formar una red de comercio justo, que mucho después ya se convirtió en la Organización Mundial del Comercio Justo (World Fair Trade Organization)¹, pero todavía no se llamaba así. Ahora así se llama y también soy dirigente de esa organización mundial.

1. Creada en 1989, la WFTO es una asociación global para el comercio justo que concentra a unas 324 organizaciones en más de 70 países.

Aquellas veces, cuando estaba en Qhantati, yo sentía mucho entusiasmo, me sentía hasta como una empresaria, produciendo, exportando. Cuando llegaba el pago de los clientes, la tesorera tenía que acompañar al banco, recoger y pagar a las productoras. Eran varios grupos de productores, como unos diez grupos, hombres y mujeres, pero mayormente mujeres, repartidas en diferentes lugares, en comunidades del altiplano, algunas en la ciudad de La Paz. No todos los grupos eran de tejidos, había de instrumentos musicales, de tejido en telar, bordados, tejido en palillo. Yo casi desde el principio he sido dirigente de mi grupo, de mi asociación. Cada grupo tenía su directiva. La presidenta solía ser la persona que tejía mejor y que sabía hacer el control de calidad; había una tesorera encargada de recoger el dinero y pagar, y la secretaria tenía que convocar a las reuniones. También estaba el directorio que se relacionaba con los clientes, al que iba una persona por cada organización de artesanos.

Mientras estaba en el directorio de Qhantati, ganaba de lo que producía. Pero ya luego me eligieron directora, y tenía administrador y un contador. En total, éramos tres personas con sueldo por parte de Qhantati. En 1984 me contrató Servicios Múltiples de Tecnología Apropriada (SEMATA), una organización no gubernamental que formó un señor que se llamaba Jesús Durán, más conocido en los medios artísticos, porque también era músico, como “Jechu” Durán.

Ahí Jesús Durán, que estaba armando recién SEMATA (Servicios Múltiples de Tecnología Apropriada), me trajo a El Alto para ser parte de un taller que había en la zona 16 de Julio. Al principio, se enseñaba a teñir con plantas, después tejido en telar, tejido a palillo, a crochet. Yo aprendí en ese taller a teñir con plantas, pero yo enseñaba a tejer en telar y tejido a palillo. Para entonces, yo seguía trabajando en Qhantati como directora, pero había gente muy celosa que protestaba: “Ah, en el Alto está enseñando a la gente esta señora. Esos nos van a quitar nuestros clientes”, que esto, que el otro. Ahí ya renuncié a mi cargo de directora. Aunque al taller de la 16 de Julio iba como asesora nomás. Pero renuncié a Qhantati por las actividades de SEMATA. Como diez años estuve en Qhantati. Ya estaba viviendo en El Alto, recién había llegado a la Villa Primero de Mayo. Ganaba de eso,

no vivíamos en la maravilla, pero vivíamos decentemente, hasta que terminé de educar a mis hijos.

Yo no logré entrar a la escuela, pero logré mi instrucción escolar, digamos. Cuando ya mis hijos iban a la escuela, traían tarea y lo que traían yo repetía y repetía y hacía con ellos. Y para no olvidarme, incluso me hacía un abecedario con barro. Así aprendí a leer y a escribir yo. Pero no me he olvidado del quechua, para nada. Y hasta aymara he aprendido; no hablo tan clarito, hablo un poco torcidito. Pero he aprendido bastante. En el lugar donde estoy, aprendo. Hasta un poco de francés he aprendido, porque con el SEMTA estuve muchas veces en Canadá, en Montreal, en Quebec.

En esa época, SEMTA no tenía dentro de su propuesta entrar al mercado. Solo capacitaba a los grupos. Pero yo, a través de Qhantati, ya conocía cómo se trabajaba en el comercio justo y equitativo. Ahí me vino la idea de formar la Asociación Artesanal Boliviana Señor de Mayo (ASARBOLSEM) con los grupos capacitados que conocía en El Alto, creo que eran seis grupos. Nos reunimos y hemos formado esta asociación el 8 de julio de 1989, reuniéndonos aquí en la plaza de la Villa Primero de Mayo, porque todavía no teníamos sede. Elegimos directorio, y aunque la mayoría éramos mujeres –siempre esa costumbre de las mujeres de elegir a un hombre, pensando que sabe más, que puede más– eligieron a un hombre. Pero él no sabía nada de comercio internacional. Solo conocía el mercado local para joyas, no para tejidos. Como un año ha estado a la cabeza él. Ya luego me eligieron. Había que sacar personería jurídica, obtener la certificación ISO² para nuestros productos, hacer diversos trámites de despacho aduanero. La personería jurídica tardó un tiempo, en agosto de 1993 nos dieron la personería jurídica. Pero en todo ese tiempo no dejábamos

2. La certificación ISO es la confirmación de que una organización cumple con estándares internacionales voluntarios desarrollados por la Organización Internacional de Normalización (ISO), demostrando así la calidad, eficiencia y confiabilidad de sus productos o servicios en áreas específicas como la calidad, el medio ambiente, la seguridad de la información, entre otras áreas.

de buscar mercado, de ofrecer nuestros productos. Así logramos contactos con Alemania, por ejemplo. Y luego ya fuimos parte de la WFTO, tanto de su organización regional como también de la global. Comenzamos a trabajar entre seis grupos: instrumentos musicales, costura, bordado, joyas, tejido en telar, tejido a palillo.

Al principio se sufría mucho porque las mujeres trabajaban, entregaban el producto y mandábamos, pero siempre quedaba el temor, la duda de si el cliente va a pagar o no. Porque hemos trabajado siempre con exportaciones, primero con Canadá, luego con Alemania, Italia. Había una desconfianza tremenda entre las productoras. “No, yo no quiero esperar, necesito mi pago ahora”, me decían. Pero ahora hay mucha confianza hacia la organización, hacia la WFTO. Una artesana hace, digamos, cuatro chompas y dice: “Juntaré más para ganar más, no me pagues todavía”. Y juntando puede recibir ocho mil, veinte mil bolivianos. Además, económicamente también recibimos apoyo financiero, porque esta organización tiene un banco y, cuando necesitamos un monto para materia prima, podemos solicitar a nombre del cliente que nos va a comprar. El cliente da al banco una especie de adelanto y con eso salda el préstamo. No trabajamos ni con intermediarios ni con contrabandistas ni con organizaciones no gubernamentales. El objetivo de ASARBOLSEM no es desarrollarse de esa manera, sino saber ganar el ingreso económico con trabajo propio. Por eso, muchas veces hemos rechazado financiamiento de organismos y esas cosas. Nosotros proponemos la asociación comunitaria como un aporte a la economía. No es un invento de ahora. Esto está en la cultura de nuestros pueblos. Viene del ayni, por ejemplo, del apthapi, de la mink’a³, porque en cooperación han avanzado las sociedades, ¿no ve?

3. El ayni, la mink’a y, posiblemente, hasta el apthapi eran instituciones –pues ahora son solo costumbres– económico-sociales de reciprocidad en las culturas andinas precoloniales. El ayni implica trabajo comunitario en parcelas agrícolas individuales, en la construcción de viviendas y otros trabajos que requieren muchos brazos y mucha fuerza (por extensión, se suele hablar de ayni en otros ámbitos de la economía comunitaria). La mink’a se refiere al trabajo colectivo también en tierras colectivas. El apthapi se refiere al banquete comunitario donde toda la comunidad aporta con diversos comestibles. Son palabras en aymara que también tienen su correlato en las culturas de habla quechua.

Actualmente somos unas 68 personas. Hay grupos que son de 18, hay grupos de 20, hay grupos de 8, de 6. No todos son de El Alto. Hay de Huatajata, de Uyuni, de La Paz, de Cochabamba. Casi el 85% somos mujeres. Y, ya que somos mayoría, normalmente elegimos a mujeres para las directivas.

Pero las afiliadas no vienen aquí a tejer, a bordar, a coser. No. Aquí vienen los días de reunión, donde se entrega la materia prima, donde se les da las medidas y se define la ficha técnica. Y es cuando conversamos, nos reímos, chacoteamos un poco. Es un momento de distensión, de apoyo colectivo, de desahogo. Ya cuando vuelven a sus casas es la cosa. Costuran, tejen, bordan para ganar el ingreso económico en sus hogares. Por otro lado, cocinan para sus hijos, para su marido, limpian, lavan, todo eso. Cumplen, en el día, muchos roles.

Pero cuando trabajan en esto, al mismo tiempo pueden aprender, se les da las instrucciones, practican en su casa. Es como que estarían estudiando para lograr mejor calidad en su oficio. Y como asociación también certificamos a nuestros integrantes. Hemos hecho la solicitud al Ministerio de Educación, porque hay ahora el derecho de alcanzar un título técnico si se demuestra competencias.

Las artesanas, los artesanos de ASARBOLSEM, todos tienen sus cartones de técnicos. Para eso el Ministerio de Educación les ha sometido a un examen bien meticuloso. También hay quienes siguen aprendiendo. Al año, vamos a hacer otra solicitud al ministerio para que venga a certificar a los que restan.

Aquí es lo más obligatorio, lo que más se exige y en lo que más se orienta es en la calidad de producción, la puntualidad, la calidad de los diseños, tamaños, colores. Eso es el trabajo aquí. Y, además, el respeto entre mujeres. Porque no crea que el hombre nomás nos daña. Entre mujeres también nos dañamos, nos marginamos, nos estamos criticando, como si no fuéramos mujeres. De eso sí hablamos mucho. De religión no hablamos, ni de política partidaria. Y, sin embargo, no solo en lo económico han avanzado las compañeras. También han hecho vida política. De entre nuestros afiliados y afiliadas han salido como

ocho alcaldesas o concejales en diversos municipios del país, hemos tenido diputados, senadores, una cónsul, y hasta yo he llegado a ser ministra. De eso le voy a contar ahora.

La ministra emprendedora

—¿Cómo llega a ministra?

—Antes le tengo que contar cómo llegué a ser política. Mire, cuando yo trabajaba como empleada, y ya empezando a ser artesana, yo no sabía de política, pero sí tenía conciencia de cómo vivíamos. Pero allá por la década del 80, una compañera artesana me invitaba a reuniones, porque estaba casado con un exsacerdote que era de izquierda. Me acuerdo de esas reuniones, donde estaba Antonio Peredo, Nila Heredia y otras personas. Será hace unos 45 años o más. Yo todavía era muy joven con un hijito. Años después, me invitaron para que sea la candidata por Izquierda Unida, representando a El Alto. No había todavía el Movimiento al Socialismo, sus representantes llegaron a la Izquierda Unida a nombre de la Asamblea por la Soberanía de los Pueblos. El año 1997 fue. A mis hijos les contaba que estaba haciendo esas cosas, y mis hijos me decían: “Mamita, por esos son los políticos, vos no eres política, ¿qué te van a dar?”. A la semana salió en el periódico mi foto, en las listas de candidatos. Ahí mis hijos ya se pusieron muy alegres. “¡Mi mamá es candidata!”, mostraban a sus compañeros de colegio a sus amigos de la zona, bien orgullosos.

Después ya se fundó el MAS, el Movimiento al Socialismo. Y yo era una de las poquísimas personas que había en El Alto. Para la siguiente campaña política éramos como cuatro gatos con miedo. Caminábamos como 20 personas, a pie. Y de los otros partidos, mil personas pasaban por nuestro lado, en sus autos, regalando baldes, platos, cuadernos, fideo, etc. Nosotros lo único que comprábamos, los 15 o 20 que andábamos, era pancito y un refresquito para compartir. Porque nadie nos daba dinero, tampoco podíamos regalar cosas a nadie. Para las elecciones de 2003, el otro candidato a diputado me ganó con apenas 15 votos de diferencia. Él vivía aquí en “Mayo” también, su ayudante del padre Sebastián Obermaier era; el padre Sebastián era muy político, muy político, pero siempre con la derecha, con la gente rica, con Banzer andaba, disponiendo el dinero que le daba.

Al iniciar el año 2010, yo era concejala en el concejo municipal de El Alto. Había entrado en las elecciones municipales de 2005 por el MAS, como concejala suplente. En 2008, asumí la titularidad y, después, asumí como presidenta del concejo. Yo recuerdo que el 22 de enero de 2010, nos fuimos a Tiahuanaco a festejar todo. Yo apenas tenía como cuatro o cinco días como presidenta. Y, ya a la medianoche, pasando al 23 de enero, me llama el hermano Evo: “Antonia, tienes que estar en el Palacio”. Y yo le pregunté: “¿Tenemos alguna reunión o algo los de El Alto?”. Me dijo: “No. Mañana vas a asumir como ministra de Desarrollo Productivo y Economía Plural”. Yo le dije: “Hermano Evo, estoy parada, me voy a sentar; no me hagas bromas, ¿con qué se come eso de ministra de Desarrollo Productivo y Economía Plural? Además, apenas hace cuatro o cinco días he asumido como presidenta en el concejo”, le dije. Entonces, él me dijo: “Eso es fácil, renuncias ahorita y mañana para tu posesión estás a las cinco y media”. Y me colgó el teléfono. Entonces, como era nuestro presidente, como era nuestro jefe político, por supuesto tuve que cumplir. A la medianoche no podía mandar carta de renuncia ni nada al concejo municipal, pero mi asesor consiguió movilidad para bajar tempranito a La Paz. Llegué, y ahí estaban los ministros anteriores. Ya ahí se comenzó a decir quiénes eran los nuevos, quiénes se estaban quedando en el gabinete. Entonces, era de verdad que la mitad del gabinete ministerial eran mujeres y la mitad hombres. Nunca más se volvió a hacer eso. Y luego quedamos con la anterior ministra, Patricia Ballivián, que yo tenía que estar al día siguiente en mi despacho, a las 8 de la mañana. Mi asesor jurídico ya preparó mi renuncia al concejo municipal.

Y a partir de ese 23 de enero ya pude trabajar a nivel nacional en desarrollo productivo. Yo digo, ahora, que todo se puede hacer; pero muchas organizaciones solo velan por sus intereses económicos, se dividen, se debilitan, siempre están exigiendo más, por agarrar, por dominar, se vuelven funcionales a un partido y eso a la larga causa división. En El Alto mismo, en las mismas juntas vecinales, pasa eso. Y al extremo de que ahorita no se sabe cuántas FEJUVEs hay. ¿Dos, tres, cuatro, creo? En sus tiempos, la Central Obrera Boliviana ha logrado resistir a las dictaduras porque, aparte de ser combativa, era única, unificada, nadie se atrevía a dividirla, y era además apartidaria. No es que no era política, era bien política, pero no se permitía que su organización sirva a un partido, sino al revés. Y todo eso se ha maleado. Todo eso yo vi siendo ministra. Y la decepción fue que venían

las comunidades divididas, las organizaciones divididas. Esto ha debilitado, no ha dejado avanzar. Es lo único. Después, yo creo que, conversando, dialogando, las cosas pueden salir bien.

—¿Por qué dejó el ministerio? ¿Le cambiaron?

—Bueno, no solamente me cambiaron a mí. Tres ministros han cambiado. Eso ya era la decisión del presidente. Al año siguiente, en enero, él nos dijo: “Bueno, ustedes han cumplido, descansen. En cualquier momento ya les llamaremos para algo”. Y una ya agradece nomás. No queda más que hacer.

—¿Y qué hizo después?

—Tenía muchas oportunidades de trabajo. Por ejemplo, en el Centro de Tecnología Apropriada. Y nunca dejé de ser parte de la Cámara de Exportadores de La Paz, porque soy su fundadora. Después de haber dejado el ministerio, tenía un montón de trabajo en un lado y en otro lado, hasta desde el exterior me llamaban. Pero, sobre todo, me concentré en ASARBOLSEM, porque hasta entonces muchos grupos se habían salido. En poco tiempo, dos, tres grupos desaparecieron. Ahí tomé la decisión de volver a ASARBOLSEM para fortalecer. Hace ya 15 años. Y este año soy, de nuevo, su presidenta.

Un mensaje para las mujeres

A las mujeres yo les diría que ser política no es un insulto. Es una forma de ver la vida. Algunas lo tomamos como una fortaleza. Sí, hay que tener pensamiento político para saber qué se hace y para dirigir, pero más que todo para compartir y transmitir conocimientos. Porque ahora, muchas mujeres, a lo que dice el varón, “ya” nomás dicen. No. Primero tenemos que analizar y definir si algo está mal o está bien. Pero también, para tener decisión propia, hay que tener independencia económica, emprender y trabajar en cooperación, no para aplastar a los demás, sino para avanzar y desarrollarnos.



LA HORA ESTELAR DE

Bertha Acarapi

“Cholita Alteña 1992”

Brillan, bajo las luces intensas de un gran salón multifuncional, las polleras verdes, rosas, celestes, naranjas; brillan las sonrisas blancas de las guapas participantes del concurso “Cholita Alteña 1992”, auspiciado por la alcaldía de la ciudad de El Alto.

Por los altoparlantes a todo volumen, dos presentadores anuncian:

—¡Y... la ganadora del título de Cholita Alteña essss...!

—¡Berthaaaa... Aaaacarapi!

Bertha Acarapi se adelanta a recibir el ramo de flores, la banda de honor y el certificado. Joven garbosa y elegante, luce en las orejas brillantes caravanas filigranadas, borsalino color beige en la cabeza, sobre los hombros un mantón de encaje rosa con delicados motivos tiwanacotas bordados a mano, una pollera verde esmeralda, negra cabellera partida en dos gruesas trenzas. Tiene 21 años, es soltera, de profesión secretaria.

A partir de este día, su nombre va a volverse conocido. Pero no por el título de belleza obtenido, que le va a deparar ciertamente algún tiempo de fama y de vanidad, pues no es poca cosa haber

sido elegida entre decenas de guapas concursantes como la más bonita, la más talentosa, la más elegante chola de El Alto del año 1992.

Cuando Bertha se inscribió en el concurso, un mes atrás, ni siquiera pensaba que aquella victoria era posible. Y que su vida iba a cambiar a partir de la premiación.

Ropa de cholita

Cierta tarde de invierno, había terminado Bertha sus labores en la oficina del colegio donde trabajaba como secretaria. Caminaba con una amiga por la Ceja de El Alto. Vieron un cartel colado en uno de los postes. El cartel era una convocatoria para inscribirse en la elección de “Cholita Alteña”. Había datos del lugar de la inscripción, del día de la elección.

La amiga leyó con gran detenimiento.

—Berta, mira, van a elegir a la Cholita Alteña.

—Ah, súper, ¡qué bien!

—¿Por qué no participas?

—¿Yooo? Ja, ja. No pues. Imposible. Pérdida de tiempo para mí. ¿Para qué? Ni me van a seleccionar.

La amiga la miraba de pies a cabeza, como evaluándola.

—Vamos a probar. Inscríbete nomás. Aquí cerquita es la alcaldía, a media cuadra. Te inscribes. Y si te dicen que estás adentro, bien. Y si no, también.

Fueron. La que hablaba era la amiga, porque Bertha dudaba todavía, y además sentía vergüenza.

—Esta mi amiga quiere participar de la elección.

Tal vez las funcionarias que atendían las inscripciones les decían lo mismo a todas las postulantes. O tal vez no. Lo cierto es que una de ellas le dijo a Bertha:

—¡Yo sé que tú vas a ser la Cholita Alteña!

—Ah, ¿en serio? —Bertha sonrió. Se puso a pensar en la posibilidad. El entusiasmo de la funcionaria empezó a contagiarla.

Con esas palabras resonando en su mente, llegó a su casa.

—Mami, ite comento que me he inscrito para ser Cholita Alteña! –le dijo a Juana, su madre. Juana era una persona que no creía en las zalamerías de la gente. Y consideraba zalamería justamente aquello que le había dicho la funcionaria a su hija.

—¿Cómo? ¡Qué barbaridad! Es pérdida de tiempo. Imposible, hija. No, no, ¿para qué vas a ir?

La abuela de Bertha no compartía aquella visión pesimista. Acostumbrada a reír y disfrutar de la vida. Aunque las condiciones le fueran adversas, siempre que podía cantaba tonadas en aymara. Lo hacía sobre todo cuando se ponía a lavar lana de llama y alpaca para tejer ponchos, aguayos, ch'uspas, adornados con figuras de cóndores, de pumas, de vizcachas. Cantando y bailando con el abuelo, su esposo, participaba en las fiestas patronales de la comunidad. La quena, la zampoña, la tarca, la danza de los mokululus. La abuela siempre sabía las melodías y con ellas se acompañaba mientras tejía, recordando su infancia entre las breñas y pastizales de su provincia Larecaja.

A esa abuela fue Bertha a contarle sobre el concurso, sobre sus esperanzas de ganarlo.

—¿Y qué dice tu mamá? –le preguntó la abuela, esperando la obvia respuesta.

—No quiere.

—Ajá, no te preocupes. Yo le voy a decir que te apoye y yo te voy a dar la plata para tu vestimenta.

¡La vestimenta! Claro. Si vas a un concurso necesitas vestir ropa bonita. Y la ropa de chola no es barata. Solo la pollera o la manta cuestan un dineral. Y las enaguas. Y la blusa. Ni hablar de los accesorios: las joyas –caravanas para las orejas, prendedor para la manta– y el fino sombrero bombín marca Borsalino: fieltro duro con copa redondeada y ala pequeña, característico de las cholos paceñas.

Tomando en cuenta todo eso, la madre seguía diciendo:

—Es pérdida de tiempo, ¿a qué vas a ir?

La abuela insistió en que ella iba a pagar. La mamá terminó por aflojar. Y fueron, las tres, a adquirir la ropa en las tiendas de moda de la zona 16 de Julio.

¿Cómo era la ropa? ¿De qué color? ¿Qué textura tenía? Bertha recuerda una pollera rosada. Y una manta. ¿La manta, tal vez, era verde esmeralda? Le compraron todo, desde la manta hasta los zapatos. Parada completa para una cholita. El borsalino no fue necesario comprarlo. Ya lo tenía, lo mismo que los aretes, el prendedor de la manta, los zapatos.

La siguiente semana fue la primera selección de postulantes, que eran muchas. ¿Cómo fue? ¿Les hicieron desfilar, tuvieron que hablar, contestar preguntas?

Seguramente que sí. Bertha recuerda un proceso por etapas. Primero, un desfile general y luego la selección de las finalistas.

Se anunció lugar y fecha para la gran final. Y nuevamente a comprar ropa. Otra pollera costosa, otra blusa. El dinero ya no alcanzaba para la manta.

Bertha quiso ir al concurso representando al magisterio alteño. Nadie se lo encomendó. Fue su iniciativa, su elección personal. Porque estaba trabajando en la secretaría de un establecimiento educativo y se sentía emotivamente ligada a esa institución. Pero no solo por el trabajo sino porque, hasta entonces, tenía la ilusión de estudiar para maestra. Aunque también quería ser radialista.

Sobre esto último, le preguntó a una amiga que hacía un programa de radio si ella, Bertha, podría trabajar algún día en eso.

—Uhhh, no creo –le dijo la amiga–, para hacer radio se necesita conocimientos, trayectoria. Ah, ya. No se podía. Bueno.

Bertha no tiene recuerdos precisos de haber sufrido carencias en su vida, pero ciertamente su madre tenía pocos recursos y eso acarreó que ella, siendo ya una adolescente, tuviera que dejar

de asistir al colegio diurno para ayudar a su madre en las ventas, en los continuos traslados que hacía entre la ciudad y la provincia. Tuvo que postergar sus estudios.

Bertha nació en El Alto. Pasó su infancia en una casita de Ciudad Satélite, jugando en la calle con amiguitas y amiguitos del barrio y con un primo que vivía a la vuelta de su casa. El pesca-pesca, las pepas, el salto en sogas, la rayuela y elevar voladores eran entonces los juegos más comunes. La felicidad simple y el jolgorio compensaban cualquier pena. Pena como la que tenía su madre, que se quedó sin pareja siendo muy joven, porque el padre de Bertha nunca volvió del servicio militar. Desparecido, sin rastro.

Bertha terminó el bachillerato en un colegio nocturno bajo el amparo amoroso de la madre, pero también de los abuelos. Las virtudes –algunas que dice Bertha haber heredado de su abuelo– se relacionan con la honestidad, la paciencia, el amor al trabajo, la certeza de que todo lo que se da se recibe. El abuelo, padre de su mamá, agricultor, pero también minero, fue el nexo de Bertha con sus raíces, con la cultura aymara. El abuelo había vivido su infancia y juventud bajo el gamonalismo, bajo el poder de los patrones. Fue pongo de hacienda y sabía de humillaciones y de discriminación. Alguna vez le dijo a su nieta que era mejor hablar español, olvidarse poco a poco del aymara. Le dijo también que para las mujeres indígenas es mejor ponerse vestido, porque así se tiene más posibilidades de conseguir trabajo.

Mucho de lo que afirmaba el abuelo era cierto. Sigue siendo cierto. En una sociedad racista y clasista, la pollera, pese a ser una vestimenta lujosa y cara, sigue siendo motivo de discriminación.

Pero Bertha nunca supo de esa discriminación. Aunque vestía la ropa con la que se sentía culturalmente identificada solo en ocasiones formales, iba de pollera, manta y sombrero a fiestas, a graduaciones de familiares. Pero cuando asistía al colegio, llevaba falda lisa, sin pliegues. Sin embargo, mantenía ciertas señales: la manta, las trenzas.

De todas maneras, por su mente nunca pasó la idea de dejar de vestir como chola, dejar de sentirse chola. Terminó el bachillerato nocturno y estudió también secretariado, para conseguir trabajo en un establecimiento educativo.

Quería ser maestra, pero en aquellos años no podía. ¿Quién iba a financiar los recursos que necesitaba una estudiante normalista? Su madre, que por entonces era vendedora de frutas y verduras, apenas podía. El trabajo como secretaria le permitió en aquellos años obtener sus primeros ingresos, entrando a trabajar en el área administrativa del magisterio.

Eran vísperas de la elección final de la Cholita Alteña. Bertha fue a contarle al supervisor de los trabajadores administrativos en la Dirección Distrital de Educación, un señor de apellido Ondarza:

—Estoy participando en representación del magisterio alteño en la elección de Cholita Alteña 1992.

El hombre activó de inmediato recursos para apoyarla.

—Vamos a comprar una manta. ¿Cómo no apoyarte si vas a representarnos?

Fueron a un local comercial donde se juntaban los mejores artesanos en mantas.

Allí eligieron aquella bella manta rosada, con encajes y bordados tiwanacotas que luce en la noche de la gran final.

Inicio de una nueva vida

Así, con apoyo de su madre, de su abuela y hasta del supervisor del magisterio, la noche de la elección Bertha estrena exquisita y elegante parada.

Y estamos acompañando ahora a Bertha Acarapi, flamante Cholita Alteña 1992, en un acto protocolar en el mes de agosto. Asiste el flamante alcalde, Flavio Clavijo, que acaba de sustituir a Jaime Reyes Mérida. Apenas el anterior mes, Reyes acompañaba el inicio de la elección de la Cholita en calidad de alcalde y ya lo han sacado. ¡Tan inestable y traidora suele ser la política!

Para Bertha, todos esos conflictos resultan muy confusos: destituciones, golpes institucionales, política partidaria. Ella todavía está muy lejos de eso.

Esa noche su nombre sale a la luz pública. Entre las personas del jurado calificador está alguien que se ha fijado en su vivacidad, en su voz, en su capacidad para responder las preguntas y para hablar en aymara. Se trata del director de Canal 24, José Luis Paredes, que además de empresario de medios es abogado y militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, el partido de “izquierda” que hace tiempo se ha derechizado, dirigido por Jaime Paz Zamora.

—Estamos saliendo con un medio experimental en El Alto y me gustaría que formes parte de mi equipo de comunicación –le dice.

A la flamante Cholita Alteña le vienen a la mente las palabras frustrantes de aquella amiga: “No, para trabajar en radio tienes que tener mucha trayectoria, tienes que aprender a hablar, entrar a una escuela de radio”.

Ante la propuesta, solo atina a sonreír, emocionada. Y agradecer.

Al día siguiente, lunes, va al canal. El proyecto es para radio, no para televisión.

Bertha siente que está en el lugar donde siempre quiso estar, aunque todavía le va a tocar aprender mucho, a modular la voz, a interactuar con sus colegas, a comentar. Ante el micrófono, ese día se olvida hasta de su nombre, se pone a temblar, comete errores. Pero acaba de dar el primer paso.

El trabajo consiste en hacer un programa muy parecido a la Tribuna Libre del Pueblo, el programa estrella de Radio Televisión Popular, de Carlos Palenque, pero adecuado a las características de El Alto. Se trata de recibir todas las demandas, las quejas, las iniciativas, la creatividad de sus pobladores, interactuar, interpretar, conversar. Y Bertha logra hacerlo bien. Pocas semanas después, se va haciendo amiga del micrófono, ya puede expresarse con soltura, hablar sin que los nervios le apaguen la voz.

Como al mes de comenzar en el programa radial, que se llama “Micrófono Alteño” o “Micrófono de los Alteños”, Bertha también hace un programa para televisión, en el Canal 24, de formato parecido, pero con otro nombre: “De Cara al Pueblo”.

Bertha está feliz. Ha dejado su trabajo en el colegio, gana mejor sueldo. Podría considerarse la segunda mujer de pollera en los medios de comunicación, después de la chola Remedios Loza, la Comadre Remedios, quien fue la primera. Y tal vez sea una de las primeras mujeres de pollera de la ciudad de El Alto en hacer radio y televisión.

Y así, Bertha se va convirtiendo en comunicadora profesional. Trabaja en distintos radios de la ciudad de El Alto, entre ellas, la radio San Gabriel, de amplísima audiencia.

Ya adentro del mundo de la comunicación social, Bertha no va a abandonar más su traje de chola.

A veces, puede comprarse ropa. Pero no tanta como para lucir un traje cada semana. Hace lo que siempre hacen las mujeres: combinar polleras, mantas, blusas, colores, texturas. Posee cuatro sombreros: negro, café, beige y plomo. Luce zapatos de cuero negro que cuando están nuevos son durísimos y aprietan los pies, pero son los únicos modelos que se suele usar en esa época.

En alguno de aquellos años, la Universidad Católica ofrece un curso de comunicación alternativa en El Alto. Bertha necesita conocer bien las herramientas comunicacionales, la teoría. Hace el curso. Después, ya piensa en obtener una licenciatura. Se inscribe en la Universidad Mayor de San Andrés, en la carrera de Comunicación Social. Pronto se da cuenta de que en su trabajo, en su vida diaria, ya hace praxis comunicacional. Logra un traspaso a la carrera de trabajo social y finalmente obtiene la licenciatura en esta última profesión.

Son años en que vive tranquila, sin apuros. Hace familia, pareja.

El primer periodo en política

Los años siguientes son de ascendente vida en política.

En 1999, Bertha se encuentra trabajando en el área de relaciones públicas de la empresa Aguas del Illimani, en la oficina de El Alto, en la zona 16 de Julio.

Se siente a gusto. Gana un buen sueldo, le alcanza para vivir cómodamente. Tiene tiempo para su desarrollo personal, para su familia. Pero un día llega la gente de “Pepe Lucho” Paredes a proponerle candidatear como concejala en el MIR.

La primera vez, rechaza la oferta. La segunda vez también. La tercera, “Pepe Lucho” es quien le habla. Ella seguramente ha visto, trabajando en Aguas del Illimani, las carencias que sufren los barrios alteños que no cuentan con agua potable. Ella sabe lo que se necesita tener básicamente: la planimetría aprobada por la alcaldía. Muchísimos barrios no tienen el servicio porque no hacen este trámite.

Por ese lado es que Paredes la convence. Tiene que aportar con sus saberes para mejorar la vida de los alteños. Bertha acepta e ingresa en la vida política.

En 1999, José Luis Paredes, “Pepe Lucho”, se postula a la alcaldía de El Alto por el MIR de Jaime Paz. Bertha ya está en su plancha de concejales. El MIR derrota a Condepa (Conciencia de Patria) en su principal bastión. En octubre de 2003 ocurre la llamada Guerra del Gas. El gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada masacra a la gente de El Alto que bloquea en la planta de Senkata y en la Ceja. En los días de la matanza, Bertha renuncia a su cargo de concejala y a su militancia en el MIR, porque éste forma parte de la coalición gubernamental. En 2004, “Pepe Lucho” vuelve a ganar la alcaldía de El Alto con su nuevo partido, Plan Progreso para Bolivia. Bertha, siempre en su lista de concejales, es elegida en 2006 como presidenta del Concejo Municipal de la Ciudad de El Alto y es la primera vez que una mujer asume ese cargo.

En 2010, concluye su primer ciclo en la política, cargado de trabajo, problematizado por los conflictos sociales en la urbe alteña. En 2006, Fanor Nava asciende a la alcaldía alteña, como concejal de Plan Progreso para Bolivia, en reemplazo de José Luis Paredes, quien se convierte, en 2006, en el primer prefecto de La Paz elegido por voto popular. Son años de grandes conflictos, trabajo excesivo, presiones, frustraciones. Al culminar su mandato en 2010, Bertha se promete a sí misma: “Nunca más voy a hacer política, nunca más”.

Autocensura

Para las elecciones municipales de 2010, hay quienes la invitan a postularse nuevamente como concejala. Bertha, hastiada de la actividad política, ansía volver a la comunicación. Empieza a buscar trabajo. Un día le llaman de Radio Fides. ¡Qué alegría, ya tiene trabajo! Pero, un momento. ¿Y qué va a decir el padre Pérez?

Bertha sabe que a Eduardo Pérez Iribarne, sacerdote jesuita, director de la emisora, no le gusta trabajar con políticos. Un día lo espera a la puerta de la cabina donde él hace su programa, El Hombre Invisible.

—Padre, estoy trabajando aquí y quiero ser honesta. ¿Sabe quién soy yo? Soy exconcejala de El Alto.

—Claro que lo sé. Yo te he invitado varias veces a mi programa El Hombre Invisible. Sé que tú eres una mujer trabajadora, una mujer honesta. Y me da gusto trabajar contigo.

Ese día, Bertha empieza a pensar en la autocensura que inconscientemente impone a su carrera política. Sabe que lo ha hecho bien, que ha trabajado para su ciudad. Pero también se da cuenta de que no puede procesar la crítica violenta, la violencia simbólica sobre su condición de mujer. Entiende cómo le afectan las habladurías, los chismes, la idea generalizada de corrupción que mucha gente tiene acerca de los políticos y la maldad, en especial, que se ceba en la honra y dignidad de las mujeres políticas.

“No, en política nunca más”, vuelve a prometerse.

Y es ahí que comprende cómo aquellos juicios de valor, cómo aquella violencia, a veces abierta, otras veces escondida, afecta tanto a las mujeres. Como un yugo que las aprieta para que no puedan avanzar, para que desistan, para que no hagan carrera. Recuerda haber preguntado en gestiones anteriores a sus colegas concejalas:

—A ver, ¿cuántas de ustedes van a volver a hacer política?

—Yo ya no.

—Yo nunca más.

—Yo nunca más.

Muy pocas han continuado en carrera, poquísimas. Ella lo hizo por diez años. Pero ahora está cansada ante tanta trampa, tanta presión y crítica, tanta demagogia y abuso del poder.

En horario estelar

A partir de 2010, la carrera de Bertha como comunicadora va a ingresar al estrellato. En Fides conduce un programa en radio y luego pasa a conducir un programa cultural en un canal de televisión.

Paralelamente, ha terminado una maestría en descentralización y gestión pública. Entre 2011 y 2012 trabaja en una institución que brinda capacitación y formación política a concejales. Visita Honduras, Guatemala, y, por un tiempo, va y vuelve de Centroamérica, capacitando sobre participación política a mujeres, mediante un convenio con Naciones Unidas. Trabaja otro tiempo en una fundación de La Paz, como trabajadora social. Finalmente llega a la red televisiva ATB, que le abre acceso a la audiencia nacional, en horario estelar, como la presentadora chola de noticias.

Siente que es lo más hermoso de su vida profesional. Liberada de la política, se desenvuelve en un ámbito donde siente que todo el mundo la quiere, la admira.

En ese periodo se multiplica creativamente. Participa como actriz en pequeñas producciones cinematográficas, hace de extra en una película de Jorge Sanjinés; es docente de la Universidad Pública de El Alto; hace modelaje con ropa de chola paceña para la alcaldía de La Paz y para Bolivia Moda 2018. Ese año también viaja a modelar joyas a París con la reconocida artesana Ana Palza, dentro de un grupo de cinco mujeres, vistiendo siempre traje de chola paceña, bajo el auspicio de la Fundación Cartier.

Son años de construcción personal y familiar. Y Bertha ve que se está construyendo con mucha disciplina y mucho trabajo. Duerme poco, trabaja mucho. Pero siente que ha llegado a donde quería.

2019, el año del dolor

Y entonces llega 2019.

Es junio. Algunos compañeros de ATB, enterados de que la han invitado para una candidatura, le dicen:

—No hagas política, estás mejor aquí, quédate.

En esos días, en alguna charla informal conversa con la afamada periodista María René Duchén, su colega de trabajo. En 2005, María René fue candidata a la vicepresidencia al lado de Jorge Quiroga, en la derechista agrupación Poder Democrático Social (Podemos).

María René sabe el costo que tuvo aquello para su vida personal y profesional. Pero no quiere dar consejos vanos. Solo lo que a Bertha le pueda servir. Le dice algo como esto:

—Estás en tu mejor momento en la comunicación. ¿Vas a hacer política?

—Sí -contesta Bertha.

—Bien. Éxitos -le dice con un dejo de tristeza.

¿Por qué no escucha a quienes le dicen que no deje su carrera? Bertha simplemente piensa que puede avanzar en los proyectos que no ha podido concretar hasta 2010.

Piensa que, dentro del MAS, va a poder con más facilidad hacer proyectos, obras para la ciudad del Alto. Y es muy halagador que la invite el propio presidente del Estado a postularse como diputada por La Paz.

Lo piensa, lo piensa y lo piensa. Acepta. Renuncia a ATB. Es un desafío terrible pero ya está adentro. Le dice a Morales:

—Tenemos que hacer el campo ferial de El Alto.

—Sí, eso está en el proyecto.

—Tenemos que hacer la carretera Cumbre-Alto Lima.

—Sí, la vamos a hacer.

Bertha Acarapi suma más proyectos: el Prado Alteño, asuntos de seguridad ciudadana. Todo eso ya lo ha previsto Morales.

El 20 de octubre, el MAS gana las elecciones. Enseguida, los partidos políticos, las clases medias insurrectas, los comités cívicos encabezados por el departamento de Santa Cruz se levantan acusando al gobierno de haber cometido fraude. En los siguientes días, los acontecimientos violentos se precipitan. Son días en que ella se pregunta: “¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí?”. Se siente sin comunidad, sin amigos.

Las redes sociales estallan de odio, de rencor. Las redes sociales se vuelven peligrosas, son el terreno donde la barbarie puede expresarse impunemente.

Bertha camina rumbo a Plaza Murillo, a una reunión partidaria. Son esos días de octubre en que los grupos enojados de clase media bloquean las calles con pitas, con llantas con alambres y banderas bolivianas, pidiendo segunda vuelta, pidiendo recuento de votos, pidiendo que se vaya Evo Morales.

Bertha está subiendo por la calle Colón de la ciudad de La Paz. Y de repente una señora de vestido, desde la acera del frente le grita:

—Chola cochina, ¿dónde estás entrando? Tú no puedes entrar a Plaza Murillo. Volvé al campo, andá a tu chacra.

El insulto es peor que los golpes. Bertha es ya una mujer con formación profesional, con posgrados, una mujer que nunca ha sentido discriminación, nunca ha conocido la discriminación. En ese momento la conoce.

No la consideran humana, no la consideran igual. Alguien le está diciendo que es menos, que no tiene derecho a caminar por allí. Alguien la está echando.

Y los gritos de la señora de vestido convocan a más gente. Y la gente que llega se suma a esa mujer. Le gritan, le insultan por su condición de chola, de indígena, de aymara, de “masista”. El piso parece hundirse para Bertha. Titubea. Alrededor solo hay gestos de odio, de desprecio. ¿Dónde se escondía tanto racismo durante los años anteriores?

Y entonces, caminando por allí, aparece Pepe Murillo, músico, comunicador y, sobre todo, su amigo. Seguramente ha escuchado los gritos, los insultos, sin saber a quién están insultando.

Y ahí encuentra a Bertha, perdida, desorientada, disminuida, ofendida. Bertha se aferra a él. Él le tiende los brazos.

—Tranquila, Bertha. Tranquila, hermana —le dice—. Toma esto, esto te va a cuidar. Mi Pepe Grillo de la suerte.

Le entrega un muñequito. Es, en efecto, un Pepe Grillo.

Bertha aferra el amuleto. De pronto, siente aquello terrible que sentía su abuelo en la época de los patrones: sentir que su cultura, su aspecto, su humanidad, su vida, no valían ante los ojos de los patrones.

Y Bertha se aferra al amuleto. “Tranquila, hermana”.

En esos días, Bertha, sus hijas, su esposo, tienen que abandonar la casa donde viven. Personas anónimas, en las redes sociales, les han amenazado con linchamiento por su complicidad con el “fraude”.

¿Última etapa?

Con el derrocamiento de Evo Morales sobrevienen días de luto, luego de la toma del gobierno por parte de Jeanine Áñez. En los meses siguientes llega la pandemia y con ella sobrevienen largos meses de desolación y encierro.

Llega octubre de 2020. Casi todos los que estaban en las listas de 2019 retornan como candidatos. Entre ellos, Bertha Acarapi. El MAS gana las elecciones por amplio margen.

No son ya tiempos de concordia. Internamente surgen las pugnas, las divisiones. Hay quienes le reclaman a Bertha su pasado como concejala del MIR y de amiga de “Pepe Lucho” Paredes. La discriminación y el acoso político, disimulado o abierto, campean.

A lo largo de los cinco años de gestión, Bertha se convierte en “diputada de pasillo”. No tiene oficina, no dispone de personal para trabajar, excepto una asesora. Trabaja, por eso, en el pasillo. O casi. Solo dispone de asiento y escritorio propio cuando hay plenaria de la Cámara de Diputados.

Como ella, hay cuatro mujeres más y un hombre que sufren la misma discriminación, que no tienen oficina, que son “diputados de pasillo” porque no se les asignaron comité o comisión para trabajar.

Y, sin embargo, Bertha ha logrado que se apruebe en 2020 la ley que dispone la construcción de la carretera Cumbre-Alto Lima, en cuyo perfil de proyecto trabaja ya una empresa. Y, para el campo ferial, la gestión de un terreno en el Distrito 4. También ha hecho seguimiento a la Casa Cultural con la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia, que se va a hacer en la zona 16 de Julio. Y sigue y persigue muchos otros proyectos para El Alto.

Mirando en retrospectiva, pese a todos los vaivenes y decepciones, Bertha siente que, sobre todo, la han apoyado las mujeres. Y por eso, en las únicas personas que podría confiar ahora sería en las mujeres.

¿Por qué no en los hombres? En algunos sí. Pero siente que entre mujeres hay mayor solidaridad, porque hay sororidad, es decir comprensión profunda de lo que es ser mujer en esta sociedad, en esta vida.

“¿Va a seguir en la política?”, le suelen preguntar sus allegados. No. “Mi ciclo político se cierra este año”, dice ella.

Un mensaje para las mujeres

Aprovechemos todo espacio de formación, busquemos siempre espacios donde nos podamos formar. El conocimiento no solo está en los institutos, en las universidades. Una tiene que ir buscando el conocimiento.

Y hay que estar conscientes de que el sistema patriarcal no nos va a ayudar. Nos va a poner obstáculos, no nos va a dejar avanzar más allá de los límites que ya tiene trazados.

Por eso busquen formación, busquen saber, busquen conocer en todos los espacios, en todos los niveles.



EL VENDAVAL EMPRESARIAL DE

Chichi Soto

Los inicios

Le preguntamos a Chichi Soto qué ha hecho por la ciudad de El Alto y sin titubear enumera una lista interminable de obras, de construcciones, de proyectos.

Ya desde los preparativos de la entrevista rebosa energía. Va de La Paz a El Alto y viceversa; conversa con la gente en el teleférico; da instrucciones por teléfono a algún subordinado; ofrece consejos a un joven, a una madre y sus hijitas; se toma fotos; compra golosinas; vierte opiniones sobre una y otra cosa; dice lo mucho que ama Estados Unidos, y continúa hablando sin pausa hasta llegar al saloncito de su casa, en el barrio de Sopocachi. Su modo de moverse, de asumir la palabra y de marcar el pulso de la conversación revelan a una mujer intensa, sin duda alguna.

Hay que adaptarse a su ritmo y asumir que el relato va a surgir en trozos, entre una cosa y otra, entremezclando y combinando momentos. Porque así es ella. Al narrar su vida entrelaza con naturalidad su rol de empresaria, su compromiso como militante política y su experiencia como funcionaria pública.

En el año 1957 la bautizaron como María Cristina, hija de Leonora (más conocida como Nora) Vega y Javier Soto. Eso ocurrió tiempo después de abandonar la incubadora de la maternidad

donde estuvo bajo cuidados intensivos por algunos meses. Porque Chichi nació sietemesina, en medio del caos, en medio del gentío, en un accidente.

Y eso ocurrió porque, arribando su madre embarazada a La Paz, adentro del tren de pasajeros, algún imprudente, al descargar equipaje, hizo caer una pesada maleta sobre el vientre materno.

A Chichi le contaron que Nora, su madre, empezó a sentir agudos dolores de parto apenas pisó el andén donde la esperaba el esposo. Que ya en las gradas de la entrada perdió el conocimiento mientras nacía la bebé prematura. Que el padre atinó a envolver a la recién nacida en su saco. Que llegó pronto la ambulancia de la maternidad cercana. Que una enfermera se encargó de cortar el cordón umbilical del saco amniótico expulsado del útero junto con la bebé. Que durante los dos o tres meses que estuvo bajo cuidados intensivos, cuando su padre la acunaba para alimentarla, le decía: “Chichi, Chichi”. Que se quedó con el apodo de Chichi desde entonces.

Chichi vivía con su hermana, sus hermanos y sus padres en la calle Colombia de la zona San Pedro, en La Paz. En la década de 1970, su padre, militante del MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario), cayó en desgracia durante la dictadura de Hugo Banzer (1971-1978) y fue a parar como preso político a la isla Coati. La madre, empleada del Ministerio de Trabajo, se las arreglaba para mantener a la prole y enviar de manera regular encomiendas con comestibles y ropa al marido preso. No obstante la relativa facilidad de los envíos, cuando el padre regresó del confinamiento, tenía graves lesiones en algunos órganos internos, lo que a la larga lo postró en cama y terminó dependiendo solo del sustento económico de la esposa.

Chichi tenía sentimientos encontrados hacia su padre, pues siempre se había portado mal con su madre, como conquistador empedernido que era. Cuando le llegó la desgracia al hombre, su madre, en lugar de escarmentarlo, sacrificaba gran parte de su sueldo para costearle medicamentos y tratamiento. En medio de eso, en algún interregno democrático, en aquellos años de dictaduras militares, Chichi oyó un día a su padre alabar a un candidato que estaba hablando en la televisión a nombre de Acción Democrática Nacionalista (ADN), el flamante partido de Hugo Banzer. Fue por ese comentario que ella empezó a simpatizar, primero, con ADN y, luego, a militar en las filas de ADN.

Antes, en el colegio, había sido una dirigente contestataria desde su centro de estudiantes, desde su puesto de ejecutiva de la Federación de Estudiantes de Secundaria e incluso desde la Confederación de Estudiantes de Secundaria. Inscrita ya en la carrera de Derecho de la Universidad Mayor de San Andrés, también llegó a ser parte de una plancha electoral de partidos de izquierda, cuando era delegada de curso.

Ya luego se iba a decantar como militante de A-Presente, es decir del partido de ADN en la universidad. Recuerda que por A-Presente estaba postulando como candidato para el centro de estudiantes de la carrera de Derecho, el que cincuenta años después sería responsable de la Dirección Nacional de Reivindicación Marítima (DIREMAR), creada por Evo Morales, y finalmente Fiscal General del Estado. También recuerda, entre los docentes conservadores de entonces, al decano emérito de su facultad, que le aconsejaba “sacarle la mierda” a una destacada dirigente de izquierda.

Chichi no era de las que ejecutaban personalmente la violencia. Al contrario, ella recuerda la violencia recibida de los partidos de izquierda cuando A-Presente se presentó a elecciones de la Federación Universitaria Local, apenas la UMSA reconquistó su autonomía de los interventores de las dictaduras. Los frentes de izquierda, los llamados “extremistas” durante el septenio banzerista, no se portaban tolerantes con la derecha democratizada y planteaban su veto. Todavía no estaban lejanas en la historia las intervenciones militares a la universidad; la conculcación de la autonomía; el apresamiento, tortura, muerte o desaparición de muchos dirigentes. Eran, definitivamente, enfrentamientos muy violentos cuando aparecieron los de A-Presente, y otros partidos prohijados por las pasadas dictaduras, queriendo acceder a la FUL.

Chichi guarda otros recuerdos al respecto:

—Me acuerdo que me agarraron de los brazos y me tiraron de bruces por las gradas. Entonces todas esas actitudes de violencia he vivido profundamente y El Alto para mí fue también ese derrotero de haberme enamorado de esa ciudad, de haber logrado amistades allá...

Chichi, ya se ha dicho, salta de un relato a otro, de un tiempo a otro. Volvamos a sus años de universidad. A su propia vivencia.

—Me han golpeado en el piso, me han pateado. Me han quemado el kárdex estudiantil, cinco años me han prohibido pisar la universidad. Pese a que yo había participado, junto con varios estudiantes, en conseguir el edificio al que se trasladó la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas. Primero quisimos tomar el antiguo edificio del asilo San Ramón, en disputa con los estudiantes de arquitectura; pero luego nos dijeron que el antiguo edificio del colegio La Salle era mejor. Y en esa toma les ganamos a los de la Facultad de Ingeniería. Ahora, a ver, reclamo. Mira, yo que tantas cosas he hecho y me vienen a botar de la universidad.

Sin embargo, la expulsión o salida de la universidad no le quitó a Chichi su activismo: en la política, en el comercio, en la vida.

Afición emprendedora

Todas estas cosas ocurrían en tiempos paralelos. Por ejemplo, cuando el padre estaba preso y la madre necesitaba apoyo, Chichi, adolescente, trabajaba a la vuelta de su casa, en Bueno, Bonito y Barato, un local ubicado en pleno Prado de La Paz que vendía, y hasta fabricaba, toda clase de artículos.

—Hacíamos papas fritas, con una amiga las embolsábamos y llevábamos al mercado Lanza a vender; en ese negocio hacían también serpentinas, mixturas, un detergente llamado Limpiol, el periódico El Litoral, por la defensa de nuestro mar. Y yo, cada 23 de marzo vendía ese periódico en el Prado, vestida de marinerita. Mi mamá me decía: “Ay, tú hasta piedras venderías”. Y terminé vendiendo piedras con mi chancadora. Mira, he logrado eso.

Lo de la chancadora viene mucho después. Volvamos atrás.

Luego de Bueno, Bonito y Barato, cuando ella ya estaba en la universidad, encontró trabajo de tiempo parcial vendiendo ropa en una boutique. Venían las clientas y Chichi les aconsejaba

colores, tallas. Era ya muy hábil con la palabra, con su innato poder de persuasión, de influencia, que ya empezaba a descubrir.

Toda esa inquietud vital por avanzar no impidió, empero, que sufriera una manipulación amorosa de la que no quiere hablar. La seducción de un músico, una relación en la que terminó manteniendo a alguien y fue burlada.

—Ahí dije: nunca más voy a volver a trabajar para mantener a alguien. Mi trabajo va a ser libre. Yo solita me voy a generar mi propia empresa, mi propia economía. Tenía tal seguridad. Imagínate que a mí me quieran arrinconar por un cargo, por un empleo. No, no, no. Yo tenía capacidades autodidactas, hacía cosas manuales y podía venderlas simultáneamente a lo que estaba estudiando en la facultad.

Estando todavía en la facultad, se presentó para postular a un cargo de notaria de fe pública. Dio el examen y no se enteró de inmediato del resultado. Un amigo le avisó:

—Tu nombre está en el periódico de los seleccionados para notarios.

Claro que ella tomó el puesto. Corría el año 1983. Ejerció el cargo hasta 1997.

—Cuando me han sacado de la universidad, yo ya era notaria y no me sentía frustrada. Quizás si yo hubiese sentido frustración, yo hubiese peleado para volver a la universidad. Pero estaba con tanto trabajo que me faltaba tiempo para hacer cosas. Y te voy a decir algo. Yo no tenía escritorios, no tenía máquinas de escribir para implementar una oficina. Cierta vez, caminaba por la calle Comercio buscando oficina con una amiga. Y justo adentro de una antigua casa, al lado al cine Princesa, me hablan de una oficina. Al llegar el dueño, me entrega en alquiler su oficina con muebles, con escritorios, con sillas. ¡Así es Dios, te da todo! Y después, llega un amigo de Alemania con su máquina de escribir y me la regala. ¿Ves cómo lo logré? Así. O sea, de manera independiente. Yo tenía mi propio personal. Son cosas que me han dado a mí la oportunidad de ser independiente. Me iba a la puerta del tribunal a rematar bienes, me contrataban las empresas para rematar. Era experta en remates y ganaba buen dinero. Y eso lo compartía con la militancia de mi partido.

Chichi Soto en El Alto

La ciudad del enamoramiento era El Alto y las amistades, eran integrantes del Grupo Furia, una agrupación cívico-cultural que funcionaba en Ciudad Satélite, según dice Chichi: “Vecinos dedicados a la cultura, al desarrollo de la zona, como una junta de vecinos, pero cultural”.

—Me identifiqué con la lucha de ellos, porque ellos querían que El Alto sea ciudad. Y logramos sacar en la Cámara de Diputados la primera minuta de comunicación solicitando eso. Me reunía con ellos, coincidía en todo lo que ellos pedían, apoyaba su acción. Tú sabes, yo militaba en un partido y a través de mi partido les apoyaba. A partir de eso, comenzamos a hacer los trámites, entre mucha gente, patricios alteños, especialmente de Ciudad Satélite. En ese avance, una vez consolidada ya la ciudad de El Alto, mi partido ganó la primera elección municipal y sacamos adelante al primer alcalde, don Juan Polo Maguiña.

Chichi se considera protagonista y autora de todo aquello. ¿Cuánto era el poder que tenía ella en ADN? Simplemente responde:

—Hacemos que sea ciudad y ponemos a las primeras autoridades. En aquellos años, el cargo de alcalde se ejercía solo por dos años y se lo ganaba por mayoría simple de votación. Al año de gestión, destituyeron a Polo Maguiña. El puesto fue ocupado por Julio Muñoz, también de ADN. Luego vinieron Hugo Murillo y Simón Mamani, igualmente alcaldes de ADN. O sea, gobernamos con nuestros alcaldes desde 1985 hasta finales de 1987. A partir de 1988, estuvieron Luis Vásquez Villamor, que renunció para ser diputado por el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), y dos alcaldes más del MIR. A partir de 1990, CONDEPA (Conciencia de Patria), el partido de Carlos Palenque, empezó a ganar en El Alto. Pero desde ese 1989 gobernaba el país la coalición del Acuerdo Patriótico (alianza política entre ADN, de Hugo Banzer, y el MIR, de Jaime Paz Zamora), que empezó a copar con su militancia todas las instituciones públicas.

Chichi Soto ya hacía política en El Alto desde 1984.

—Yo creo que en esa etapa comencé a trabajar más en la mística partidaria, en hacer crecer la familia política. Eso tomaba tiempo, tenía que ir de zona en zona, de pueblo en pueblo, y me dirijo a todo lado y en todo lado me conocían. Por ejemplo, la avenida Juan Pablo II o la avenida 6 de Marzo. ¿Quién las ha hecho? ¿Quién crees tú que ha hecho? En la gestión de ADN ha sido. Porque hemos trabajado los embovedados de ríos y tanta cosa que ha habido en El Alto. O sea, yo manejaba toda La Paz, no solo El Alto.

Lo cierto es que entre 1991 y 1992, Chichi era coordinadora general de la Corporación de Desarrollo de La Paz (Cordepaz)⁴, con sede en El Alto. Chichi recuerda que, en su gestión, con el proyecto Lura Huisa, capacitaron a más de cinco mil mujeres alteñas en confección de polleras, en macramé para mantas, para que puedan ellas autosostenerse. En 1992, también desde Cordepaz, se logró la construcción de la sede de la Federación de Periodistas de El Alto. Y todo esto, Chichi lo explica usando jerga jurídica:

—Yo, motu proprio, he generado todo eso. Pero no me gusta hablar intuitio personae. Cuando digo “hemos hecho”, es porque lo he hecho desde mi partido.

¿Era importante el cargo que tenía Chichi en Cordepaz en aquellos años?

—¡Ay, sí! Yo me he creado ese cargo porque realmente no había la estructura. Pero yo no ganaba sueldo en Cordepaz, porque ya tenía sueldo como notario de la república. ¿Sabes qué he hecho? Me he inventado el cargo de coordinadora general de Cordepaz. ¿Sabes qué hacía? Trabajaba directamente con todos los líderes de las comunidades, con los secretarios generales. O sea, tenía un nexa tan intenso de trabajo con todas las provincias, con todas las comunidades, que tenía seis personas detrás de mí anotando las tareas a

4. Las corporaciones departamentales de desarrollo manejaban, antes de ser cerradas por los gobiernos capitalizadores de entonces, enorme presupuesto, personal y recursos: tenían empresas, poseían maquinaria y tecnología y ejecutaban importantes proyectos de carácter social y productivo en los ámbitos departamentales.

cumplir. A un lado tenía a todos mis directores de área del sector ejecutivo de Cordepaz y, al otro, los tenía a todos los líderes de las comunidades, de las provincias.

¿Cómo logró ese poder Chichi Soto?

Chichi, empresaria

Los años de poder político y de gestión en Cordepaz dieron lugar a los años en que Chichi se convierte en empresaria de la construcción. En la década de 1990, contaba ya con una bonita vivienda en la zona de Bolívar E.

Chichi aclara:

—Siempre he dormido en La Paz, y he vivido todo el día en El Alto. Para mí, la ciudad de La Paz es mi ciudad dormitorio. Pero mi ciudad de vivencia, mi ciudad-día, mi ciudad de trabajo es la ciudad de El Alto.

Con el esposo –pues había ya un esposo, un señor yungueño, autoidentificado con el pueblo leco– fundaron la empresa Salas Soto y la empresa CPB (Caminos para Bolivia), además de Mecánica SRL, donde tenían maquinaria pesada. Para el comercio, abrieron una fábrica de losetas, “la más grande en El Alto”, y el Grupo Mineros “Santiago”, de donde nació una chancadora de piedras, Áridos Vilaque, en Vilaque (que queda sobre la ruta al lago, antes de llegar a la población de Batallas, provincia Los Andes), que, según dice ella, le quitaron los comunarios⁵. En algún momento, logró tener más 800 obreros en la fábrica, en Salas Soto y en Áridos Vilaque. En algún momento, Chichi logró, efectivamente, vender piedras. En este caso, al municipio de El Alto.

5. En Bolivia, la propiedad y administración de los áridos (arena, grava, etc.) en los lechos y márgenes de los ríos es competencia exclusiva de los gobiernos autónomos municipales, tal como lo establecen la Constitución Política del Estado, la Ley N° 3425 y el Reglamento Ambiental sobre Aprovechamiento de Áridos y Agregados de 22 de abril de 2009.

Y estos son solo algunos trabajos que su empresa hizo para el municipio:

—El embovedado del río Hernani, que viene desde el Huayna Potosí, porque por ahí hallabas peces muertos, colchones, botas, basura, hasta heladeras. Hemos limpiado todo eso con mi empresa. Hemos hecho el canalizado de otros ríos, del Ingavi, del Litoral. Pasando el peaje de la autopista en la Ceja, también hicimos el muro de la Plaza del Encuentro Andino, ya durante el mandato del alcalde Flavio Clavijo. En otros lugares, hemos hecho caminos como Cotacajes-Arcopongo; el tramo Tomachi-Mayaya; el kilómetro 57 en la ruta Santa Bárbara-Quiquivey; hemos trabajado en voladura de roca; movimiento de tierra. Hemos hecho obras importantes. Y además yo hice la revolución de la loseta en El Alto.

¿Por qué la revolución de la loseta?

—Porque las zonas no tenían sistema sanitario ni pluvial. Entonces, si ponías pavimento, para hacer el alcantarillado de nuevo tenías que romper el cemento y perdías plata. Mientras que la loseta la levantas fácilmente, y si lo haces con cuidado, se puede volver a poner cuando ya se hace las acometidas. Entonces, todo eso lo pensé para mi ciudad de El Alto. Eso he pensado para que no se gaste indebidamente. Pero cerramos la empresa Salas Soto, hacia 1998, hasta el 2000.

¿Por qué fue el cierre?

—Porque abrieron una fábrica de losetas en el municipio. Como para contrarrestarnos. Una competencia desleal porque, mira, el municipio no paga impuestos. Nosotros sí. Éramos una empresa formal, ¿no?, siempre hemos sido una empresa formal. Entonces, decidimos convertir a nuestras trabajadoras y a nuestros trabajadores en empresarios por cuenta propia.

¿Cómo ocurrió este notable proceso de desprendimiento?

—Les entregamos, por grupos de seis, una máquina para hacer losetas. Y ellos hasta ahora siguen siendo fabricantes de losetas. Los hemos formado en ese emprendimiento. A otros, les entregamos volquetas. Se agarraban entre cuatro, entre seis, de acuerdo a lo que le correspondía a su finiquito. Y comenzaron a hacer con la volqueta trabajos de llevar, de traer, de cargar. O sea, se les entregó maquinaria en lugar de la liquidación salarial, para que avanzaran como emprendedores.

¿Qué fue del esposo?

—El Alto feraz lo mató —dice Chichi con tristeza—. Es que sufría poliglobulia por la altura y aunque se trasladó hasta Santa Cruz a vivir, tuvo una complicación cardíaca que acabó con su vida en 2024.

¿Quiso Chichi ser alguna vez autoridad de El Alto? Lo intentó, en 1999, por ADN. Pero eran ya tiempos de “Pepe Lucho”, el alcalde que por algunos años iba a dominar en la arena política de El Alto.

—Me he lanzado. Pero hay cosas que en este momento no quiero tocarlas. En su momento, escribiendo un libro, voy a desnudar varios detalles que forman parte también de mi historia política y de la historia política de mi partido. Porque yo hasta ahora sigo siendo adenista, no he cambiado —dice Chichi.

En 2002, cuando el padre Sebastián Obermaier renunció a ese cargo, Chichi asumió como delegada presidencial para la ciudad de El Alto, durante la presidencia de Jorge “Tuto” Quiroga, que estaba en el poder luego de la muerte de Banzer.

En resumen, ¿cuál es el aporte personal más importante que Chichi ha dado a El Alto? Responde de corrido y casi sin parpadear:

—El haber logrado que se la reconozca como ciudad, el haber formado parte de esos hombres y mujeres visionarios que lograron que la ciudad de El Alto se vuelva la cuarta

sección de la provincia Murillo y que tenga su municipio con autonomía y que hoy día sea la ciudad más grande, porque después de que he hecho varios procesos de aporte, de trabajo, he logrado fundar también la Cámara de Industria y Comercio de El Alto junto con varios hombres y mujeres para mostrar la imagen positiva de la ciudad de El Alto, después de la Guerra del Gas, después de la Guerra del Agua y todo eso. Todo el mundo decía que de la ciudad de El Alto se estaban yendo las empresas y todo porque no había seguridad jurídica. Entonces, eso me preocupó por nuestra juventud, porque si no hay inversión, si no hay productividad, no hay trabajo para nuestra gente. Porque el “Papá Estado” no es la grandeza que uno quisiera para contar con una fuente de trabajo. Nuestra juventud, ¿cómo va a aterrizar en alguna actividad económica después de sacar su cartón profesional? Nuestras mujeres, ¿cómo van a aterrizar después de toda la inversión que han hecho criando a sus hijos con su trabajo sacrificado?

La CAINCO de El Alto

La Cámara de Industria y Comercio de El Alto ya operaba desde diciembre de 2003, pero sin personería jurídica. Formalmente, nació como tal un 18 de mayo de 2004. Casi paralelamente, ya se había conseguido la Ley 2685, fechada el 13 de mayo de 2004, Ley de Promoción Económica de la Ciudad de El Alto, cuyos objetivos básicos son: establecer condiciones adecuadas para nuevas inversiones productivas; lograr una mayor producción regional con valor agregado para el mercado nacional e intensificar los niveles de exportación; generar nuevas fuentes de empleo; mejorar los niveles de productividad; establecer consorcios empresariales entre la pequeña, mediana y gran empresa, universidades, institutos técnicos y establecimientos educativos.

¿Por qué desde El Alto se pedía esta ley? Chichi Soto recuerda que muchas empresas fugaron de la ciudad de El Alto ante la inseguridad jurídica que había. La ley volvía a generar esperanza.

—Logramos recuperar la credibilidad desde la conformación de nuestra institución, desde la propuesta de la Ley 2685, que es una ley que la hemos creado desde la Cámara de Industria y Comercio de la Ciudad de El Alto junto con el municipio.

En virtud de esta ley, se permitía traer a El Alto maquinaria para inversión de empresas y emprendimientos extranjeros con arancel cero. Con esa ley, según Chichi Soto, se logró atraer más de 30 empresas.

—Tuvimos inversión francesa, una empresa de muebles que trajo 16 hornos para el tratamiento de la madera. Nosotros ya no hicimos el seguimiento, aun cuando era de nuestra competencia, porque cambiaron los gobiernos municipales y, bueno, cada uno tiene sus propias políticas.

Mientras tanto, la CAINCO de El Alto se consolidó como vitrina de información, gestión y consolidación de empresas que invertían en la ciudad, aunque no siempre se obtuvo la misma respuesta de los diversos alcaldes.

—Sentimos, por ejemplo, que en la gestión de la alcaldesa Chapetón no hubo ningún movimiento. Con Edgar Patana sí logramos avanzar con la implementación de la ley. Inclusive ya teníamos un campo ferial en plena Ceja, que ahora se ha vuelto un cirquete, que ya no lo usan. Pero durante mi gestión hice construir ese campo ferial, y servía.

La Ley 2685 generó el desarrollo de una propuesta productiva para El Alto con los dos pilares de la cultura emprendedora: conciencia ambiental y conciencia tributaria. Muy pronto, se logró el reglamento y hubo reuniones con el alcalde de entonces.

—Le pedimos crear una instancia para “operativizar” la ley, pensando siempre en que venga inversión a la ciudad de El Alto, para que se genere más y mejor empresa, para generar empleo. Entonces, el alcalde nos dijo: “Esta vez no tengo presupuesto”. “Pero, alcalde, lo que se necesite, una oficina, teléfono, computadora, nosotros como Cámara de Industria y Comercio de El Alto, le ofrecemos eso”. Y ahí nació la primera Oficialía Mayor de Desarrollo Productivo, en la Cámara de Industria y Comercio de la Ciudad de El Alto. Este ejemplo fue asumido por todo el país, todos los municipios. Viendo que la ciudad de El Alto contaba con esa secretaría, comenzaron a fundar sus secretarías de desarrollo, sus oficialías mayores de Desarrollo Económico. Eso fue el año 2006.

La CAINCO también logró incorporar en El Alto el Servicio Nacional de Propiedad Intelectual (SENAPI), para proteger la propiedad intelectual de los alteños. Chichi sabe justificar con solidez esa iniciativa.

—Es que en nuestra ciudad de El Alto hay tanto creador, hay tanta gente tan llena de creatividad e inteligencia que logra productos bien originales, encantadores; pero la limitación de capital no permite desarrollar toda su fortaleza exportadora. Por eso, hay que seguir alentando, mientras se protege su creación.

El solitario poder

Los partidos que gobernaron por turno el país a partir de 1985 sufrieron su derrota política merced a los levantamientos populares de la Guerra del Agua, en el año 2000 en Cochabamba, y de la Guerra del Gas, en octubre de 2003 en El Alto. Chichi observaba estos cambios de viento ya desde su activismo empresarial y pudo adaptarse a los nuevos tiempos.

No obstante, algo de su nostálgica devoción por el adenismo le queda cuando dice que sigue siendo militante de Acción Democrática Nacionalista. Y, como adenista, ha estado apoyando siempre diversos espacios de lucha, de confrontación al oficialismo que gobernó Bolivia hasta 2025.

Por ejemplo, en el llamado “Cabildo de los Dos Millones”, cuando diversas organizaciones sociales y partidos políticos organizaron en la Ceja de El Alto, en julio de 2007, un multitudinario acto de repudio al pedido de autoridades de Sucre para recuperar mediante la Asamblea Constituyente su condición de capital plena⁶.

—He fortalecido ese cabildo desde nuestra imagen empresarial. Con la CAINCO de El Alto he hecho el “Almuerzo de la alteñidad”. Porque estaban muy divididos todos los afiliados,

6. Aquel cabildo acicateó un conflicto regionalista, también apoyado por los comités cívicos, que estuvo a punto de llevar al fracaso a la Asamblea Constituyente y la obtención de una nueva Constitución.

y eso los unió para que podamos representar y tener la fuerza como corresponde en la movilización de la gente. Entonces, he generado escenarios para convencer en la unidad, en la conciliación, en el diálogo, en el análisis, en el ir juntos para el desarrollo de la ciudad.

Ella, siendo representante de la parte patronal, no se alejaba de los sectores populares. Tal vez por todo lo que aprendió a manejar en Cordepaz, aprendió a comunicarse y a trabajar con facilidad con las organizaciones de base, con la gente obrera, con sus subordinados y empleados. Por eso, en aquella época de la Asamblea Constituyente, cuando se decidía la refundación del Estado boliviano, ella dice que “preparó” para participar en el cabildo de la Ceja al entonces presidente de la FEJUVE de El Alto, Nazario Ramírez.

—Él era obrero de mi empresa. Y para el cabildo yo lo he preparado.

Años después de la Asamblea Constituyente, Chichi aparecía en las calles como activista del “No” en el referéndum de 2016, cuando el entonces presidente Evo Morales planteaba reformar la Constitución para poder repostularse en futuras elecciones.

—Llega el referéndum, donde Bolivia dijo no. Y ahí comienzo yo a participar ya en las calles. Agarro mi bandera tricolor y marchaba calladita. Hasta que me fui ubicando. Y a fines de 2017, en Santa Cruz, fundo con Graciela Barberí y Nancy Nayar la organización “Kuña Mbarete”, la de las Mujeres Fuertes, las del pañuelo rojo, para organizar la resistencia. Ahora, soy la coordinadora nacional de las Mujeres Fuertes y también soy coordinadora internacional.

A todo esto, ¿dónde estaba Chichi durante la crisis política-social que se desató entre octubre y noviembre de 2019, que culminó con el derrocamiento de Evo Morales, con las masacres en el puente Huayllani de Sacaba y en la zona de Senkata en El Alto?

—No estaba en El Alto. Estaba acá abajo, porque estaban quemando las casas allí. Estaban golpeando a la gente, han matado policías a golpes, ahí en El Alto, en Ciudad Satélite. Entonces nos encerramos en mi casa, acá. Y mis cuidadores de mi casa de El Alto me llamaron y me dijeron: “Hay que poner wiphalas porque están quemando las casas,

están asaltando”. Y les dije que fueran a la Ceja a comprar wiphalas. Era una obligación tener wiphalas para tener seguridad en tu propiedad privada. Por temor hice poner. No por convicción.

Aquellos días de profunda crisis política, de terror, de desconfianza, de miedo al otro, cada quien elegía su bando. Chichi eligió el suyo.

—Acá nosotros nos dedicábamos a preparar comida para llevar a los policías que estaban acuartelados, amotinados contra el gobierno. Ayudábamos en todo lo que se podía, en algunas vituallas, porque no había alimentos.

Ese ha sido el pensamiento y la forma de actuar de Chichi. Y ahora, vale la pena saber qué mujeres han ejercido influencia o la han apoyado en su trayectoria. Chichi, enseguida, piensa en sus influencias ideológicas.

—A ver, la Golda Meier, la Margaret Thatcher... —empieza diciendo apresurada.

—No, Chichi. ¿Hay mujeres que te han apoyado y acompañado en tu trayectoria? ¿Recuerdas alguna?

—Ah, sí. Mi madre, Leonora Vega de Soto, por su fuerza y fortaleza. En 1987, en el único choque de trenes que hubo, ella murió trabajando en el coche comedor. Y yo me quedé a cargo de cuatro hermanos menores de edad, fui padre y madre de ellos, porque mi padre murió el año 1983 y mi madre murió en 1987.

Pero, insistiendo, ¿has encontrado Chichi redes de solidaridad entre mujeres, redes de sororidad? Chichi se queda pensando.

—He sido muy dominante, quizá, en mi forma de liderar. Pero he visto miles de mujeres que viven en El Alto que han hecho grandes cosas para el país y para esta ciudad... Más de lo que han hecho muchas que han sido ministras, que han sido esto, que han sido lo otro. Y yo tenía tal poder, también... porque he tenido mucho poder, te digo, mucho poder. Pero no he robado, no he mentado. Siempre he servido a la gente. Ese es mi aporte para esta ciudad.

Un mensaje para las mujeres

Hay que compartir nuestras buenas experiencias. Alentar a las buenas experiencias. Recomendar que no cometan los errores que nosotros hemos cometido. Aprende más el que enseña.



Ruth Ninavia

TESTIGO DE MUCHOS TIEMPOS

Bajo el techo del enemigo

Esta es Ruth Ninavia, nacida en Atocha, Potosí, el año 1955. Desde diversos espacios y momentos ella ha visto cómo han sido las familias, las organizaciones, los partidos políticos, y quiénes y cómo eran quienes mandaban en esos ámbitos en la ciudad de El Alto.

Siendo todavía una bebé, sus padres se la llevaron a la mina de Colquiri. Ahí vivió hasta terminar la primaria. A los 13 años, su padre la hizo llevar a la ciudad de La Paz, aunque lo veía muy esporádicamente porque era un atareado trabajador y dirigente sindical en la mina de Huanuni. La madre siguió trabajando en la pulpería de Colquiri, hasta que se retiró porque ya tenía otra pareja.

La pareja resultó ser un conocido militante falangista. Ruth recuerda la indignación de su padre, militante comunista, al enterarse de aquello:

—“¡Con mi peor enemigo!”, decía. Peor hubiera sido que se metiera con su mejor amigo, ¿no?

Por eso, el padre hizo que Ruth se fuera a la ciudad de La Paz a vivir con una tía, porque no quería que su hija viviera “bajo el techo del enemigo”. No obstante, la niña sí vivió bajo techo

enemigo. La tía, hermana de su madre, era la nueva esposa de su padre y resultó, para la niña, una madrastra hostil.

Como Ruth no se llevaba bien ni con su madre ni con su madrastra ni con su padre siempre ausente, se aferró al amor de un muchacho de su barrio. A los 16 años quedó embarazada. A los 17, ya era madre, casada, conviviendo con un jovencito que solo sabía conversar de fútbol.

“¿Quién nos va a mantener?”, se preguntaba con angustia Ruth viendo al compañero deambular de un lado para otro, sin renunciar a sus tardes de fútbol y de farra.

Ruth se puso a estudiar secretariado y contabilidad en el Instituto INCOS. Dos años estuvo allí, y al tercer año se fue al Instituto de Lectura Veloz, el ILVEN, a estudiar taquigrafía. De noche estudiaba y de día consiguió trabajo, como secretaria, en la casa comercial de don Tomás Fujiki Isida, representante de varias firmas, empresas y fábricas japonesas que ofertaban toda clase de mercadería al por mayor (sillas, juguetes, insumos domésticos, etc.). Mientras trabajaba con Fujiki, su padre, dirigente sindical que por entonces andaba en la clandestinidad, se comunicaba con Ruth mediante unas monjitas que lo ayudaban a esconderse en el barrio de Villa Copacabana. Le pedía artículos de aseo personal y alguna vez la usó de enlace para comunicarse con sus camaradas o la hizo asistir a charlas políticas.

Mientras tanto, Ruth aguantaba al esposo, que se negaba a proseguir sus estudios y la maltrataba. Un día, él le dijo: “Ya no te quiero. Te veo como una amiga, nada más”.

Otro día, apareció para reclamarle algo. Se agarraron a golpes. Él, con mayor ventaja física, la tiró violentamente al suelo. Ella empezó a convulsionar con el cráneo rajado y sangrante. La internaron en el Hospital Obrero, estuvo un mes internada. Sobrevivió. Después, ella misma se encargó de tramitar el divorcio. Tomó un cuarto en alquiler por la zona de Achachicala, con ayuda del padrastro, que se portaba más cariñoso que su madrastra, su madre y su padre. La suegra, viendo que Ruth no tenía tiempo para criar a un hijo, porque trabajaba y estudiaba, se llevó al niño con ella a Oruro.

Llegó 1979. En el interregno democrático de ese año, su padre había sido elegido diputado nacional por el Frente Revolucionario de Izquierda. Un día, el flamante diputado le dijo:

—¿No quieres cambiar de trabajo? Yo te puedo ayudar, hija. Anda a Comibol, a su sede en la avenida Marical Santa Cruz, y búscalo a tal funcionario.

Ella fue. En la Corporación Minera de Bolivia le hicieron rendir un pequeño examen, luego le expidieron un contrato, luego otro y finalmente la pasaron a planillas de empleados regulares, con el puesto de secretaria.

Ruth ya podía disfrutar de una verdadera autonomía económica.

—Estaba divorciada, ganaba bien, ya recuperé a mi hijito. A sus 6 o 7 años lo traje desde Oruro a vivir conmigo. Vivía ya con mi niño, siempre en Achachicala, en un departamentito en anticrético. En eso, me enamoré de un funcionario de Comibol. Producto de ese enamoramiento nació el segundo de mis hijos. Sí, hubo casamiento, pero bien en secreto. ¿Por qué? No sé. Tenía miedo de que nos echaran del trabajo a alguno de los dos.

Llegó el año 1986, y empezó a aplicarse el Decreto Supremo 21060, con el que empezaron a liquidar Comibol. Muy pronto se fijaron en la pareja. Alguno tenía que salir. El marido le dijo a Ruth:

—Tú, como eres secretaria, vas a conseguir trabajo en otro lugar. Vos salite, yo me quedaré nomás.

¿Por qué una mujer con profesión y con sólida carrera decide echar por tierra sus logros?

—Por tonta -dice Ruth-. Me salí. Me dieron 500 dólares de finiquito.

Justo en plena crisis, el compañero resultó ser mezquino y cruel.

—Mira, yo voy a responder solo por mis dos pequeños. Ahora tú, no sé cómo te las arreglarás con tu hijito mayor.

Ruth tomó su finiquito y se fue vender dólares a la calle Mercado, en la cuadra del Banco Mercantil de Santa Cruz. Al principio los librecambistas no la dejaban trabajar. Intervino su hermano menor, quien le ayudó a conseguir la venia del jefe de la cuadra. Con la compra y venta de dólares, a Ruth

le alcanzaba para pagar la pensión colegial de su hijo y para comprar algunos víveres. Así estuvo un tiempo, hasta que pasó por allí un exdirigente minero, amigo de su fallecido padre. A los pocos días la hizo llamar a las oficinas de la Federación de Mineros, para darle el cargo de secretaria en un proyecto de rehabilitación de los desmontes de Catavi, proyecto que estaban trabajando con un equipo de ingenieros.

Muchas veces, Ruth tenía que quedarse hasta las nueve o las diez de la noche trabajando. El marido empezó a celarla. Que “por qué te quedas hasta altas horas de la noche”, que “dónde siempre vas, con quién te estarás viendo, descuidas a nuestros hijitos”, etc. Una y otra vez se repetían las escenas de celos, los insultos. Y entonces el esposo pasó a la acción. Ruth recuerda:

—Una noche llego a mi casa. La encuentro prácticamente vacía. Mis chiquitos no estaban, solamente estaba mi hijito mayor, que tenía unos 10 o 12 años. Él me dijo: “Tu marido se llevó a los niños”. Pero no solamente se había llevado a mis wawitas sino el juego de living completo y varias cosas más. Al día siguiente fui a ONAMFA [Organización Nacional del Anciano, Mujer y Familia], que funcionaba en el edificio de Lotería Nacional. Le hicieron una citación e inmediatamente le hicieron devolver a mis wawitas. Pero ahí también me empezaron a endulzar los oídos para reconciliarme. Me dijeron que había que velar por los hijos, que uno ya estaba sin padre y que dos más sin padre, no pues. Volvimos, y así estuvimos viviendo.

La casa de El Alto

El proyecto de la Federación de Mineros concluyó. A Ruth ya le daba vergüenza cobrar por no hacer nada. Le hablaron de una vacante para secretaria en Inmetal. Postuló y la contrataron. Inmetal seguía siendo por entonces una de las grandes empresas de la Corporación de Desarrollo de La Paz. Funcionaba frente a la Aduana, sobre la ruta a Oruro, en El Alto. Ruth tomó una vivienda en anticrético en ciudad Satélite. Su marido ya se había retirado de la Comibol –con mucho mejor finiquito que ella– y se dedicaba a cuidar a los hijitos.

Había fallecido el padre de Ruth. También la madre. Pero andaba por ahí la madrastra, intentando vender una vivienda que su padre había conseguido mediante el Consejo de la Vivienda en una urbanización de locatarios mineros, la Urbanización 21 de Diciembre, en El Alto.

El padre había logrado varias viviendas para sus hijos en sus años de trabajo. Aquella casa en la 21 de Diciembre se la había prometido a Ruth. Pero no alcanzó a formalizar los papeles cuando la muerte lo alcanzó en 1985.

La madrastra, viuda oficial, aunque separada por desavenencias, andaba ofreciendo en venta esa vivienda para irse nuevamente a Suecia, de donde había regresado para el funeral del marido. Pero no contaba con los papeles de propiedad. Mientras tanto, una mujer le cuidaba la casa.

Ruth le contó el caso a una compañera de trabajo. La compañera, pícara e inteligente, le ayudó a armar un plan. Fueron a la vivienda. Les abrió la cuidadora.

Se presentaron como trabajadoras sociales del Consejo de la Vivienda Minera que andaban verificando si las casas las habitaban los locatarios o sus hijos. No podían ser habitadas por cuidadores y mucho menos podían ser vendidas. De comprobarse esto, iban a informar al Consejo para revertir la adjudicación y pasar la vivienda a los relocalizados mineros que ya estaban poblando los alrededores con sus carpas.

—Estábamos saliendo del barrio y vimos que en un colectivo venía llegando mi madrastra. No nos vio. Supe después que la cuidadora le dijo, muy asustada: “Han venido del Consejo Nacional de la Vivienda Minera, dice que nos van a quitar la casa y les van a dar a los relocalizados si comprueban que los hijos no viven aquí, o el dueño”. Mi madrastra fue donde mi hermano mayor, que vivía en Santiago II, y le dijo: “Dile a tu hermana que venga a habitar la vivienda de inmediato, ¡ahora!, porque nos van a quitar”. Yo llegué a casa y mi hermano me llamó con esa novedad: “¡Tienes que ir a vivir ahora, ahora, porque nos van a quitar la casa!”. Esa noche mismo me trasladé, trayendo todas mis cosas en un camión. Hemos debido vivir unos cuatro, cinco meses acá con mi esposo y en eso lo fulminó una

fiebre reumática. Me quedé viuda. Pero al quedarme sola, ya tenía tiempo para hacer muchas cosas.

Bailando morenada

Entre las muchas cosas que empezó por hacer Ruth estaba reconocer el barrio y darse cuenta de que no era la única que carecía de documentos de propiedad al día. Los terrenos ocupaban 10 hectáreas; y aunque la avenida Litoral parecía dividir el norte y el sur donde empezaban a asentarse en carpas los relocalizados de las minas, todo era, según el plano, una sola urbanización.

El barrio ya contaba con luz gracias a las acciones desplegadas por su padre cuando era diputado nacional. Usando sus influencias, el diputado también había logrado hacer colocar cinco pilas de agua. Una de ellas estaba en la esquina de la casa. Pero había quienes se mezquinaban del agua.

—No le van a dejar recibir por demás a esa señora de negro —decía una señora de pollera, encargada de la pileta pública de su esquina, mirando con desconfianza a Ruth, que andaba de luto por las muertes de su padre y de su esposo.

—¿Por qué?

—Porque ella les da agua a esos relocalizados. Ellos no tienen por qué recibir.

No quería que Ruth les diera agua ni siquiera a los niños. “¡Que se compren pues!”, decía la que cuidaba la pila. ¿Cómo hacerles comprender que todos eran parte de la misma zona?

Ya llegaba el tiempo de elegir una nueva junta vecinal. Con algunos amigos, Ruth estaba pensando en participar. Tenían que superar las relaciones hostiles con algunos vecinos y además tenían que darse a conocer.

—¡Bailaremos!

Para el 21 de diciembre, aniversario de la urbanización, organizaron una morenada con los vecinos de arriba y de abajo de toda la urbanización. Ruth vistió pesado traje de achachi. Otras señoras bailaron de cholas. Arribeños y abajeños, hombres, mujeres y niños bailaron y compartieron, rieron, brindaron y limaron asperezas. Y cuando Ruth y sus amigos se presentaron a las elecciones de la junta, ganaron por amplio margen.

¿Por bailar?

—No. Por el espíritu de unidad que logramos, por juntarles a todos bailando. Había tres fórmulas. Una que respondía a los intereses de Condepa, que manejaba la alcaldía. Otra de UCS (Unidad Cívica Solidaridad) y nosotros. Condepa y UCS tenían harta fuerza en esa época aquí en El Alto, pero no eran buenas fichas los que manejaban esas agrupaciones en esta zona. Por eso les hemos ganado. Y de inmediato hemos empezado a hacer la planimetría, con apoyo del dirigente Milton Gómez, de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros.

¿Por qué Milton Gómez? Porque las 10 hectáreas de la urbanización fueron compradas con dinero de los mineros, mediante el Consejo de la Vivienda Minera.

Cuando se hace una urbanización, se prevé áreas verdes, áreas para equipamiento municipal, para mercados, campos deportivos, etc. Pero en las 10 hectáreas solo se diseñó calles y lotes para viviendas. Nada de plazas. Apenas estaba la Plaza del Minero. Aparte de eso, no había terreno destinado ni para mercado, ni para colegio, ni siquiera para cancha o iglesia. Y por todo eso, y porque mucha gente no contaba con documentos de propiedad saneados, aprobar la planimetría de la zona en la alcaldía tardó muchos años.

Lo que sí se logró más rápidamente fueron las nuevas luminarias para la zona.

Mientras tanto, Ruth estaba cumpliendo ya casi seis años de trabajo en Inmetal, cuando anunciaron la liquidación de la empresa.

El hundimiento de Inmetal

Gobernaba el Acuerdo Patriótico (alianza entre el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, de Jaime Paz y Acción Democrática Nacionalista, de Hugo Banzer). Si bien parecía una alianza un tanto extraña entre un partido que se autodenominaba de “izquierda revolucionaria” con un partido de extrema derecha prohijado por una dictadura militar, ambos comulgaban con la ideología neoliberal del momento. Y se repartían el manejo de las instituciones públicas de manera más o menos armónica y por turnos. Ruth, desde su cargo de secretaria, conocía a los que manejaban Inmetal desde la Corporación de Desarrollo de La Paz (Cordepaz): recuerda al presidente, un señor algo mayor de apellido Monje, y a la coordinadora general, “una con su cabeza grande, constructora creo que fue, que hacía y deshacía en Cordepaz”.

Ruth recuerda que no solo desde esos puestos gerenciales se encargaban del desmantelamiento de las empresas de Cordepaz, sino también desde abajo.

—Había otra empresa similar a Inmetal, pero la empresa era privada, en Cochabamba. Mopar se llamaba. Desde aquí, los mismos trabajadores, mano de obra calificada, bien entrenados, los viernes por la noche, como desesperados, escapaban a trabajar a Cochabamba. Sábado y domingo iban a trabajar a Mopar, llevando la tecnología de Inmetal. Así ha empezado la deslealtad y ha empezado el cierre de Inmetal.

Desde la cúpula de Cordepaz solo se apresuraba el desmantelamiento de Inmetal. Ruth ya no estuvo cuando ocurrió la privatización, en 1995. Pero sí cuando empezaron a retirar a los trabajadores con un bono extra, aparte de los beneficios sociales. Ella y un antiguo dirigente de izquierda les propusieron a los trabajadores comprar los terrenos industriales para construir una terminal de buses o algún emprendimiento cooperativo. Los trabajadores, ufanándose de sus conocimientos, respondieron:

—Ah, no. Estos quieren seguir viviendo del sindicato. Quieren que les sigamos manteniendo. No, no. Nosotros somos mano de obra calificada.

Total, que se fueron los obreros y cada cual puso por su lado algún taller, algún emprendimiento pequeño, Ruth y el viejo dirigente fueron de los últimos en cobrar sus beneficios, mientras se hundía la gran industria que alguna vez fue Inmetal en El Alto (en sus mejores tiempos ensamblaba carrocerías, coches y toda clase de vehículos de gran tamaño para todo el país).

Una mirada a los que tienen poder

En diciembre de 1992, cuando el alcalde de El Alto, del partido Condepa, Flavio Clavijo, fue a la Urbanización 21 de Diciembre a entregar luminarias para la zona, se encontró a Ruth, amiga de antiguas militancias de izquierda, como la presidenta vecinal. Y al enterarse de que ella estaba cesante, le dijo:

—Te invito a trabajar en la alcaldía, en mi despacho. Necesito una persona calificada que me maneje la correspondencia.

—Ah, pero yo quiero un ítem. Yo no quiero contratos por tres meses. Un ítem.

—Bueno, veremos qué se hace.

Empezó trabajar a partir del 2 de enero de 1993 en el despacho de Clavijo. Le hicieron firmar un contrato por 3 meses, y estaba en pie la promesa de un ítem.

En ese tiempo conoció cómo la gente del alcalde manejaba sin escrúpulos la caja chica. No observaba desmanes económicos de parte de Clavijo. Pero de Clavijo observaba otras cosas. Que le gustaban las mujeres, que las mujeres acudían constantemente a su despacho. Desde su cargo de alcalde-macho-alfa se podía permitir cortejarlas, seducirlas.

—A Flavio yo lo conocí siendo él militante fabril, cuando era bien diferente. Y era decepcionante ver su conducta con las mujeres. No era el único. Yo he visto a muchos volverse moralmente sucios con las mujeres. Yo he visto a muchos transformarse con el cargo, aprovecharse del cargo para acosar, chantajear y someter a las mujeres. Pero en esa época eso era tenido como hazaña. Para mí era decepcionante, viniendo de gente que se decía de izquierda, porque supuestamente era diferente, ¿no?

Pasaron los tres meses, ya se cumplía el cuarto mes y como no le comunicaron nada, Ruth supuso que el silencio implicaba que pronto le darían un ítem. Y de pronto alguien protestó:

—¿Cómo va a trabajar esa aquí? Y en despacho todavía. ¡Si es comunista! No es de Condepa.

El que protestaba era el exdirigente al que le ganó en las elecciones de la junta vecinal. Clavijo le conminó:

—Ruth, tienes que inscribirte en Condepa si quieres seguir.

—No, Flavio, discúlpame, hermano, pero me has contratado porque soy secretaria. Yo me voy.

En el barrio se encontró con el exdirigente.

—¿Y en qué te quitaba que yo trabajara? Tú eres gendarme. Yo soy secretaria, he estudiado para ejercer este oficio.

Ruth seguía llorando de rabia. Pero pronto halló trabajo en la Caja Petrolera, en La Paz, gracias a que un exgerente de Inmetal conocía de su esmero en el trabajo y la hizo llamar. Allí se quedó por mucho tiempo y trabajando allí se jubiló.

Mujeres ayudando, mujeres agraviando

Siendo presidenta de su junta vecinal, Ruth llegó también a ser parte de la FEJUVE en los años en que estaban en el comité ejecutivo los dirigentes Raúl Bernal y Freddy Bautista, allá por 1992. Y siendo parte de esa FEJUVE, le mandaron a participar de la Federación de Mujeres de El Alto, que recién empezaba a consolidarse bajo el mando de Teresa Paco, la secretaria ejecutiva.

—Pero no sé qué más decir de esa Federación, además de que juntaba a mujeres de las muchas organizaciones que hay en El Alto. Yo me alejé de asistir porque ya era mucho trabajo. Porque como dirigentes de las juntas vecinales teníamos que acompañar al

alcalde en sus gestiones. Y todo eso me obligaba a abandonar a mis hijos; ellos sin papá y yo más que me perdía sábados, domingos, y de lunes a viernes trabajando, ya era mucho.

Para cuidar a sus hijos, Ruth requirió el apoyo de otra mujer.

—A una chica del barrio que veía siempre en la calle le dije: “Ven a trabajar a mi casa, te voy a pagar. Ayúdame con mis hijos, la comida”.

Y la ayuda se convirtió con el tiempo en aporte fundamental para que Ruth siguiera ganando el sustento diario y participando en la dirigencia vecinal.

—Todos la conocían a ella como madre. Tanto así que una vez fuimos al desfile. Ella me dijo: “Vas a ir a ver a tus hijos, van a desfilar”. Pero en el desfile le saludaban a ella como si fuera la mamá. Y yo como cartón pintado. Mucho me ha ayudado ella. Y yo también le ayudé. Le obligué a estudiar. Ahora ya es maestra de colegio, casada con un profesor.

Hacia 1994, mientras Ruth se ocupaba de trabajar y también de las gestiones vecinales, sufrió un intento de asesinato por parte de un ex dirigente al que ella desplazó cuando se hizo cargo de la junta vecinal.

Furioso, despechado porque una mujer lo había vencido, iba ebrio a patear la puerta de la casa de Ruth. Y en estado de ebriedad, pero no por causa del alcohol sino por su odio a la mujer, cierta tarde la arrinconó en la calle e intentó atravesarle el vientre con una especie de mástil de bandera que había conseguido, seguramente, para ese fin. La defendieron unos adolescentes que pasaban por ahí.

Al día siguiente ella fue a hacer la denuncia a la policía. El investigador los convocó a ambos para que se brindaran “garantías mutuas”. ¿Cómo? Pero si ella había sido atacada. Por fortuna, por casualidad, un capitán se dio cuenta del error o negligencia del investigador:

—No. La señora no tiene por qué dar garantías. Él tiene que dar garantías, porque él ha ido a agredir, no la señora.

Eso ocurrió por el año 1994, cuando las graves agresiones contra las mujeres que osaban pisar los espacios de los hombres se diluían en conciliaciones, en multas, en arengas y reproches contra ellas.

En 1996, Ruth se jubiló. Justo a tiempo para lograr pensiones del anterior sistema de jubilación. También tramitó renta como derecho habiente de su difunto esposo, para ella y sus pequeños. En esa condición, aprendió que las mujeres no siempre ayudan, cuando fue dirigente de los rentistas mineros, es decir la primera y única mujer en ocupar el cargo de secretaria general de la Federación de Rentistas Mineros de La Paz. Ya en el cargo, le hicieron una guerra de baja intensidad, acusándola de una malversación de fondos, que en realidad nunca hubo, y le negaron la posibilidad de defenderse.

—No me dejaban ni hablar en las asambleas. Y las mujeres, que no quieren pensar con cabeza propia, influenciadas por esos chismes, repetían nomás: “Ah, dice que dice que ha robado, dice que ha sacado fondos”.

Se deshicieron de Ruth a fuerza de chismes, de atropellos a su dignidad y de impedirle defenderse.

—Si no se deshacían de mí de esa manera, yo ahorita hubiese estado en la Confederación de Rentistas. Pero les estaba pisando el poncho. Y a ellos les daba rabia que una mujer les mandara. Con el tiempo, logré demostrar la mentira de todas sus acusaciones. En una asamblea se aclaró que no había ningún mal manejo de fondos. Ya ahí, vinieron el año siguiente unas mujeres a quejarse: “Señora Ruth, nos están ultrajando mucho esos hombres, cosas nos dicen a las mujeres. Vuelva”. “Ah, ¿sí?”, les dije. “Y cuando a mí me ultrajaban, me decían ladrona, ¿quién de ustedes ha dicho ‘no, es mentira’ o ‘hagan una auditoría?’”. Nadie. No. Ya no voy a ir más. Sigo siendo miembro, claro, pero hasta ahí con ustedes.

Ya jubilada, Ruth abrió hacia una tiendita de barrio en la parte delantera de su casa, donde empezó a vender pollo, entre otros productos. Hacia 2011, le cayeron los del Sindicato de Carniceros y Ramas Anexas.

- Señora, no puede vender. Tiene que afiliarse, no es así nomás.
- Bueno, me voy a afiliar. ¿Cuánto hay que pagar?
- 2.500 bolivianos.
- ¿Tanto? ¿Para qué es?

Pagó. Y pagando, ya era miembro del sindicato. Iba a las reuniones, escuchaba, preguntaba. Otras afiliadas solo iban a tejer, sin interesarse en lo que hablaban los hombres dirigentes.

- Señoras, no vengán a tejer, escuchen, están hablando de nuestro dinero.

De esa manera, llegando la época de elegir nueva directiva, el año 2020, alguien dijo:

- Esta señora es bien activa, que vaya al sindicato.

La eligieron como secretaria de relaciones, como segunda ejecutiva, después de un hombre. Ella veía que se manejaba mucho dinero. Propuso actualizar la personería jurídica, abrir una cuenta bancaria a nombre de la organización, habilitar al secretario de hacienda y al secretario general para el manejo responsable de los cheques y las cuentas. Se asustaron, no quisieron.

Intentó que se controlara el manejo de los dineros de los afiliados, llevando control con actas, con recibos. En 2020, repartieron los fondos obtenidos entre los afiliados para apoyarlos durante la pandemia del Covid-19. En aquella oportunidad, el secretario general guardó el saldo del dinero repartido, señalando un monto. Ella pidió que se contara el dinero delante de la directiva. Lo contaron. Era mucho más del monto que había declarado el secretario general.

Al día siguiente, en la reunión general, en lugar de justificarse, el hombre llegó a estrellarse contra Ruth y los que contaron el dinero:

- Han pasado sobre mi autoridad, han contado la plata como si fuera un delincuente, nos ha trapeado esta señora.

Total, que con su agresividad, logró distraer el problema de fondo, y luego se hizo elegir por otra gestión más.

De aquel tiempo, lo único que Ruth ahora puede rescatar es que ha conocido gente, aunque cree que ha perdido el tiempo.

En general, en cuanta organización ha podido participar como militante, gestora u observadora, ha comprendido cómo se manejan los hilos del poder; ha visto los intereses coludidos de muchos dirigentes, la violencia machista contra la posibilidad de compartir funciones y gestiones con las mujeres. Y, también, el acostumbramiento y la tolerancia de las mujeres a esta situación.

—Se dejan intimidar por los hombres, se dejan sobornar, se dejan imponer. Las mujeres son todavía muy sumisas. O sea, los hombres las convencen, pues. Les hacen cariñito, les besan, les seducen. O si no, las amenazan, las humillan. Y el problema de las mujeres es que no quieren superarse. Van al sindicato o a la reunión de junta a tejer, a comer, a reír, a sentarse bien atrás. Claro, así los hombres dicen: “¿Tú qué sabes? Mujer nomás eres. Tú no sabes”. Y para ellos es muy lindo tener todo el poder.

Un mensaje para las mujeres

He visto que muchos hombres que llegan al poder o a cualquier cargo superior, usan su poder para someter a las mujeres, para abusar de ellas, para acosarlas. Son tan incapaces de lograr el amor de una mujer, tan pobres, que solo tienen su poder. Y por eso les digo a las jóvenes: estudien, valórense, quíeranse, estímense para que nunca sean víctimas de estos feos seres humanos.



SIETE MOMENTOS EN LA VIDA DE

Soledad Chapetón

Primer momento: la casa en Nuevos Horizontes

La casa estaba en una pampa. Alrededor solo había viento, viento que solía contagiarse del mal humor del mes de agosto para arreciar con furia en los alrededores o para agazaparse y helar con afilados zarpazos el rostro de los caminantes. Sin embargo, y en general, era un yermo apacible aquel sitio llamado Nuevos Horizontes.

En el camino, pasando las últimas viviendas del cruce a Viacha, que era la última parada del micro, abundaban las piedras. Y piedras del camino, grandes, pesadas, pequeñas, era lo que solían acarrear los miembros de la familia Chapetón Tancara cada vez que retornaban de sus quehaceres hasta aquel hogar en medio de la nada.

En la casa vivían seis personas: la madre, oriunda de la comunidad de Guaytuta, provincia Pacajes, dedicada a la venta de pescado del lago; el padre, oriundo de Moxa Uma-Ambaná, provincia Camacho, policía de oficio, dedicado a tiempo completo a un servicio que lo alejaba de la familia durante semanas o meses; los dos hijos mayores, que además de estudiar en el colegio, se dedicaban a barrer, lavar ropa, cocinar, asear y peinar a las dos hermanitas menores; las dos hermanitas menores, que se dedicaban a los juegos, a asistir a la escuela y a transportar, en la medida de sus fuerzas, alguna piedra pequeña, no muy pesada, hasta la casa.

Una de esas hermanas, la menor, era Carmen Soledad. Por ser la más chiquita, normalmente no podía encontrar pretexto para escabullirse de la casa, de modo que era la que estaba condenada a comer los guisos poco elaborados y sin sazón que cocinaba el papá cuando retornaba, por pocos días, de su servicio.

Aunque el padre no sabía ni podía cocinar como la mamá o como los hermanos mayores, sabía, en cambio, cavar, sembrar. También sabía hacer adobes, levantar paredes, techar.

Por aquel entonces, la vivienda contaba con un amplio patio soleado, algunas plantas, dos o tres perros juguetones, gallinas ponedoras y unos chanchitos en el corral. Pero apenas disponía de dos habitaciones: una cocina y un cuarto grande que hacía de dormitorio colectivo.

Los hermanos, ya jóvenes, le pidieron al padre construir, al menos, otra habitación. Cuando el padre llegaba de cumplir su servicio, empezaba la labor.

Todos trabajaban, haciendo barro, haciendo adobes, cavando, colocando en los cimientos las piedras, piedrotas y piedritas acarreadas en el camino. Y así, con el trabajo de todos, aparecieron más habitaciones de adobe en la vivienda de Nuevos Horizontes. Con los años y con mejores aportes económicos, la casita se convertiría en una cómoda edificación de dos plantas. Y después sería asaltada, quemada. Pero eso ocurrió al final.

Al principio de esta historia, vivían los cuatro hermanos juntos, el padre como policía, la madre como vendedora. Y en la memoria de Soledad está el recuerdo borroso de un padre un poco estricto, un poco torpe. Cuando volvía a casa, andaba enojado, gritaba, se descontentaba, se ponía de mal humor y hasta castigaba a los hijos varones; aunque nunca a la madre o a las niñas. Esas frustraciones no eran de inmediato percibidas por la mirada infantil. La comprensión llegaría con el paso de los años. ¿Cuánto podía pesar la vida para un hombre alejado por circunstancias laborales del amor de su familia, sometido a la dureza de un trabajo mal remunerado y hasta a veces humillado por su condición indígena? ¿Sería tal vez eso? ¿Serían los roles machistas de género que no permitían a los hombres ver la vida de otra manera que no fuera desde el mando, la dominación y la rudeza?

Lo que Soledad sí recuerda con precisión era que su padre era un policía muy correcto. Cierta vez, llegó a casa trayendo una gran bolsa con globos de carnaval, decomisados. Y así recuerda Soledad:

—Y nosotras mirábamos la bolsa de globos, antojándonos, con ganas de jugar. Y le dijimos: “Papi, ¿qué es eso?”. “Son globos. Pero no es de nosotros, hay que devolverlos”. Y mi hermano mayor, viendo que nos antojábamos tanto, extrajo dos globitos por un hueco que hizo en la bolsa, y nos dio uno a cada una. Eso no lo supo nunca mi papá, quedó entre nosotros.

Las niñas no tenían juguetes. No alcanzaban los recursos familiares para eso. Soledad recuerda:

—Pero eso no me duele. No necesité juguetes caros en mi infancia. Más bien, la carencia ayudó a despertar nuestra creatividad. Por ejemplo, usábamos unos caballetes de madera que había para la albañilería. Con mi hermana poníamos un cuero de oveja encima, lo amarrábamos con pita y montábamos como si estuviéramos sobre caballo. No necesitábamos mejores juguetes. Nuestras muñecas eran botellas de vidrio, esas botellas de gaseosa; las vestíamos con bolsas de plástico.

Esa fue la infancia de Soledad. Bajo el cuidado de los hermanos mayores, con el sostén de un padre que llegó a ser sargento segundo de la policía y de una madre que vendía pescado, vendía comida y hacía otras actividades en el área de comercio, vendiendo al principio en un tambo de la calle Santa Cruz, en La Paz, y luego en un mercado cerca de la casa, que se llama Mercado Juana Azurduy de Padilla.

Después viene lo demás.

Segundo momento: la autonomía económica

Lo demás es que, a sus 17 años, Soledad salía bachiller de un colegio fiscal de El Alto y a sus 18 años ingresaba a la carrera de Ciencias de la Educación de la Universidad Mayor de San Andrés, en La Paz.

Se dice que la educación pública es gratuita, pero muy pronto, culminando el primer año, la joven universitaria empezó a sentir la limitación económica que aquejaba tanto a su familia. Ya no solo era la pena por estar pidiendo constantemente dinero a la benevolente mamá, al papá que ya vivía en la casa. Era la certeza de que sus padres no siempre tenían dinero suficiente. Y a ella le hacía falta dinero para pagar las fotocopias, los textos, los pasajes para bajar cada día hasta la hoyada pazeña a pasar clases y retornar por la tarde o la noche hasta la casa en El Alto.

Por eso se le ocurrió conseguir un trabajo de medio tiempo.

Empezó atendiendo un local de sellos de goma ubicado en la Ceja de El Alto, propiedad de don Serafín, un viudo algo mayor, padre de tres hijos varones. La joven recibía y anotaba el pedido o el diseño requerido; luego lo enviaba al diseñador. De ahí, el sello lo quemaban en unas planchas de serigrafía y después lo ponían a secar al sol. Era ese proceso el que Soledad llegó a conocer a detalle. Y también aprendió a hacer pirochas, es decir, esas insignias o prendedores que usaban los bachilleres durante las ceremonias de bachillerato.

Soledad observaba atentamente cómo don Serafín hacía las pirochas. “¿Quieres hacer tú?, ¿quieres aprender?”, le preguntó, cierta vez, don Serafín. Y le enseñó a pintar las pirochas, a lijarlas prolijamente. Y cuando el negocio se amplió a imprenta, don Serafín le enseñó a conocer el gramaje de los papeles, las texturas de las cartulinas, qué material recibe mejor los tintes.

Llegó el día de la paga, suma bastante humilde, pero que llegó puntual. Ese día, volviendo a casa, la joven compró pan, una gran bolsa. Y llegó apretando alegremente aquella bolsa. “Mami, ¡he comprado pan!”. “¡Qué bien!, le respondió la madre atareada en alguna labor, sin ponerle mucha atención. Soledad no solo estaba feliz por haber recibido su primera paga, sino que quería contarles a sus padres la novedad. “¿Sabes con qué dinero he comprado el pan?”. “¿Con qué?” “¡Es que estoy trabajando!”.

La mamá se puso contenta. Pero cuando el papá se enteró, se molestó un poco. “Mientras nosotros podamos, tienes que aprovechar tu tiempo, tienes que estudiar. Cuidado que, por trabajar, no termines tu carrera”.

Y Soledad se comprometió a terminar la universidad, a dar mayor importancia al estudio. Desde entonces, recibió mayor acompañamiento, mayor apoyo de sus padres. Pero ya no dejó de trabajar.

Lo poquito que ganaba aquellas veces, a Soledad le servía para costear sus pasajes, para algún refrigerio, para fotocopiar textos de estudio. Alguna vez compraba pan, té, alguna otra golosina para la casa. Pero hasta ahí llegaba.

En los tres años siguientes, siguió trabajando con don Serafín y sus tres hijos, en horarios flexibles que le permitían adecuar trabajo con estudio. Jamás en ese tiempo alguien le faltó el respeto, nunca hubo palabras soeces, comentarios ni actitudes de acoso. Era una familia íntegra la de don Serafín. ¿Qué apellidaba don Serafín? Eso no lo recuerda Soledad, pero aún lo vio muchos años después, ya anciano, trabajando en su tienda de la Ceja de El Alto.

Sin embargo, combinar trabajo y estudios no siempre es lo ideal. Y eso lo supo pronto. ¡Cómo le hubiera gustado dedicarse solamente a estudiar! Obtener en cinco años un título profesional, especializarse después, darles esa satisfacción a sus laboriosos padres, que no habían tenido el privilegio de acceder a la educación superior. Pero no tenía suficientes recursos para ese lujo. No logró cumplir la promesa de egresar en cinco años. Tardó un par de años más. Y otro tiempo extra para tramitar su titulación.

Mientras tanto, ya conocía aquella sensación de autorrealización que da el trabajo honrado. Trabajar, ganar un salario era otro tipo de felicidad: vislumbrar la independencia, la madurez para dirigir la propia vida.

La verdadera independencia económica sobrevino al postular para una convocatoria que salió de la alcaldía de El Alto, que estaba buscando bibliotecarios.

Por entonces, Soledad estaba cursando el último año de su carrera, requisito suficiente para aquel cargo. Presentó documentos, matrícula universitaria, certificados de calificaciones de la carrera y la convocaron a dar un examen de competencia. Obtuvo la primera nota. Y el puesto como bibliotecaria.

Aquel año, Soledad redujo al mínimo sus estudios universitarios porque debía trabajar ocho horas, es decir todo el día, en la biblioteca de Villa Adela, en la iglesia Cuerpo de Cristo, que estaba a cargo del padre Sebastián Obermeier. Ante sus padres, preocupados por la decisión de la hija, el hermano mayor defendió a la hermana: el cargo en la biblioteca era también un aprendizaje e iba a contribuir a su currículum profesional.

Con el primer sueldo como bibliotecaria, le compró una linda chompa a su mamá, para su cumpleaños.

—Mamita, en adelante ya no me des plata, ya no necesito, ya tengo lo mío -le dijo a su madre.

En otra ocasión le propuso:

—Mami, no vayas a trabajar, ya no necesitas, yo te voy a dar.

Pero la madre se negó. Vender era su vida, su forma de estar tranquila. Si no asistía a su puesto, sus caseras ya no volverían a comprarle. ¿Y qué iba a hacer en casa, sola?

Mientras tanto, se veía a Soledad Chapetón saliendo a toda prisa de la biblioteca de Villa Adela para llegar en minibús a los trufis que bajan por Ciudad Satélite hasta el barrio de San Pedro, en La Paz, y de ahí bajar corriendo hasta el monoblock de la UMSA. A veces no lograba llegar a tiempo y había -como hoy- docentes intolerantes que no aceptaban estudiantes tardones y que le cerraban la puerta.

Así, le tocó arrastrar algunas materias, pocas, pero que incidieron en retrasar su egreso un par de años más. Solo dos años más, lo cual Soledad Chapetón hoy considera un privilegio, sabiendo que muchas mujeres tardan más años, décadas, en salir profesionales por el agobio de cargar solas con los cuidados familiares, la crianza de hijos y las discriminaciones de género. Soledad, en medio de eso, se reconoce privilegiada, o más bien bendecida por la vida.

Cuando ya le tocaba culminar sus estudios, realizó una pasantía en una fundación que trabaja con niños y adultos en situación de calle. Asomarse a las múltiples realidades de violencia familiar, de vidas pequeñas frustradas y maltratadas por la violencia machista, fue tal vez lo que la hizo ir con cautela por la vida. No buscó pareja, no se enamoró tempranamente de alguien.

Tercer momento: ingreso a la vida política

Soledad Chapetón entró a la política, según recuerda, en 2005, cuando estaban ya convocadas las elecciones generales que iban a realizarse en diciembre de ese año. Ella estaba por cumplir 25 años y parece que la lluvia jugó algún papel en su acercamiento a Unidad Nacional.

—Me he acercado a Unidad Nacional porque la oficina que tenía el partido, en la avenida 6 de Marzo, quedaba en el camino hacia mi casa. Yo tomaba el minibús para mi casa generalmente de la calle 2. Pero cuando llovía... ¡Pucha! Cuando llueve, los minibuses están súper llenos. Entonces tenía que ir caminando, caminando, caminando. Y así llegaba hasta el cruce a Viacha, y recién de ahí lograba tomar movilidad. Entonces en ese camino, una cuadrita antes de llegar al cruce de Viacha, estaban las oficinas con las banderas de Unidad Nacional. Yo sabía que ahí había esa oficina.

En lo demás, ya la lluvia no juega papel alguno. Soledad estaba ya enamorando con quien ahora es su esposo y con él acordaron ir a averiguar las propuestas de varios partidos, para decidir su voto.

Su adhesión partidaria ocurrió cuando entró a la oficina de la avenida 6 de Marzo. Soledad suele repetir que lo que la prendó fue la propuesta, la idea que leyó en un folleto informativo que le dieron en esa oficina, que hablaba de recuperar “el capital humano que se va al exterior”.

—Esta parte fue la que a mí me conectó.

—¿Por qué?

—Porque yo tenía un hermano, el segundo hermano, el que cocinaba para nosotras en la casa, que se había ido a Brasil dos años antes porque no podía encontrar trabajo aquí, pese

a tener su profesión. Esa pérdida familiar fue lo que me conectó con aquella propuesta. Y no era solo mi familia. Tenía algunas compañeras en la universidad que también me contaban, que se había ido su hermano, que se había ido su hermana. Tenía una amiga cuya mamá se había ido al extranjero cuando ella era chica. Ella no tenía a su mamá. Y, claro, la mamá mandaba dinero y cosas, pero siempre la presencia familiar hace falta, ¿no? Y desde ahí apoyé, me engrané en la actividad política.

Era 2005. Vísperas de la emergencia de un nuevo tiempo político para el país. En la memoria colectiva de El Alto estaban frescos los acontecimientos de octubre de 2003, la insurrección contra el gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada, la masacre del ejército en Senkata. Tensaban el ambiente político: la agenda política emergente de las luchas contra la privatización del agua en Cochabamba; la nacionalización de los hidrocarburos; las demandas por tierra, territorio y dignidad para los pueblos indígenas; la refundación del país mediante una Asamblea Constituyente; y la presión de los movimientos cívicos del oriente del país por lograr autonomías departamentales para asegurar el poder de las oligarquías.

Mientras eso pasaba, Soledad Chapetón, y con ella muchas personas de El Alto, se decantó por aquella propuesta que había encontrado un nicho propio en medio del gran debate político-ideológico de aquel momento.

—Yo dije: realmente, don Samuel⁷ entiende lo que nosotros sentimos cuando perdemos un familiar.

Y he aquí que Soledad Chapetón, quizás por la escasez de transporte en los días lluviosos de El Alto, pero también por su relacionamiento emotivo con la migración, por su posición ideológico

7. Don Samuel es el millonario empresario Samuel Doria Medina, fundador de Unidad Nacional. Fue ministro de Planeamiento durante el gobierno del Acuerdo Patriótico (alianza partidaria entre Jaime Paz y Hugo Banzer), entre 1990 y 1993. Dirigió la privatización de más de 60 empresas públicas, consideradas deficitarias según las políticas neoliberales de entonces. En diciembre de 2003 se alejó del MIR y fundó el Frente de Unidad Nacional, conocido después como Unidad Nacional, el cual dirige desde entonces..

frente a la falta de empleo digno y seguro para grandes conglomerados profesionales de clase media, llegó a convertirse en figura clave de Unidad Nacional (UN).

No lo fue en las elecciones de diciembre de 2005, cuando el Movimiento al Socialismo (MAS), liderado por Evo Morales, prácticamente arrasó en El Alto, con un 77% de votación, frente un esmirriado 4% logrado por UN. Fue después, cuando a partir de una presencia constante y consecuente como simpatizante y luego militante de base, Soledad llamó la atención de los administradores de UN, que estaban llenando listas de sus candidatos a la Asamblea Constituyente, convocada por el flamante gobierno del MAS, para 2006.

“Queremos invitarla a ser candidata a la Asamblea Constituyente por la Circunscripción 15. Usted es una de las pocas mujeres que nosotros tenemos aquí en El Alto que está formada para poder asumir un cargo así”, le dijo un dirigente.

Soledad quedó encantada. También confusa y asustada. Su madre le dijo: “Animate, tú puedes”. Su padre desconfiaba: “¿Tienes dinero para la campaña?”

No, no tenía. Fue a preguntar al dirigente.

—Don Luis, ¿necesito dinero para candidatear?

—Uy, sí, esa parte no te había dicho... Pero en realidad, vas a necesitar harta platita. Porque hay que llevar a la gente a comer, tienes que hacer reuniones, tienes que invitar...

—Pero, don Luis, usted no me ha dicho nada de eso ese día.

—Sí, pero es lo que hay que hacer siempre. Lo tomas o, si no, también puedes dar un paso al costado, porque ya hay gente que está esperando.

Soledad y su novio se fueron hasta la dirección nacional, en la ciudad de La Paz, a averiguar bien cómo era la cosa. “No es dinero lo que necesitas. Te vamos a dar todos los materiales; pero sí es necesario dedicación a tiempo completo”, le dijeron. La circunscripción 15 era enorme y de hecho tenía que disputar el puesto por minoría con los partidos chicos, porque se esperaba que el MAS fuera a obtener la representación por mayoría.

Soledad le dedicó tiempo completo a su campaña y obtuvo la representación territorial por minoría. El 6 de agosto de 2006 se sumó, en Sucre, a 7 constituyentes electos de su partido, todos hombres.

—Y llegando a la Asamblea Constituyente, yo allí recién lo conocí a don Samuel, porque don Samuel también llegó a ser elegido constituyente por votación departamental.

De agosto de 2006 a diciembre de 2007, la representación mayoritaria en la Asamblea Constituyente bregó por escribir una nueva Constitución frente al boicot de las fuerzas políticas minoritarias, frente a eventos conflictivos de toda clase, entre los cuales, la demanda de capitalía plena por parte de la ciudad de Sucre y el inmediato apoyo de los movimientos cívicos del oriente, llevaron a la Asamblea casi al borde del fracaso.

Al cabo de 18 meses de funcionamiento, las fuerzas mayoritarias en la Asamblea aprobaron el nuevo texto constitucional. Pero este aún debió ser consensuado con las fuerzas políticas opositoras, minoritarias, en 2008.

—Bien lindo todo, pero ya había acuerdos políticos internos entre las cabezas de las fuerzas políticas. Ahí yo me quedé desilusionada. Porque no sé si mis compañeros lo hacían, pero yo estudiaba todas las propuestas que llegaban a mi comisión, que era la Comisión de Educación. O sea, esa parte del debate fue lo que faltó en la Asamblea Constituyente. Y faltó tiempo, eso es evidente. Además, la capitalía famosa dividió, distorsionó todo.

Hacia 2009, Soledad no se había dado por vencida en la militancia política, pese al mal sabor de boca que le dejó su paso por la Asamblea Constituyente. No quería quedarse como espectadora. Tenía varias propuestas: abrir una oficina de incidencia social, hacer un programa de radio.

—El programa de radio se hizo en Radio Integración, que funcionaba en la calle 2 de la Ceja, pagado por don Samuel. Y yo me propuse visibilizar en ese programa todo lo positivo de El Alto... Porque a mí me molestaba, me dolía que me dijeran: “Ay, ¿eres de El Alto? Ay, pobrecita, ¡qué peligroso!” ¿Por qué la gente tiene un concepto tan cerrado de El Alto? No conoce El Alto. ¡Pinche estereotipo!

Con esa convicción, Soledad se volvió conductora de radio, para que la gente protestara por la inseguridad ciudadana, pero también para visibilizar la cara positiva de la ciudad.

—En 2010, don Samuel me propuso ser candidata a la alcaldía de El Alto. Y me dijo que él estaba totalmente consciente de que era la época del MAS y que en El Alto mucha gente iba a apoyar al MAS.

Por todo eso, aquella candidatura fue como un ensayo general. Pero vino la sorpresa electoral: Soledad logró el segundo lugar, consiguiendo el 31% de votos frente al 39% logrado por Edgar Patana, el candidato estrella del MAS.

Después de aquellas elecciones, siempre con apoyo de Doria Medina, Soledad Chapetón hizo un programa de televisión en Canal 57, “La Casa de los Alteños” se llamaba el programa. Igualmente, tenía a su cargo una oficina de asesoramiento gratuito jurídico-social, también llamada “La Casa de los Alteños”, entre las calles 3 y 4, cerca a la Ceja, y luego otra en el cruce a Viacha.

—La oficina la pagaba don Samuel. Los asesores legales, el arquitecto y una psicóloga venían a ayudar. Ellos no recibían dinero. Yo, en horas extras, si vale el término, me dedicaba a esa oficina, me dedicaba al programa una hora al día y me dedicaba a hacer mi trabajo de orientación y de acompañamiento. Pero no me pagaban. Mi dinero lo ganaba trabajando en la Fundación Gizunú.

En 2015, ya Soledad Chapetón se sentía plenamente capaz para afrontar de nuevo la candidatura a alcaldesa de El Alto. No solo contaba con el aparato partidario de Unidad Nacional, sino con un amplio conocimiento de las necesidades de la población.

Ahí fue que el MAS planteó la reelección de Edgar Patana. Grave error.

Sin embargo, la campaña no fue fácil. Soledad Chapetón estaba marcada como enemiga ideológica en muchas organizaciones vecinales, gremiales, sindicales. Las federaciones, asociaciones, sindicatos y gremios tenían órdenes de no escuchar a la oposición. Ella iba a los lugares públicos,

a las ferias, a los mercados a difundir sus propuestas. De pronto aparecía un dirigente: “Ustedes no pueden estar aquí. Retírense”.

—Pero yo no me quedaba callada, le respondía: “¿Quién dice que usted es el dueño de este lugar?”. Ya no me callaba. No tenía miedo. ¿Y sabes por qué no tenía miedo? Porque yo soy de El Alto. Jamás he sido malcriada, pero jamás he dejado que me callen. Aunque ya tenía totalmente claro que no iba a poder conquistar a las dirigencias, sino a las bases.

El 29 de marzo de 2015, Soledad Chapetón se convirtió en la primera alcaldesa, la primera en la historia de la ciudad de El Alto, al lograr el 54% de los votos. Su partido, una alianza entre Unidad Nacional y el Movimiento Social Demócrata, obtuvo 6 de 11 concejales en el concejo municipal, lo que formalmente le daba sólida gobernabilidad a su gestión.

Cuarto momento: alcaldesa de El Alto

Asumió el cargo el 31 de mayo de 2015. El primer día de su gestión, Chapetón cambió secretarios municipales, creó la Secretaría Municipal de Seguridad Ciudadana, eliminó carteras que le parecían gasto excesivo o innecesario o las fusionó con otras. Esas fueron sus primeras acciones.

Lo siguiente fue nombrar subalcaldes para los 14 distritos de El Alto. Ahí empezó la guerra con las juntas vecinales. Hasta ese momento, y dados los procesos sociales de empoderamiento de las juntas vecinales en los anteriores años, las subalcaldías era cargos que designaban las propias juntas vecinales.

—Aquí no vamos a permitir que entre ningún subalcalde que no sea elegido por nosotros. Y ¡pam!, todos los distritos sacaron sus pronunciamientos. A la par, sacaron sus pronunciamientos los ejecutivos de las organizaciones sociales en rechazo a los secretarios y secretarías que yo había designado. Un bloqueo total a mi gestión.

El primer lunes que Soledad Chapetón ingresó a trabajar como alcaldesa llegaron las federaciones vecinales y todos los representantes y voceros de las organizaciones sociales de El Alto para decirle: “No estamos de acuerdo”.

Hubo una reunión en el Centro Municipal de Convenciones. El primer careo de la flamante alcaldesa con casi un centenar de dirigentes de Juntas Vecinales, de Juntas Escolares, Gremiales, Centros de Estudiantes. No lograron consensuar. Al día siguiente, todas esas organizaciones anunciaron “paro cívico movilizad” contra la alcaldesa. Pero Soledad Chapetón tenía ya experiencia en dirigirse a las bases, a la población. Y convocó a la prensa.

—Encontré ítems fantasmas en la alcaldía, que los hijos de algunos dirigentes cobraban sueldo y no trabajaban. He encontrado muchas cosas sucias. Obviamente, apenas en un día de trabajo, en un segundo día de trabajo, yo no podía descubrir todo, pero lo poco que ya había descubierto lo denuncié de manera frontal. Y fue cuando yo pedí a la sociedad civil no acatar ese paro.

La población, efectivamente, no acató aquel paro convocado por la Central Obrera Regional, por la Federación de Gremiales y por la Federación de Juntas Vecinales. Un triunfo para Chapetón, mucho más cuando veía que ante las cámaras de los canales de televisión la gente decía: “Déjenla trabajar, no está ni un día en la alcaldía y ya la están molestando”.

Los dirigentes, después de aquel fracaso, todavía pataleaban: “Que quite a sus subalcaldes y a sus secretarios y hablamos”. Soledad respondía: “No voy a quitar nada”.

Volvieron a dialogar, pero a los gritos. “Aquí no vas a venir a decirnos lo que nosotros tenemos que hacer”, le dijo un dirigente a la alcaldesa, tuteándola y golpeando la mesa. Y la alcaldesa lo paró diciéndole: “Si usted no me va a respetar, yo no tengo por qué respetarlo a usted. Usted no me va a tratar así”. “Vamos a abandonar la reunión”, le amenazaron. “Hagan lo que quieran, porque respetos guardan respetos”, respondió ella.

Se rompió nuevamente el diálogo. Duraron semanas las tensiones. Las subalcaldías del Distrito 7, del 8 y el 14 permanecían cerradas.

—Ese conflicto duró casi un mes. Tuvimos que ir en más de dos oportunidades a esos distritos para decirles que nos dejen trabajar, que por lo menos nos den un tiempo de gracia para conocernos.

De a poco, Chapetón lograba solución tras solución, bajando los humos a algunos dirigentes, denunciando las amenazas, haciendo valer su cargo, explicando con paciencia: “La Ley de Municipalidades dice que el alcalde electo tiene la facultad de elegir a sus subalcaldes. Y voy a cumplir la ley. Pero, además, yo no estoy trayendo como subcalde a alguien que vive en otro distrito; mi subcalde, mi subcaldesa es alguien que vive en este distrito”.

Edgar Patana también tuvo su desenlace. En 2015 fue acusado por un diputado de oposición por conducta antieconómica e incumplimiento de deberes. La lista de cargos era larga; pero la principal acusación era no haber hecho nada ante la desaparición de 33 vehículos comprados por la alcaldía. En 2017, fue condenado a cuatro años de cárcel. La sentencia quedó sin efecto por la apelación de la defensa. En enero de 2023, fue sentenciado a 6 años de cárcel.

Mientras tanto, Soledad continuaba su gestión, vigilada, interpelada siempre por las organizaciones sociales

—En esos escenarios, el 90% de dirigentes son varones, el 10% son mujeres. Yo les decía: “¿Por qué están hablando puro varones? A ver, dejaremos también que las hermanas hablen”. Y cuando hacíamos un cuarto intermedio en las larguísimas reuniones con las organizaciones, las mujeres se me acercaban y me decían: “Bien hermana, bien hermana”. Eso era oro para mí. Eso era apoyo. Yo sentía que a ellas también les daba rabia el monopolio de los hombres. Y sí, ha habido esos momentos en que he sentido ese acompañamiento femenino, quizá no directo pero evidenciado en muchas oportunidades.

Quinto momento: febrero de 2016

Para el inicio de 2016, Soledad Chapetón afianzada a la cabeza de la alcaldía, no había logrado superar todavía las confrontaciones con las dirigencias, sobre todo con las Juntas Escolares, esas organizaciones que, según ella, siempre quisieron camuflar su participación en la administración municipal sin asumir responsabilidad administrativa. ¿Cómo así?

—Porque había favoritismo en las anteriores gestiones, muy explícito económicamente. Por ejemplo, las adquisiciones de bienes para las unidades educativas eran seleccionadas por los dirigentes. Pero ellos no firmaban responsablemente en el procedimiento de compra.

Y así, el funcionario municipal tenía que adecuar ciertos procedimientos administrativos, que son asuntos formales muy serios, a petición de la dirigencia.

Soledad Chapetón nunca estuvo de acuerdo en adecuar el sistema de compras y adquisiciones a lo que pedían las dirigencias de las juntas escolares.

Por otro lado, en cada distrito y barrio, los dirigentes presionaban: “Si es para mi distrito, entonces le compras a Fulanito de Tal”, decían. “Pero ese no es el procedimiento”, respondían los funcionarios municipales. “No, pero eso es lo que yo quiero”.

Hacia el mediodía del martes 17 de febrero, una marcha de padres y madres de familia que reclamaban mayor atención y presupuesto para sus escuelas llegaron en manifestación frente al edificio de la alcaldía de El Alto. Gente de las filas de los marchistas atacaron el edificio, ingresaron a las oficinas y quemaron la documentación, agrediendo de paso a los funcionarios municipales. Como saldo de aquel ataque y del incendio de las oficinas, 6 personas murieron y 18 quedaron heridas o con síntomas de asfixia, entre funcionarios y usuarios municipales.

Justamente en aquellos momentos, el presidente Evo Morales finalizaba en otro lugar su campaña para el referéndum a realizarse el domingo 21 de febrero, cuando el pueblo boliviano debía decir “sí” o “no” a la reforma de la Constitución para permitir su tercera postulación presidencial.

¿Aquel ataque a la alcaldía, los muertos, los heridos influyeron en el voto del referéndum? Ese domingo, el “No” ganó con 51,3% de los votos válidos, frente al 48,7% de votos por el “Sí”.

Muchas hipótesis se manejaron en aquel momento. Mientras Unidad Nacional denunciaba que el objetivo del ataque era la alcaldesa, desde Ministerio de Gobierno se decía que eran provocadores de la oposición los que se infiltraron en una marcha pacífica para manipular a la opinión pública. Soledad Chapetón también tiene su verdad.

—No fue una marcha pacífica. La gente no va a una marcha pacífica con bidones de gasolina. La gente de a pie sabía lo que estaba pasando. Esos cambios que nosotros hemos logrado nos han costado, inclusive vidas humanas, por esos caprichos y privilegios que se le ha quitado a la dirigencia. Eso nos ha costado. O sea, a mí el masismo nunca me

perdonó que les haya quitado el bastión político de El Alto. Y así, durante toda mi gestión tuve que enfrentar el rechazo por parte de las autoridades de gobierno, y aun así logré hacer muchas obras.

Sexto momento: noviembre de 2019

El 10 noviembre de 2019, Evo Morales renunció a la presidencia de Bolivia, cercado por la insurrección de las clases medias que lo acusaban de haber cometido fraude electoral al intentar su tercera reelección, por un motín policial y por la sugerencia de las Fuerzas Armadas a renunciar. El Alto, antes de aquel día, no había registrado grandes manifestaciones en contra del presidente, a no ser por algunos grupos vinculados a la oposición política. Pero ya el lunes, en medio del desgobierno de aquellos días, había gente enojada en El Alto, gritando contra la policía por haber agravado la wiphala. Soledad Chapetón dice al respecto:

—En ese momento conflictivo, de desgobierno, tú no sabías si la gente realmente estaba enojada, estaba molesta, o tenía miedo. ¿Por qué tenía miedo? Porque la noticia en la vecindad, en la zona, era: “¡Están yendo al colegio, están yendo al colegio!”. Han entrado a unidades educativas y se han robado computadoras. ¿Esa era la bronca de la gente? No, esa era gente delincuencial que quería aprovechar el momento.

En las noches siguientes circulaban los rumores de ataques a las casas.

—Tuve que sacarla a mi mamá de la casa en Nuevos Horizontes. Mi papá ya había fallecido para entonces. Tuve que sacar a mi hermano, a su esposa, a mi sobrino de 8 años. Mi hermano y mi cuñada dormían en la casa de mi tía. Mi mamá se fue conmigo, y mi sobrino también.

En los días siguientes, los conflictos decantaron en multitudinarias marchas de vecinos y de campesinos hacia La Paz, para protestar contra el gobierno transitorio de Jeanine Añez.

Después, comenzó el bloqueo a la planta engarrafadora y de hidrocarburos de Senkata.

—Cuando tú me preguntas: “Que ha pasado con tu casa?, yo me siento con el derecho de denunciar. En WhatsApp, por ejemplo, circularon peticiones de un exmirista, Renán Cabezas, actual diputado del Movimiento al Socialismo, que decía: “Ahora hay que ir a la casa de la Chapetón por la traición a El Alto, porque está apoyando a Camacho”, y todo eso. Pero yo ni lo conozco a Camacho.

La tarde del viernes 19 de noviembre, vecinos de las zonas aledañas a la casa de la alcaldesa, la llamaron para advertirle: “Sole, están bajando a tu casa”.

—Ya había muertos... No recuerdo bien. Pero fue el día en que tractores amarillos taparon las zanjas en Senkata y abrieron el paso a las cisternas para sacar combustible. Tractores que no eran de la alcaldía, por cierto. A mí, en ningún momento, el gobierno transitorio me llamó para decirme: “Necesitamos maquinaria para abrir la ruta”. Llamé al ministro de Gobierno, Arturo Murillo, no me contestó. Lo llamé al comandante de la policía, no me contestó. Llamé al ministro de Defensa, al ministro López, no me contestó. Le pedí a mi secretario municipal: “Necesito que hables con alguien del gobierno porque necesito resguardo para mi casa”. Me dijo: “Uh, Sole, no se puede hacer nada, no hay entrada”. Hablé con el comandante del Regimiento Ingavi, me dijo: “No podemos hacer nada”.

La tarde del viernes 19 de noviembre de 2019, gente encapuchada, “maleantes pagados por alguien”, según Soledad Chapetón, entraron a su casa en Nuevos Horizontes, intentaron saquearla y quemarla. Ella cree que, asfixiados por el humo que se fue concentrado debajo de un tinglado, tuvieron que salir pronto de la casa.

—Esos fueron, en resumen, los dos momentos más complicados que me tocó vivir. El primero una acción totalmente injusta, en la que desgraciadamente fallecen seis personas. Y el segundo momento, que por ser “alcaldesa amarilla” de El Alto, llegaron a quemar la casa de mis padres.

En Senkata, aquel mismo día, hubo nueve víctimas fatales por disparos de policías y militares. El 27 de noviembre, una décima persona falleció a consecuencia de las heridas recibidas en Senkata.

Soledad culminó su gestión como alcaldesa el 3 de mayo de 2021, en una gestión extendida por la crisis política que empezó a finales de 2019 y se prolongó durante todo el gobierno transitorio de Jeanine Áñez, en combinación con la pandemia del COVID-19.

Viendo en retrospectiva sus logros, Soledad Chapetón se sincera:

—Yo francamente siento a la política, que es donde ahora estoy, como una gran oportunidad de servicio. Aunque a veces, siento la ingratitud de algunas personas. Pero la satisfacción y las ganas de servir me inundan de nuevo cuando paso por ciertos sitios y veo las obras que logré construir para mi ciudad. Paso por la terminal de buses y digo para mis adentros: “Esta es mi obra. La terminal más grande e imponente de Bolivia, con gradas eléctricas, con ascensores”. Y cuando paso por el Jach’a Uta, es decir por la nueva alcaldía de El Alto, me digo: “Esta es mi obra. Yo he conseguido el presupuesto y la he inaugurado”. Y también me siento orgullosa cuando paso por la estación de bomberos, que está a unos metros del Jach’a Uta, que es la infraestructura para bomberos más grande a nivel nacional y donde llegan de otros departamentos a pasar entrenamientos.

La carrera de Soledad Chapetón va en ascenso. Es la principal figura política de Unidad Nacional en El Alto y quizás la principal en el departamento de La Paz. Y así, ella está avanzando hacia el séptimo momento de su vida, cuando el país de nuevo está cambiando.

Un mensaje para las mujeres

Yo creo que en la vida siempre va a haber oportunidades. Yo les podría decir que no tengan miedo de tomar desafíos. Nos han acostumbrado a que vivamos limitadas, a que nosotras mismas nos digamos: “No sé si lo voy a poder hacer, no sé si lo voy a poder lograr”. Pienso que la vida te da oportunidades reales y esas limitaciones al final terminan siendo solo mentales. Tú te pones los límites.



Mabel Monje

LA MILITANTE VECINAL

Un muro entre La Paz y El Alto

El “muro de Berlín” no marcaba la periferia de la Ceja de El Alto con La Paz, pero casi.

Era un muro que se elevaba donde ahora está la estación del teleférico rojo y plateado, donde había un puente que conectaba la Ceja con la zona 16 de Julio (la zona Anexo 16 de Julio, para más precisión).

El “muro de Berlín” era la parte trasera de la antigua estación del tren en la Ceja. O más bien, resguardaba lo que quedaba de la vieja estación del ferrocarril, casi en desuso para la desmantelada ENFE, la antigua Empresa Nacional de Ferrocarriles, pero en uso activo para los delincuentes comunes que asaltaban a cuanto transeúnte desprevenido pasara por ahí en horas inconvenientes.

Detrás del muro estaba la vía de tierra que después se convirtió en la Avenida Panorámica Norte. A partir de esa vía, empezaban los barrios sin agua potable, sin alcantarillado, sin electricidad y sin pavimento de lo que vendría a ser la extensa zona 16 de Julio, en el Distrito 6 de la ciudad de El Alto, la ciudad que el 6 de marzo de 1985 fue declarada cuarta sección municipal de la provincia Murillo del departamento de La Paz.

Sin embargo, durante algún tiempo después de aquel marzo, los habitantes siguieron dependiendo de las gestiones de la alcaldía paceña para solucionar los problemas que acarrearaba aquel muro, ubicado en el límite exacto entre ambas ciudades. Por eso, cuando alguna vez el alcalde de La Paz, Raúl Salmón, subió por allá para inspeccionar, los vecinos le pidieron derribar el muro, para que desde la municipalidad de El Alto se pudiera ensanchar la vía y abrir una avenida.

Salmón se fue. Llegó otro alcalde.

Cierto día, también llegó a las inmediaciones de ese “muro de Berlín” aquel alcalde, para inspeccionar el lugar, para escuchar la solicitud de vecinas y vecinos. Hubo discursos, apretones de mano, abrazos, sonrisas, promesas y algún discurso demagógico. Pasado el acto, dispersada ya la gente, el rubicundo edil llamó a su equipo de seguridad, clamando:

—¡Alcohol, alcohol!

Se quitó el saco, la blanca camisa y cubierto solo con una malla interior de fino algodón, empezó a lavarse vigorosamente las manos y los brazos con alcohol.

Todo esto lo vio Mabel Monje, habitante de aquel barrio y parte de la dirigencia vecinal, que se quedó a observar desde cierta distancia la partida de la caravana que subió desde la hoyada. Ahí mismo se dio cuenta de lo que significaban los habitantes de El Alto para aquel alcalde criado en cuna privilegiada: seres sucios, infectos, contaminados.

Pero ella había conocido desde hacía mucho antes el prejuicio, extendido incluso a sectores populares de la ciudad paceña, respecto a El Alto, considerado como periferia de lo salvaje, de lo no civilizado, de lo peligroso y caótico. Desde sus 11 años supo que El Alto era la otra geografía, el otro universo para los paceños.

Solía bajar a las seis y media de la mañana en el colectivo 12 o en el 53 por la avenida Naciones Unidas hasta su colegio en la calle Genaro Sanjinés, en pleno centro de la ciudad de La Paz

(porque en su zona, la zona 16 de Julio de El Alto, todavía no había colegio, solo una escuela de ciclo básico).

—¿Dónde vives?

—En El Alto

—Ah. ¿Donde viven las pajas, el viento, las llamas, las ovejas? ¿Ahí vives?

—Sí. Ahí vivo.

En las primeras décadas del siglo XX, el abuelo de Mabel compró un terreno de 900 metros que, en efecto, colindaba aquellas épocas con la paja brava y el viento del inmenso altiplano, más allá de la Ceja andina. ¿Pero cómo podía esa Mabel niña explicarles a sus compañeras, a sus maestras y maestros que ella ya habitaba una vivienda con enorme patio y jardín, donde su abuelo cultivaba rosas?

Esas cosas ella no podía compartirlas con gente que construía su identidad discriminando aquello que también, en algún momento, había sido parte constituyente de muchos vecindarios: la migración, la carencia de servicios básicos, la discriminación social. Pero ella apenas tenía 11 años y esquivaba las burlas como podía.

La delegada

Julieta Mabel Monje Villa nació en el pueblo de Corocoro (muy cerca de Viacha) en 1961. Hija de una maestra de escuela y de un padre que muy pronto se ausentó de su vida, a sus 5 años se fue a vivir a El Alto con su abuelo materno, Alberto Villa Rojas, considerado uno de los patricios fundadores de la zona 16 de Julio (junto con Alto Lima, la 16 de Julio fue de las primeras zonas pobladas hacia el lado norte de la Ceja).

Desde sus 12 años, acompañando al abuelo Alberto, la niña ya frecuentaba las reuniones de vecinos que se juntaban a conversar y debatir en la Plazuela del Carmen. Gente adulta, mayormente hombres, de rostros viejos, viejísimos, porque para una niña son viejos incluso los bachilleres imberbes de los colegios.

A sus 16 años, Mabel no había logrado todavía remontar su baja estatura. Los vecinos que se ocupaban de juzgar el cuerpo de los demás comentaban: “El frío de El Alto le ha pescado a esta chica, por eso no crece”. Al abuelo, que la criaba y sostenía en ausencia de la mamá, le tenían sin cuidado esos comentarios. Pero le preocupaba el crecimiento intelectual de la nieta. Le compraba libros, le hacía leer en voz alta y luego le ayudaba a hacer análisis políticos y filosóficos, en la medida de la comprensión de la adolescente.

En fin, hasta sus 16 años Mabel acompañaba al abuelo, como de costumbre, a la reunión de vecinos. Pero cierto domingo, el abuelo fue a la reunión cargando un adobe. Llegados al lugar, Alberto colocó el adobe en el suelo y le dijo a Mabel:

—Sube. Ahora vas a hablar en mi nombre.

—Pero... ¿de qué voy a hablar?, ¿qué voy a decir?

—Tú me has escuchado hablar, has escuchado hablar a los dirigentes. Tienes que hablar.

—¿De qué voy a hablar, abuelo?

—Habla, pues, de las necesidades que tenemos en la zona. No tenemos agua, no tenemos alcantarillado, de eso habla.

Don Alberto levantó la mano pidiendo la palabra. Se la concedieron. Anunció:

—Mi nieta, aquí presente, es, desde ahora, mi representante. Ella va a venir a las reuniones. Yo ya no. Soy viejo, estoy cansado ya. Ella va a hablar en mi nombre.

Mabel subió al adobe. Y habló. Temblando, con voz entrecortada y débil de niña, pero mirando de frente a los rostros de su auditorio desde la altura de su improvisada tarima.

Al volver a casa, cargando de nuevo el adobe, el abuelo remató, con orgullo:

—Lo has hecho bien. Tú vas a ir desde ahora en mi lugar. Yo no te voy a acompañar. Ya estás anotada. Y yo... pues voy a recibir tus noticias.

Desde ese día, la jovencita pasó de ser la despreocupada acompañante del abuelo a ser su delegada, con derecho a voz y voto. De buena o mala gana, estuvo presente en todas las reuniones, escuchando, aprendiendo.

Un día, surgió un proyecto para la zona. Los responsables de una institución o agencia u oficina de cooperación aparecieron en la Plaza del Carmen y propusieron crear una especie de cooperativa vecinal para dotar de alcantarillado y agua potable a la zona. Pero había trámites que cumplir, que requerían mucha caminata, mucha lectura de documentos, algo que, a los vecinos más adultos, los que llevaban la batuta en las reuniones, no les atraía precisamente.

Pero ahí estaba Mabel, joven, estudiante, de pies ágiles para la caminata. La nombraron representante de su calle. Y en medio de los representantes de las otras calles, la joven asistió al proceso de mejoramiento de la zona. Aparecieron pilas en las casas, retretes con alcantarillado, calles empedradas. Desapareció el diario acarreo de agua desde la pila pública de la plaza en grandes latas de alcohol, adaptadas como baldes, como “cantinas”. Se acabaron las filas frente a la pila pública y mermó un poco el jolgorio infantil que se instalaba en el área de juegos durante las largas esperas.

Viendo todos los trámites que había realizado la joven Mabel, los patriarcas que manejaban la junta vecinal decidieron premiar su esfuerzo. Le otorgaron un cargo en la directiva.

En aquellos tiempos, las mujeres solo podían acceder a dos puestos: portaestandarte o secretaria de hacienda. Le dieron el cargo de portaestandarte. Aunque era el último cargo de la lista, tenía su importancia simbólica. Mabel se encargaba de llevar en alto el estandarte de su junta en los desfiles y protestas, en los actos públicos y festivos, en las visitas al concejo municipal.

El abuelo le dijo:

—Hay que comenzar desde donde sea. Ya te están tomando en cuenta. Comenzá.

Mabel comenzó a sus 17 años en la militancia vecinal. Ascendió de portaestandarte a secretaria de hacienda; después fue secretaria de vinculación femenina, secretaria de relaciones, vicepresidenta y, finalmente, presidenta. Como presidenta la fueron reeligiendo por varias gestiones.

En 1998, llegó a ser parte de la directiva de la Federación de Juntas Vecinales de la ciudad de El Alto. Todo un logro porque, en ese entonces, apenas había 7 mujeres en la FEJUVE. A ella la eligieron en el cargo de secretaria de derechos humanos, justamente cuando estaba estudiando la carrera de Derecho en la Universidad Mayor de San Andrés.

Pero todo eso ocurrió después. Hay que contar algunas cosas más del antes.

La maestra

Llegó el año del bachillerato. Por entonces –lo mismo que ahora–, en muchos colegios se solía aplicar a las y los estudiantes un “test vocacional”, que, curiosamente, arrojaba como resultado que las estudiantes mujeres estaban inclinadas a oficios de cuidado y servicio, mientras que los estudiantes hombres demostraban vocación para oficios de raciocinio y mando.

A Mabel le dijeron que tenía capacidades para ser maestra. Pero en realidad lo que a ella le apasionaba era el debate y el análisis, aunque también la arquitectura. Ninguna de esas aficiones cabía en los parámetros de las vocaciones “femeninas” direccionadas por los tests patriarcales. Además, estudiar arquitectura en la Universidad Mayor de San Andrés en aquella época era carísimo, por los materiales que se requería (grafos de calidad, lápices finos, reglas diversas, papel cebolla, mesa de dibujo, etc.). Mabel se decantó por el magisterio, como destino casi impuesto. Aún así, eligió la especialidad de filosofía, psicología y orientación en la Normal Simón Bolívar de la ciudad de La Paz. En el primer año se conoció con su pareja, tuvieron un hijo, se casaron.

Que las estudiantes enamoraran o tuvieran hijos motivaba generalmente agrios comentarios de los docentes: “Ay, mujeres, no van a llegar a ningún lado”; “van a terminar como amas de casa nomás”; “estas van conseguir su ítem y no van a alzar nunca más un libro”. Pero aquello pasaba casi como incidente menor frente a las agresiones de otros docentes, entre ellos uno que también

enseñaba en la Academia de Policías. Con él, era peor. Su odio reventaba sobre todo contra las estudiantes que venían de El Alto.

—Estas birlochas⁸ ¿qué hacen estudiando una carrera que es para varones? ¿Qué van a saber ustedes de filosofía o psicología, ñojas?

Desde sus 11 años, Mabel había enfrentado las discriminaciones y las burlas. Intentó frenar al abusivo, que se jactaba de ser blanco, de ser culto.

—¡Usted no me va a tratar así! ¡Como estudiante tengo mis derechos!

En el examen de grado se volvió a topar con el odio de aquel docente.

—Ah, paradorcita. ¡No me mantengas la mirada! ¡Baja la mirada! Estás hablando con un docente emérito. ¡Estas imillas ya piensan que somos sus iguales!

Pero no todo era racismo, machismo y misoginia, normalizados en esa época y tolerados por las víctimas, desposeídas de normas y leyes para frenar a los agresores. Hubo otro docente que, viendo las buenas notas de la joven normalista, le propuso trabajar como maestra interina en una escuela donde faltaba docentes titulares para el turno de la tarde.

A partir de entonces, durante el tiempo que estuvo estudiando en la Normal, Mabel también pudo trabajar como maestra interina. Empezó con los niños del jardín infantil y luego pasó al ciclo básico. Al graduarse, ya poseía gran experiencia de aula, lo que redundó en excelentes calificaciones, pese al odio del docente “emérito”. Y al contar con excelentes calificaciones, le ofrecieron hacer su año de provincia en Viacha, muy cerca de la ciudad de El Alto, cerca de su casa.

8. Cholas que cambiaron su pollera por un vestido.

Pero ella tenía ya dos hijitos y necesitaba ganar dinero. Pidió un “lugar de frontera”, pensando en ganar más sueldo con el bono de frontera. Se lo dieron y también le aumentaron las horas de servicio, para que ganara mejor. El lugar se llamaba Patamanta, estaba en la provincia Los Andes, tenía un colegio y estaba considerado como “frontera”. Ella nunca había oído hablar de ese sitio, seguramente tampoco lo conocía el funcionario que le asignó el ítem, porque habló como si se tratara de un lugar inhóspito, lejano.

—Es en frontera, como has pedido. No sé cómo harás con tus wawitas...

Cierto día, en vísperas del inicio de clases, Mabel alistó un catre grande, colchón, maletas llenas de ropa, bolsas con tazas, termo, un anafe; contrató una movilidad; hizo cargar sus bultos sobre la parrilla; subió con sus pequeños al vehículo.

—¿Dónde estás yendo, señorita?

—A Patamanta.

—¿Por qué estás llevando tantas cosas?

—Soy maestra y voy a ir a quedarme.

—Ya, nomás te diré -dijo sonriente el chofer.

Salieron de El Alto, y unos kilómetros más adelante, sobre la carretera a Huarina, ahí estaba Patamanta, pueblito con unas cuantas casas y un colegio donde no había alojamiento para profesores.

Para hacerlo breve: por la tarde Mabel estaba regresando a su casa con todos sus bultos y sus wawitas porque, si bien aquel pueblito se consideraba “frontera” en el memorándum de designación, no se encontraba tan lejos de casa. De modo que Mabel se levantaba temprano, tomaba un bus que cubría la ruta rural y llegaba a dar clases como profesora de psicología, filosofía y orientación de nivel medio desde las 8.30 hasta las 13.30. Y pese al diario trajín, pese a la doble jornada en el colegio y en la casa, le alcanzaba el tiempo para cumplir sus obligaciones como secretaria de relaciones de su junta vecinal y aún para ser representante de la unidad educativa ante la Federación de Maestros.

El año de provincia era eso: un año, pero ella se quedó cuatro años como maestra en Patamanta, prendada del entorno comunitario aymara. Al cabo de los cuatro años, se fue al colegio José Luis Suárez Guzmán.

—¡Cómo a ese colegio! ¡Estudiantes pandilleros, maleantes van ahí! —le decían algunos.

Y aunque, ciertamente, se encontró con constantes cambios de docentes, con estudiantes rebeldes, trabajó más de una década allí, sin hacer caso a los prejuicios.

La estudiante de Derecho

Por esos años, ingresó a estudiar Derecho en la UMSA. Se halló con la normalidad que ya conocía de anteriores ámbitos académicos: la humillación a las mujeres que se atrevían a hollar espacios reservados para los doctores (blancos o blanqueados por su ascenso social), para los hombres.

Mujeres de aspecto indígena, de piel oscura, mujeres de escasos recursos económicos, mujeres de El Alto, mujeres jóvenes, adultas, mujeres madres. Todas molestaban.

Había un docente, anciano y bien famoso, abogado constitucionalista, dirigente de la Democracia Cristiana (fallecido en diciembre de 2008), que decía:

—¡Estas birlochitas refinadas, después las vamos a ver vendiendo refrescos en la calle!

En sus clases, las mujeres estaban obligadas a sentarse a la izquierda y los hombres a la derecha. Los lunes, todas debían asistir a clases de falda o vestido y con zapatos de tacones.

—No pueden venir como machos acá, tienen que venir bien, como mujeres.

Había una estudiante de pollera, una chola, que se atrevió a inscribirse en la universidad sin cambiar de traje, sin volverse birlocha. No se ponía falda ni tacos los lunes. El anciano empezó a desquitarse con Mabel.

—Monje, borre la pizarra... Monje, vaya a traer tizas... Monje, vaya a comprarme un refresco...
Monje, escriba en la pizarra, voy a dictar.

La utilizaba como su estafeta, no la dejaba pasar clases. Una vez, agotada por la jornada de trabajo, Mabel intentó esconderse en los asientos de atrás.

—¿Dónde está Monje?

—Acá, doctor.

—¿Por qué se ha ido usted atrás? Seguramente ya está tirando la toalla. ¿Ya ve? ¡Birlochas, eso no más saben!

Mabel estaba mascando un chicle para no dormir. El docente se acercó, le mandó escupir el chicle y se lo pegó en el cabello. Mabel se levantó furiosa:

—¿Qué le pasa?

—¡Se puede ir a quejar a donde sea! El director de carrera es mi amigo, ha sido mi estudiante. A ver, ¿quién que me diga algo? Si usted quiere aprobar mi materia, tiene que estudiar y estar disponible para lo que yo le diga.

Mabel temblaba de rabia y de miedo:

—¡No! Yo sí voy a estudiar, pero no voy a estar disponible para lo que usted quiera.

Así era la crueldad, la misoginia de los docentes, inamovibles de sus feudos académicos. No era el único. Otro docente la expulsó de sus clases porque un día su hijito de poco más de un año se puso a caminar por el aula.

—¡Salga de aquí! Vaya a hacerlo crecer y vuelve después.

—No, no me voy a ir.

—Salga, no voy a pasar clases con usted.

—Me estoy retirando por esta vez, pero voy a volver.

—No va a aprobar, no va a aprobar.

Volvió Mabel a las dos semanas. Aquel docente, de apellido Clavel, se acordaba muy bien de ella:

—¿A qué ha vuelto? Vaya a cuidar a su wawa.

—No me voy a ir.

Todo el curso empezó a protestar, la apoyaron. Ella se quedó. Aprobó las materias, egresó y luego obtuvo el título de abogada.

¡El Alto de pie, nunca de rodillas!

Hacia los primeros años del siglo XXI, las juntas vecinales de la ciudad de El Alto ya eran factor de poder político y poder político en sí mismo. Hasta el año 2000, contaba con siete distritos, seis de ellos municipales y uno rural, con centenares de barrios y zonas en cada uno de ellos. Había comunidades que se convertían en vecindarios urbanizados tan solo con la fuerza y el empeño de las migraciones rurales y las relocalizaciones mineras. Un gigantesco conglomerado étnico y social que, incluso discriminado y despreciado por el Estado republicano, iba construyendo aquella urbe con sus propios recursos organizativos, con tradiciones de lucha comunitarias-indígenas y sindicales que se entremezclaban y se recreaban día a día. A partir de 2002, los distritos municipales se fueron ampliando.

A principios de septiembre de 2003, la FEJUVE de El Alto convocó a un paro cívico en rechazo a las ordenanzas municipales, conocidas como Maya y Paya, que intentaban imponer nuevos tributos a los habitantes. Las ordenanzas fueron suspendidas pocos días después, pero el paro no. Porque en paralelo pasaba que, en el altiplano paceño, comunidades campesinas vinculadas a la CSUTCB (Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia) y lideradas por sectores afines a Felipe Quispe Huanca, el Mallku, exigían la liberación de Miguel Huampo, dirigente de la provincia Omasuyos, acusado de participar en un linchamiento comunal. La detención fue interpretada como una criminalización de la justicia indígena y se convirtió en una bandera de lucha para los sectores rurales.

La situación se agravó cuando comunarios de Warisata, también en la provincia Omasuyos, iniciaron el bloqueo del camino a Sorata en demanda de la liberación de Huampo. El 20 de septiembre, el ministro de Gobierno, Carlos Sánchez Berzaín, ordenó una violenta intervención militar para romper el cerco y sacar a unos turistas estadounidenses varados en Sorata. La represión terminó con la muerte de varios campesinos, incluida una niña. Warisata fue el comienzo. Catalizó la unidad entre las organizaciones urbanas y rurales del occidente del país. El 2 octubre de 2003, la Central Obrera Boliviana y la FEJUVE de El Alto realizaron un paro, que se tornó en paro indefinido a partir del 5 de octubre con la adhesión de otras organizaciones sociales del país, en rechazo a la anunciada exportación de gas natural por puertos chilenos.

El 10 de octubre, el presidente Gonzalo Sánchez de Lozada ordenó, mediante decreto supremo, la intervención del ejército para extraer combustible de la planta de Senkata, en El Alto. En el desbloqueo de la ruta, rumbo a la ciudad de La Paz, los militares, amparados por la autorización presidencial, empezaron a disparar a la gente que bloqueaba. La matanza de civiles se prolongó incluso hasta el 12 de octubre. Murieron más de 67 personas y hubo alrededor de 400 heridos. La mayoría eran pobladores de El Alto.

En la Ceja estaba Mabel Monje y otras dirigentes. A alguna de ellas, quizás a Mabel, se le ocurrió empujar los viejos vagones de la estación de tren para bloquear la entrada de la autopista. Empujaban entre cuatro o cinco mujeres. Aparecieron los hombres. Ayudaron a empujar con más vigor. Desde arriba, desde las inmediaciones del “muro de Berlín” dos vagones cayeron sobre la autopista, para impedir el paso de los tanques del ejército.

La masacre alteña se convirtió en insurrección pacífica, en huelgas de hambre de las clases medias, en denuncias internacionales, en movilización general de la ciudad de El Alto. No solo motivó la renuncia del presidente, sino que transformó el rol político de El Alto en la historia contemporánea de Bolivia.

La victoria de 2003 no fue trabajo de unos cuantos dirigentes, fue victoria de todo el pueblo, y de todas las mujeres que salieron de sus casas a gritar en multitud: “¡El Alto de pie, nunca de rodillas!”, a bloquear en las avenidas, a cocinar las ollas comunes, a concienciar a la gente.

Mabel solo puede recordar algunos nombres: Mercedes Márquez, Celia, Olga Flores.

El poder de la sororidad

José Luis Paredes (militante del rechazado Movimiento de Izquierda Revolucionario, partido aliado de los gobiernos de entonces), siendo ya alcalde de El Alto, enseguida se dio cuenta del gran poder movilizador de las juntas vecinales.

En 2005, reelegido nuevamente como alcalde, pero esta vez encabezando una agrupación denominada Plan Progreso, puso en marcha un nuevo relacionamiento con las organizaciones populares, permitiendo, entre otras cosas, que las dirigencias de las juntas vecinales de cada distrito eligieran al respectivo subalcalde. Así, esas dirigencias participaban junto con el subalcalde, que en aquellas épocas era siempre un hombre, en la elaboración de sus POA (es decir de los planes operativos anuales de desarrollo), en el plan quinquenal y en el plan decenal de desarrollo para la ciudad de El Alto. Eso generó un enorme margen de participación, y la elección de subalcaldes se volvió una instancia de participación vecinal que se afianzó para las siguientes administraciones municipales, hasta la llegada de Soledad Chapetón.

El Coliseo de los Héroes de Octubre, el Hospital del Norte, el teleférico, la avenida Panorámica (con el derribo del “muro de Berlín” y la ampliación de vía), el Hospital del Sur, la nueva terminal, las dobles vías en las carreteras y otras obras que luego se construyeron, emanaron de aquellos años de participación vecinal, nacieron de las demandas vecinales. Fueron producto de la lucha del pueblo alteño, de las vidas inmoladas en El Alto en octubre de 2003.

Luego vino la debacle de la FEJUVE⁹. Pero retrocedamos al año 2010.

9. La división formal de la FEJUVE de El Alto se produjo hacia 2014-2015, cuando la histórica organización vecinal se empezó a fragmentar por las injerencias partidarias. Una rama vecinal se alineó con el gobernante MAS; otra emergió como oposición cívica al MAS (en alianza con Soledad Chapetón y su partido y otra más se identificó como contestataria, en oposición tanto al MAS como a otros sectores (en alianza posterior con las “plataformas ciudadanas”). En 2025, se tiene datos de hasta cuatro FEJUVEs activas, incluida la

En 2010, la FEJUVE era poderosa. En 2010 funcionaba la alternancia dirigenal, normada en su estatuto orgánico. En 2010, los intereses personales, los amarres entre algunas dirigencias coludidas con los intereses del nuevo alcalde, Edgar Patana, ya empezaban a provocar desestabilización y malestar. En 2010, un mes después de que asumió Patana, se realizó el XVI Congreso de la FEJUVE de El Alto. Ahí estaba Mabel Monje, como delegada.

En la plenaria del congreso, se desenmascaró a algunos dirigentes vecinales coludidos para repartirse el poder.

—Basta de hombres. Los hombres ya están negociando entre ellos, ya están comenzando a manejar los presupuestos de sus zonas para ocupar cargos municipales —empezaron a decir las delegadas.

Entonces, por casualidad, por mal cálculo de los dirigentes, apareció la delegada del Distrito 5 nominada como candidata a la presidencia, en medio de los candidatos del resto de los distritos del norte.

Las mujeres delegadas habían llevado a la plenaria botellas de refresco, que llenaron con piedritas y cascajo de construcción, y en el momento de la elección del comité ejecutivo empezaron a corear, haciendo sonar las botellas:

—Fany, Fany, Fany...

Del Distrito 4, del 2, del 8, del 7, del 6 saltaban las voces coreando. Era todo un colectivo de apoyo emocional y de contención frente a la agresividad de los dirigentes desenmascarados ante el congreso, sorprendidos por el coro que se iba alzando, alzando. Allá, gritaba una; a este lado, otra; a este otro lado, otra más. Todas de pie, coreando el nombre. Ahí ya no valía la militancia política —que la había—, sino la militancia de género. Aquel fue un triunfo de la sororidad, de la

FEJUVE del Sur. Dos, de tendencia izquierdista, son parte de la llamada Asamblea de la Alteñidad, mientras que las otras mantienen una postura de oposición o al margen de esta alianza institucional.

solidaridad, del apoyo y hermandad entre mujeres, basado en el reconocimiento de experiencias y luchas comunes frente a las desigualdades y las agresiones machistas de las dirigencias.

Fueron las mujeres las que propiciaron la elección de Fany Nina como primera presidenta mujer en la historia de la FEJUVE, y fueron ellas las que la acompañaron en sus primeros días de gestión, antes de que sufriera el golpe institucional de los dirigentes alineados a los intereses del alcalde Patana.

La ministra

En enero de 2011, el presidente Evo Morales nombró a Mabel Monje como ministra de Medio Ambiente y Agua, en reemplazo de María Udaeta Velásquez.

Ya Mabel contaba, para entonces, aparte de la experiencia vecinal, con una sólida carrera política dentro del partido oficialista, el Movimiento al Socialismo (MAS), y sabía algo de gestión gubernamental. Pero adentro del gobierno tuvo que enfrentar, también, actitudes racistas de algunos funcionarios y funcionarias (alguna vez alguien la llamó “la imilla de El Alto”).

Fueron, con todo, épocas de avance. El Ministerio de Medio Ambiente y Agua era ya un megaministerio que gestionaba obras de riego, programas de abastecimiento de agua que empezaban a llegar a todos los rincones del país; también tenía a su cargo empresas descentralizadas, los fondos de desarrollo, la administración de áreas protegidas, etc.

El día que Mabel renunció fue exactamente al cumplirse un año de su nombramiento.

Justamente ese día había viajado a entregar unas obras con el presidente y este le había preguntado:

—¿Me vas a acompañar una gestión más o te están riñendo ya en la casa?

—No, te acompaño, Evo.

Volvió a su despacho y le anunciaron la visita de unos dirigentes de varias organizaciones (porque los dirigentes sociales siempre eran bien recibidos en su despacho). Entraron en patota. El asunto que traían era que... enterados de los montos económicos que poseía el ministerio para obras (que se iban a adjudicar mediante licitaciones públicas y transparentes), querían un diezmo.

—No -les dijo Mabel.

—¿Cómo dices, ministra?

—No. ¡Sinvergüenzas! Vayan a trabajar por sus organizaciones.

—Si no aceptas, te vamos a hacer bloqueo, todo te vamos a bloquear.

—¿Sabes qué? Agarren mi cargo, háganlo un cartucho y métense por donde ya saben. Yo renuncio. Me voy.

Ese día, Mabel renunció a su cargo de ministra. Luego pensó que no debió renunciar, sino denunciar a los corruptos, desenmascararlos. Oponerse. Pero en aquel momento se sentía débil, estaba sola. Lejos de sus organizaciones, de la solidaridad de sus compañeras. Aislada, como otras mujeres quedaban aisladas en el campo político. Aceptaron su renuncia.

—¿Vamos a sustituirte entonces? ¿Estás de acuerdo?

—Sí, estoy de acuerdo.

Mabel recogió sus cosas y se fue.

Violencia política

A finales de 2014, la militancia alteña del MAS empezó a proponer candidatos para las elecciones municipales de 2015. Hubo una votación interna. Mabel ganó por amplia mayoría, pero la decisión final la asumió el entonces canciller del Estado, David Choquehuanca.

Choquehuanca no quiso aceptar la candidatura de Mabel. Y algunos dirigentes tampoco. Choquehuanca remató:

—No, que sea Patana nomás. Además, tú no eres del pueblo. Tú eres k'ara, Monje. ¿Dónde hay, pues, Monje como apellido aymara? No. Tú eres k'ara.

A esas alturas, a Mabel no le quedaba más que reírse. Patana ya gozaba de enorme fama en la ciudad de El Alto, de enorme mala fama. ¿Cómo podían ser tan miopes los dirigentes del MAS? Y luego el presidente la llamó.

—Andá pues como primera concejal.

—No estoy interesada en un cargo, Evo. No voy a aceptar trabajar con un corrupto.

Sí, mucha gente sabía lo que Mabel Monje pensaba de Patana y de las dirigencias coludidas. Pero también sabía lo que pensaba de la candidatura de Soledad Chapetón, aupada por el millonario Samuel Doria Medina.

De ambas candidaturas fue ella a opinar, invitada por la periodista Fabiola Furuya, al Canal Voz de El Alto, en la Ceja de El Alto, ya entrado el año 2015. Fue con tacos, falda, cartera; toda elegante pues, por entonces, trabajaba en una institución.

A la salida, vio a un tipo apoyado contra una pared, que al verla bajó de inmediato la visera de su gorra, haciendo una especie de señal, y avanzó hacia ella. Mabel pensó: “Me van a robar mi cartera”.

Aferró su cartera y caminó a toda prisa. De repente, sintió un planchazo desde atrás. Cayó de bruces al suelo. La pateaban, la insultaban. Sintió correr sangre caliente por su rostro, por sus piernas.

—¡No vas a hablar mal de la gestión municipal de nadie!

Alcanzó a mirar. Eran el de la gorra, dos más y un cuarto que se reía.

¿Había otra gente por ahí? Había gente. Pero nadie hacía nada. Y Mabel seguía sintiendo los golpes, los insultos. Un viejito fue el primero en reaccionar. Alzó una gran piedra, de esas que ponen para trancar los toldos de las vendedoras.

—¡Les voy a tirar con esto! ¿Qué están haciendo? ¿Por qué están pegándole así?

Se escaparon, pero aún tuvieron tiempo para decir:

—No tienes que hablar, tienes que callarte, te estamos mirando.

El viejito acudió a ayudarla. Ella sentía que se moría. Ya en su casa, vio su cuerpo todo magullado, su rodilla terriblemente inflamada. Llamó a su amigo Alfredo Rada, que por entonces era viceministro de Coordinación con los Movimientos Sociales, y le contó.

—¿Quién te ha hecho pegar?

—No sé. Puede ser gente de Patana, o de la oposición, no sé.

Recibió atención médica. Rada habló con el presidente. Luego, Rada llamó a Mabel para contarle. En virtud de haber sido exautoridad del Estado, Evo había considerado necesario que la protegieran dos policías uniformadas. La orden, o tal vez solo consideración presidencial, fue derivada al entonces ministro de Gobierno, Hugo Moldiz. Moldiz la convocó a palacio:

—Voy a averiguar si evidentemente ha pasado esto. Y no tengo ahorita disponibilidad de “femeninas” para que te den seguridad.

Mabel quedó atónita. Al despedirse de Moldiz, le dijo:

—Arrieros somos todos, ya en el camino nos veremos.

Poco a poco, Mabel se fue recuperando, aunque le quedaron dolores en la rodilla. El esposo y los hijos le decían: “Ya no te metas en política, no te metas”.

Pero ella no desistió. Para las elecciones generales de octubre de 2019, Evo Morales la invitó para ser candidata a primera senadora por el departamento de La Paz.

Después, sobrevino la insurrección de las clases medias, el motín policial en contubernio con el comité cívico de Santa Cruz y el derrocamiento de Evo Morales. Mabel Monje nunca llegó a ejercer como senadora. En aquellos días de incertidumbre y miedo, tuvo que cambiar de domicilio constantemente porque le amenazaban por las redes sociales, tocaban el timbre de su casa, la perseguían.

Ahora no ocupa cargo político alguno. Se dedica a la docencia en la carrera de Derecho, en comercio internacional.

¿Ha desistido de la política? De puestos políticos, tal vez. Pero de hacer política... nunca.

Un mensaje para las mujeres

A todas las jóvenes de El Alto les digo: amen su ciudad, amen su familia, amen su profesión. Hagan todo por mejorar sus condiciones, pero al mismo tiempo las condiciones de vida de toda la población. Porque todo se engloba en eso: el amor, el cariño que una tiene que tener al lugar al cual pertenece.



Fany Nina

EN LAS TORMENTAS

Presidenta zonal

Tarde en un barrio de la zona norte del Distrito 5 de la ciudad de El Alto. Fany Nina está jugando básquetbol en la cancha barrial. Unas vecinas se acercan a llamarla: “Fany, nos tienes que colaborar, nos tienes que colaborar”. Le convencen de dejar el juego. Hay que ir a la reunión zonal. Le dicen que ella puede aportar con algunas ideas.

Fany, dejando la pelota, acude. Y ya en medio de las vecinas, de los vecinos, se entera de que la reunión es para elegir a la nueva directiva de la junta vecinal. Y es cuando aquellas vecinas proponen a Fany como parte de un frente electoral. Esa tarde, Fany termina siendo elegida como secretaria general de su junta vecinal, el tercer cargo de la directiva, después de la presidencia y la vicepresidencia que recaen –como normalmente recaen– en dos vecinos, dos hombres.

Pasan algunos meses. En el barrio afloran los problemas. Los principales dirigentes, es decir el presidente y el vicepresidente de la junta de vecinos, han incurrido en ciertas conductas que las bases no aprueban, que no van con los mandatos éticos que se les ha confiado. Se organiza una asamblea, y por prelación en el cargo, Fany Nina resulta electa como nueva presidenta del barrio. ¡Una mujer como presidenta de junta vecinal! Eso no es lo común.

Para ese entonces, Fany ya tiene 40 años y cuenta con una larga experiencia en gestionar trámites jurídicos en la alcaldía, en asumir vocerías, en discutir y conciliar. Pero nunca lo ha hecho con tantos ojos encima, escudriñando sus acciones.

En su casa, participa la novedad a sus hermanos, a sus hermanas, a su madre y a su padre. Y empiezan las recomendaciones.

Le dice su padre: “Nunca te vas a recibir ni un centavo de los vecinos, nunca les vas a pedir plata, tampoco. Si no tienes para hacer trámites, te aguantas, y ves cómo lo vas a hacer. Pero jamás pidas plata (ahí empiezan las habladurías, los malos entendidos). Vas a trabajar siempre para el interés de los vecinos, de las vecinas. Ellos te han nombrado. Aunque vos no has querido, han insistido. Así que ahora tienes que responder. Confían en ti. Nunca les falles”.

De este modo es que Fany, a finales del año 2007, asume la responsabilidad de dirigir su junta vecinal. Una gran responsabilidad y una carrera contra el tiempo, porque hay una larga lista de necesidades y demandas que cumplir. Cuenta con poco menos de un año de gestión para hacerlo, puesto que los dirigentes observados casi nada han hecho en el tiempo que estuvieron al mando.

Fany, que hasta ese momento se dedicaba a trabajar en una oficina, y en su tiempo libre a trotar o a jugar básquetbol los fines de semana, va a tener que ajustar sus tiempos, renunciar a parte de su vida personal. Va a empezar una nueva etapa en su vida como dirigente vecinal.

El origen

¿Pero quién es esta Fany Nina, a la sazón la única mujer en una lista de puros nombres masculinos que hegemonizan las presidencias de las 57 juntas vecinales del Distrito 5 de El Alto?

“Mi nombre completo es Juana Fany Nina Colque, pero me conocen más como Fany Nina. Yo soy de familia minera”, resume esta mujer de imponente y leonada cabellera oscura, rostro moreno y ojos negros y vivaces. “Mi papá era trabajador minero, minero de casco, de guardatojo, minero de

interior mina, del lado de Caracoles, sector Pacuni”.¹⁰ El obrero Basilio Nina, su padre, perseguido durante la época de René Barrientos, no por militante político sino por ser dirigente sindical.

¿Y la madre?

La madre, Juana, era minera también. Una palliri que escogía mineral en los desmontes. Picando rocas durante largas horas, con un pesado combo que le torcía las manos, a la intemperie, bajo el sol ardiente o soportando las cuchilladas del viento helado de la cordillera, pasó Juana muchos años de su vida.

En el invierno de 1967, Juana andaba por un empinado cerro rumbo a su tarea de pallar mineral. De pronto, resbaló y cayó sobre duras rocas. Y aunque el golpe pareció no afectarla, empezó a sentir que la criatura que gestaba en el vientre estaba naciendo antes de tiempo. Los cuidados de su abuelita, que la había criado en su orfandad, lograron revertir el mal parto.

En los meses siguientes, Juana volvió a sufrir otro accidente, pero la oportuna intervención de la abuela –masajes de emergencia, brebajes, descanso obligado– evitaron de nuevo el nacimiento prematuro. En medio de aquella vida de extremo esfuerzo físico, la bebé que llevaba en el vientre intentó nacer una vez más. Finalmente, lo hizo en noviembre. La llamaron Juana Fany.

Años después, recordando aquellos sucesos, la madre le dijo: “Dios tendrá algún objetivo contigo, porque mucho has intentado nacer, insistente has sido”.

Fany nació en un campamento perteneciente a la Empresa Minera Caracoles, de la Corporación Minera de Bolivia. Fany recuerda que, en el campamento de Cruz Roja, perteneciente a Caracoles, lugar donde su familia vivía por aquella época, escaseaban los alimentos. Tampoco había posibilidad de ir a la escuela. Y que todos los obreros fueron despedidos y se cerró la mina. Los

10. Pacuni es parte del complejo minero de Caracoles, en el cantón Quime, provincia de Inquisivi, departamento de La Paz.

Nina Colque tuvieron que partir. La familia Nina Colque, hacia 1975, se trasladó a habitar una casita en el extremo norte de la ciudad de El Alto.

Fany guarda borrosos recuerdos de ciertos lugares de El Alto años antes de aquella partida definitiva. Recuerda que acompañaba a su padre, montada en la carrocería de un camión que transportaba mineral desde diversos sectores de Caracoles. Los trabajadores llevaban mineral desde Cruz Roja, Caracoles, Pacuni, Mina Argentina. Llegando hasta el Banco Minero, que se encontraban en la Ceja de El Alto (donde luego construyeron el Palacio de Justicia), metían los saquillos con mineral a los almacenes y después se sentaban a comer unos caldos de patitas de oveja que una mujer de pollera vendía en la puerta. Fany todavía recuerda el sabor caliente de aquellos caldos y el gran arco que, encima de una vieja carretera de entrada a El Alto, ostentaba un letrero pintado. Cuando aprendió a leer, supo que ese letrero decía: “Bienvenidos”, o algo así.

Ya avecindados en El Alto, los ocho hijos de la familia Nina Colque pudieron ingresar sin mayores inconvenientes a la escuela y al colegio. Pero toda familia requiere, también, alimentarse. Y para asegurar alimento, padre, madre, e incluso hijos e hijas, continuaron trabajando por muchos años más en la minería chica.

Familia luchadora

Basilio Nina empezó a buscar lugares de libre explotación minera en las cercanías altiplánicas. Los halló en las faldas de los nevados Huayna Potosí y Chacaltaya, en parajes donde había estaño, plomo y plata.

Para guarecerse del frío y de la nieve, con ayuda de los tíos de Fany, en medio de los roquedales, construyó un refugio con piedra del lugar, colocando callapos, palos y calaminas como techo. Pero los vientos violentos siempre lograban mover la techumbre, por más pesada que fuera, de modo que adentro se deslizaban constantemente las rocas y el frío.

Basilio logró encontrar vetas en un paraje. Ya listo el refugio, llevó a su familia. En vacaciones escolares, acudían también hijos e hijas. Fany también iba.

“No, no teníamos la posibilidad de construir una casa con adobe, mucho menos con ladrillos, nada. Porque eran caminos superaccidentados, inaccesibles. Por ejemplo, para llegar a una mina a la que íbamos cuando yo era chica, que se llamaba La Fabulosa, había que ir cargando nuestras cosas en lomo de llama. Eran kilómetros de caminata al paso de las llamitas. Atravesábamos lagunas cristalinas, cerros, y nunca llegábamos. Y nosotros, niños al fin, nos desesperábamos. Pero íbamos con mi papá, con mi mamá, con mis tíos, así en familia. No había otra forma de subsistir. Esa era nuestra forma de vida”.

Y así iba la vida.

Cierta vez, el padre llegó a El Alto a comprar vituallas para el campamento familiar. Escaseaban las verduras. Solo pudo hallar pan y alguna otra cosa. “Tengo que llevar comida, tus hermanitos están esperando allá, tu mamá también”, se empeñó el hombre y partió hacia el Huayna Potosí. La tormenta lo pescó en pleno camino. No llegó esa tarde al campamento, como estaba previsto, ni en la mañana del siguiente día.

La familia, desesperada, intentó buscarlo por las cercanías. Imposible avanzar más porque cuando cae nieve en la cumbre, todos los desniveles, todos los huecos y quebradas se llenan de nieve y se convierten en trampa mortal para los caminantes desprevenidos.

Hacia el mediodía llegó el padre, abrazado de su bolsa de comestibles, azul por el frío, caminando como un autómata, al borde del congelamiento, de la hipotermia. Había resistido la tormenta construyendo una suerte de iglú con bloques de nieve para guarecerse de la ventisca durante la noche. Al amparo de su familia, sobrevivió. Varias veces burló a la muerte el obrero Nina.

En otra ocasión, ocurrió en interior mina. “Fue en alguna mina de Potosí, cuando él estaba trabajando con mis dos tíos. Una mina es como una casa de hormigas, con conductos verticales, horizontales, con caminos subterráneos que van, vienen, cruzan. Y en uno de esos pasillos verticales empezó a derrumbarse la roca. Mi papá evitó caer al hueco poniendo los brazos a la otra pared, cruzando el cuerpo sobre el precipicio. Una piedra enorme le cayó en la espalda, lo

que evitó que las otras rocas le cortaran el cuerpo. Lo sacaron horas después, ya cuando no tenía casi aire para respirar, aguantando una piedra sobre la espalda”.

Fany sigue acordándose de aquellos días dulces y amargos de su infancia cuando abre su puerta y se encuentra con las cumbres del Huayna Potosí y del Chacaltaya. Recuerda las lagunas cristalinas, el vuelo de los cóndores, el aullido del viento, la transparencia misteriosa de los castillos de hielo en parajes escondidos a la mayoría de los ojos humanos. “Esas maravillas solo se las conoce cuando caminas”, dice.

Su familia era de caminantes. “Estábamos acostumbrados a ir a pie hasta la mina, subíamos a pie el cerro”. Camino al Chacaltaya, fue hallado muerto uno de sus hermanos, después de una semana de estar perdido, después de que fuera a El Alto a jugar fútbol, a descansar del trabajo en la mina. “Ha sido una muerte muy dura para mis papás. Mi madre sigue llorando, tenía 33 años él. Nunca hemos sabido qué pasó”.

Creciendo con la ciudad

¿Cómo era la ciudad de El Alto en la década de 1970? Fany recuerda pampas y más pampas, lagartitos tomando el sol sobre las piedras, saltamontes por allí y más allá, libélulas en los pajonales y casitas en medio, algunas agrupadas, otras dispersas. Era cuanto su mirada infantil abarcaba en la parte septentrional de Alto Lima.

El Alto dependía entonces de la alcaldía de La Paz. Tenía una subalcaldía para atender a los barrios de la Ceja andina, limítrofe con La Paz, en tanto que los vecinos alejados de la administración de la hoyada paceña se organizaban para conseguir, a veces por su cuenta, agua y electricidad. Porque todo lo que se tenía en algunos barrios, se tenía gracias al esfuerzo de sus propios habitantes. Ya desde 1957, los vecinos se organizaban para obtener los servicios básicos mediante un Consejo Central de Vecinos. Recién en 1979, esas juntas barriales se unieron en la Federación de Juntas Vecinales de El Alto, la FEJUVE.

Llegaban y llegaban las migraciones rurales, de provincias, de las minas. A partir de 1986, empezaron a llegar con mayor afluencia familias de trabajadores mineros relocalizados por la Comibol. Fany Nina tiene en mente algunos lugares que fueron poblados en aquellos años.

“Hacia Alto Lima llegaban mineros de Milluni, de Quime, de Suya, de Mina Argentina, los de Caracoles también. Y hacia Río Seco, hacia Santiago II, Kenko, etc., llegaban de las minas de Potosí y de Oruro. Y ya, con tanta gente, con nuevos barrios y zonas, en los distritos se han empezado también a organizar para obtener los servicios básicos y también para conseguir mejor educación”.

En Alto Lima había solo una escuelita, la Adrián Castillo, que contaba con apenas tres pabellones. Y para que esa escuela funcionara, se movían las madres, los padres de familia.

“Los vecinos, antes, para elegir dirigente, buscaban a una persona que no tuviera miedo de hablar con las autoridades, que sepa hacer valer los derechos de la gente. En ese tema, muchos mineros tenían experiencia. Y mi papá, quizás por eso, fue dirigente barrial cuando llegamos a vivir aquí”.

¿Ese sindicalismo despedido de las minas, esa manera de asumir la vida como un combate se fue fusionando con los modos comunitarios de convivencia que trajeron las migraciones aymaras? Fany Nina no se anima a proponer una visión simplona y romántica de un proceso histórico, social y económico de tal envergadura. Pero sí, algo de eso cree que hay. Que, con el tiempo, El Alto ha llegado a constituirse, además de una ciudad con alto dinamismo económico, en una ciudad con alta participación política de sus habitantes; que el sindicalismo minero de la época de la relocalización también influyó en revitalizar las organizaciones vecinales de base. Pero eso fue antes de que las dirigencias vecinales fueran cooptadas por lo que Fany llama “las delicias del poder”.

En plena batalla

Y ahora volvemos a finales de 2007. Fany Nina está empezando su gestión como presidenta de su junta vecinal con un problema mayúsculo por delante: el subalcalde del Distrito 5, el comité de vigilancia del distrito, algunos ejecutivos de la FEJUVE del Distrito 5 y algunos dirigentes de base han congelado, ilegalmente, la ejecución de las obras contempladas en el plan operativo anual (POA) para su zona. El congelamiento implica que la alcaldía no ejecute los presupuestos previstos y no se haga cargo de las obras que tanto se necesita en el barrio: luminarias para evitar que las oscuras calles sigan siendo guarida de asaltantes y de violadores, enlosetado para que no haya tanto barro y polvo al transitar por ellas.

¿Quién ha gestionado ese congelamiento ilegal del POA? El exdirigente de la zona, en complicidad con grupos que lo apoyan, pese a haber sido ya desconocido como dirigente por los propios vecinos.

Por ese apoyo que tiene el exdirigente, tanto a Fany como a su equipo de colaboradores no se les permite asistir a los ampliados del distrito para legalizar su situación. Además, dentro del mismo barrio, Fany, su familia y su equipo de colaboradores sufren constante violencia y agresiones físicas de personas que apoyan a los dirigentes anteriores. Por ejemplo, una mujer furiosa le ha arañado la cara a su madre; y unos hombres han querido agredir a los sobrinitos que van a la escuela.

Cierta noche, Fany sobrevive a una agresión por parte del presidente destituido.

“Me había estado esperando ahí a la vuelta, por donde llegaba a mi casa, donde hay un callejón, una calle estrecha. Primero, me quiso golpear en la cara, darme un puñetazo en el ojo, exigiendo que deje la presidencia de la junta, que ese cargo le pertenecía. Detuve a tiempo su puño y le dije que a mí no me iba a golpear, que suficiente había tenido con las agresiones de su gente. Y ahí empezó a decirme una sarta de insultos. Y amenazó con violarme. Me ha descrito cómo iba a proceder y todo”.

Sola, arrinconada, Fany ha escuchado las terribles amenazas, pero logra finalmente zafarse del agresor, entrar a su hogar. Al día siguiente, va a denunciar al cobarde. Pero se topa contra una pared de incompreensión, de complicidad patriarcal. En la policía la escuchan, en la fiscalía la escuchan, o más bien, le obligan a repetir el relato del ataque una y otra vez, una y otra vez.

“Ahí yo he entendido lo que es revictimizar a las mujeres, porque creo que me han hecho repetir veinte mil veces las palabrotas, los improperios, la descripción de cómo iba a proceder ese tipo, todo eso, veinte mil veces. Y luego, buscaron la contraparte, como si hubiera sido una pelea entre iguales. Y aparecieron dos personas, lastimosamente mujeres, que lo fueron a apoyar a él, lo defendieron y dijeron cosas en mi contra. Ahí dije: ‘No, justicia nunca voy a encontrar aquí’”.

Un día, Fany decide emplear la fuerza. Acude a una asamblea que se está llevando a cabo en un salón de la alcaldía de El Alto. Adentro están las dirigencias distritales, el control social, el alcalde Fanor Nava, hablando de los proyectos para las zonas, para los distritos. Fany empuja con fuerza, logra abrir una rendija, mete rápidamente el pie y grita:

—¡Señor alcalde, tengo que ingresar! Es mi derecho. Soy presidenta de la junta de mi zona. Mis vecinos necesitan luminarias. ¡Déjeme entrar!

Desde adentro del recinto le empujan el brazo, y le hacen morder la mano con la puerta. Fany sigue forcejeando. Logra ingresar, con los cabellos alborotados, el saco y la camisa fuera de su lugar. Todos los ojos se vuelven amenazadores sobre ella. Los dirigentes le gritan:

—¡No te reconocemos como presidenta de tu zona! Tiene que venir el otro presidente. Finalmente, algunos dicen:

—Ya, quédate, ya que estás aquí, pero no tienes derecho a voz ni voto.

Una mayoría abrumadora son varones. Hay escasas mujeres; entre ellas, una señora, de comportamiento muy agresivo, en gestos y palabras.

“Frente a tanta violencia, yo he dicho: ‘No puedo renunciar, yo tengo que responder a los vecinos, tal como me ha encomendado mi familia’”, dice Fany.

Así que, toda magullada, con la mano dolida por la mordedura en la puerta, Fany se queda a escuchar, a observar. En los días siguientes ya tiene claro lo que tiene que hacer. Habiendo agotado todas las gestiones antes las autoridades locales, acude a un viceministerio para denunciar la ilegalidad del congelamiento del POA de su barrio. Desde allí mandan una orden al comité de vigilancia para que gestione el descongelamiento del POA.

Finalmente, lo logra.

Pero le quedan apenas nueve meses de gestión. ¿Qué podría hacer en tan poco tiempo? Es cuestión de voluntad, de responder con consecuencia a la confianza de los vecinos, se dice ella, y pone manos a la obra. Acude a la subalcaldía, a la alcaldía, recupera los presupuestos, gestiona que se ejecuten las obras para la zona.

“A la velocidad del rayo, corriendo como chasquis hemos hecho con mi equipo de colaboradores todos los trámites burocráticos para ejecutar los proyectos. Y en esos meses hemos logrado el enlosetado de varias calles; hemos gestionado el mantenimiento de electrificación; que funcionen las luminarias en las calles; un barrido para lograr seguridad ciudadana con todo el regimiento policial del Distrito 5. Por eso, muchos vecinos estaban felices y contentos, y los que estaban en mi contra ya se quedaban callados, ya no me decían nada”.

Fany lo ha logrado. Sin pedir ni un peso a nadie, como le aconsejó su padre. Ha sido un trabajo en equipo, en colaboración. En muchas ocasiones ha puesto de su propio bolsillo los pasajes o ha recurrido al vehículo de su padre para trasladar al topógrafo y al alarife a medir los perfiles rasantes de las calles, para que el enlosetado salga bien. También ha demostrado que no es necesario poner cuotas extra para que los vecinos tengan derecho a tuberías de gas, a luminarias. En su gestión se trabaja sin caja chica, sin multas, sin coaccionar a los vecinos.

Concluye el mandato entregando un documento-memoria con las actividades realizadas, dispuesta a volver a su antigua vida, a sus antiguos pasatiempos. Pero no. Los vecinos están contentos con ella y en la asamblea la ratifican como presidenta de zona, por otros dos años, 2009 y 2010.

“Ya no me pude negar, no me quedó otra que aceptarles. Y cambió de sobremanera mi vida el haberles aceptado esa gestión más”, dice Fany.

La primera presidenta mujer

El 25, 26 y 27 de junio de 2010, Fany acude en calidad de presidenta de su zona al XVI Congreso Ordinario de la Federación de Juntas Vecinales de El Alto. Por cada zona, hay cuatro delegados:

tres de base y el presidente, o presidenta, de la junta vecinal. Se reúnen los delegados de cerca de 600 juntas vecinales a trabajar en 12 comisiones. El domingo, en la plenaria, se va a elegir al nuevo comité ejecutivo, que dirigirá la FEJUVE durante los dos años siguientes.

Según la rotación establecida en el estatuto orgánico de la Federación de Juntas Vecinales, en esta gestión les corresponde a los distritos del sector norte de El Alto -los distritos 4, 5, 6 y 7- presentar sus candidatos y acceder a la presidencia del Comité Ejecutivo. De manera alterna entre sur y norte, se elegirá al resto de ejecutivos.

La mañana del sábado, se reúnen el subcalde y todos los delegados y dirigentes del Distrito 5 para elegir un candidato a la presidencia de la FEJUVE (aunque todos ya saben que cierto delegado del Distrito 7 será el elegido, porque las dirigencias ya han hecho todos los amarres al respecto). Por eso, nominar candidatos por cada distrito es solo fingir que va a ser una elección democrática, abierta. A algunos se les ocurre proponer que Fany vaya como nominada en alguna de las franjas ejecutivas restantes, en salud, educación, transporte, en lo que salga. Anotan su nombre.

En la mañana del domingo, en el congreso, se empieza a nombrar a los postulantes para las franjas ejecutivas. Pero ni se nombra a Fany. ¿Qué ha pasado?

Ha pasado que la noche anterior, algunos dirigentes y delegados del distrito se han ido a celebrar “con aperitivos especiales”, es decir con bebidas espirituosas. Y entre comida, trago y jolgorio, han decidido eliminar nombres. Al menos, el nombre de Fany.

Pasadas las cuatro de la tarde del domingo 27 de junio, el congreso instala la plenaria en el gran salón multifuncional de Radio San Gabriel y procede a la elección del presidente de la FEJUVE.

Desde el presídium empiezan a llamar a los postulantes, por distrito.

Distrito 4. El candidato sube al escenario. Distrito 5. No está el candidato. Distrito 5. No está el candidato.

Distrito 5, nuevamente. Nadie. Distrito 6. El candidato sube al escenario. Distrito 7. Sube a la testera un delegado de apellido Siñani. Ya es vox populi que va a ser el nuevo presidente.

Desde el presidium insisten en que se presente el postulante del Distrito 5. Hay confusión. Un nervioso dirigente llama por celular, indaga dónde puede haberse metido el postulante. Luego comunica a los del presidium el nombre de otro postulante, que enseguida se va a presentar. Imposible. El postulante debe ser delegado al congreso.

“Y entonces empiezo a escuchar que mujeres del Distrito 2, del 1, del 8, del 4, empiezan a decir un nombre: “Fany, Fany, Fany, Fany”. Al principio, no entiendo. ¿A qué Fany se refieren?”.

Desde el presidium vuelven a llamar: Distrito 5. Y desde platea del teatro centenares de voces corean: “¡Fany, Fany, Fany!”. Sí, se refieren a ella, a Fany Nina.

Fany Nina duda. No es la postulante elegida por su distrito. Pero ya la empujan para que suba, ya corean más fuerte su nombre, ya la jalan del brazo. Ya está por subir a la testera. Unos delegados del Distrito 5 se le acercan rápidamente y le amenazan: “Si subes, te vamos a quitar todo”.

Fany no entiende. Sube. Ovación general, aplausos. Cada candidato tiene tres minutos para dirigirse a los presentes.

Es el turno de Fany. ¿Qué va a decir? ¿Qué puede ofrecer si ella no ha planificado nada? Tal vez las cosas que diría a su zona. Y habla de manera sencilla, con el corazón:

—Queridos compañeros, compañeras, congresistas. Yo no tengo nada en mis manos para darles. Lo que les puedo dar, si me eligen como presidenta de la FEJUVE... Les voy a dar todo mi tiempo. Todo mi compromiso. Toda mi entrega a la ciudad del Alto. Es todo lo que tengo.

Y entonces la multitud empieza a corear:

—¡Congreso, congreso, congreso!

La gente se ha enterado de la manipulación de las dirigencias, que ya tienen previsto quién va a ser presidente. Esta vez, los delegados de base no lo van a permitir. El coro es más fuerte y más fuerte. No son solamente mujeres, hay hombres de todas las edades coreando entusiasmados:

—¡Congreso, congreso, congreso!

Eso significa que el presidente de la FEJUVE sea elegido por voto de todo el congreso y no por voto de los distritos de turno.

Se levantan las manos que votan, portando credenciales. Cada postulante se adelanta cuando lo llaman. El candidato del Distrito 4, el del 6, el del 7 (hasta el momento, tiene mayor votación porque ha negociado con anticipación su candidatura).

Le toca el turno a Fany, por el Distrito 5.

“Y es uno de los momentos más emocionantes de mi vida. El primero y quizás el último, digamos. Una ovación atronadora, increíble. Ya casi todo el congreso me da su votación. El único que no me apoya tanto es el Distrito 8, que apoya al otro candidato. Incluso gente del Distrito 7, del candidato designado con antelación para ser elegido, me ovaciona”.

El lunes 28 de junio, Fany acude a hacerse cargo de la oficina de la FEJUVE. Le acompañan muchas mujeres que han asistido al Congreso, conocidas, desconocidas, solidarias todas, felices, orgullosas de haber logrado por primera vez que una mujer dirija la poderosa Federación de Juntas Vecinales de El Alto.

Fany abre la oficina. No están los escritorios, ni las mesas, ni las sillas, ni las computadoras, ni siquiera los basureros. Pero sí hay basura en el suelo, bolsas de nylon con basura, botellas guardadas con líquidos sospechosos y turbios. No hay escoba para barrer. Las señoras van y consiguen una escoba y se ponen manos a la obra.

—¡Barreremos! ¡Mira lo que habían hecho!

¿Ha sido la noche anterior? ¿O qué momento aprovecharon los que fueron a sacar las cosas de esa oficina? Si tan solo el pasado jueves la gente asistía a recoger credenciales para el congreso y la oficina tenía computadora, fotocopiadora, muebles, teléfono.

“Hemos traído un notario de fe pública para que todo lo codifique, que anote lo poco que ha quedado, que vea el desorden y que faltan cosas importantes. Y así se ha hecho con el notario, y ya nos hemos instalado”, dice Fany Nina.

El pliego petitorio y el castigo

El 10 de septiembre de 2010, la flamante directiva de la FEJUVE convoca a un ampliado de presidentes y presidentas de juntas vecinales para redactar el Primer Pliego de Peticiones de El Alto, en cumplimiento de las resoluciones del congreso.

¿Qué es lo que contiene ese pliego? Exige el cumplimiento inmediato de la agenda de octubre de 2003 para que se proceda a: la construcción de una planta petroquímica en El Alto; la construcción de un hospital de tercer nivel en el sector sur y la conclusión del hospital en la zona norte; la instalación inmediata de todos los servicios básicos en los barrios y la construcción de avenidas principales; el establecimiento de una política pública clara y concreta para seguridad ciudadana; la construcción de la Terminal Bimodal Metropolitana; la abrogación del Decreto Supremo 21060 y la aplicación de un plan estratégico de desarrollo real para poner fin a la pobreza.

Aunque este pliego petitorio se presenta al mismo tiempo al gobierno municipal, a la gobernación departamental y al gobierno central, los sectores afines al oficialismo perciben que se trata más una especie de declaración de guerra al gobierno de Evo Morales que un pedido.

Fany pide audiencia al presidente para explicarle el pliego. El 8 de octubre no la dejan entrar al palacio, porque su nombre no está en una lista de “invitados”. Días después, logra ser recibida en una reunión en la que participan dirigentes de la Central Obrera Regional de El Alto y otras organizaciones sociales. Son momentos tensos, evidentemente. Los dirigentes que toman la palabra dicen que en El Alto todo está bien, que “esta mujer nomás molesta”. La señalan con el dedo. Es apenas una mujer en medio de machos prepotentes.

El presidente dice que no hay dinero para cumplir todas esas peticiones, pero acepta la conformación de 6 mesas de trabajo para analizar las posibilidades de concreción de cada uno de los seis puntos del pliego. Se fija cita para la revisión de ese trabajo, 15 días después.

Pero el 26 de octubre de 2010, el vicepresidente de la FEJUVE, Claudio Luna, y otros miembros del Comité Ejecutivo, afines al partido oficialista, rompen la chapa de la oficina de la FEJUVE y se apropian del lugar. Cuando Fany llega, le impiden entrar, la empujan con violencia. Frente a la prensa, presente en el lugar, se moderan y no llegan a golpearla. Reunido el resto de ejecutivos, afines todos al golpista Luna, deciden suspender a Fany de la presidencia, no solo por haber “violado artículos” del estatuto orgánico de la FEJUVE sino por su “comportamiento arbitrario, negligente e irresponsable” que “está generando la división del movimiento vecinal alteño”. Se ha consumado el golpe institucional. Fany, en esos días, sola, empeñada en contrarrestar al partido oficialista que coopta las dirigencias, se instala en los pasillos de la FEJUVE, en la acera del frente. Ante la prensa, resalta que un congreso orgánico la ha elegido como presidenta, que no va a renunciar.

En diciembre de 2010, el Tribunal de Honor de la FEJUVE resuelve: evidentemente, ningún comité ejecutivo tiene atribuciones para suspender o expulsar a autoridades legítimamente elegidas en congreso. Dispone que se restituya a Fany inmediatamente en su cargo. Los golpistas nunca más se lo le devuelven. La policía, al servicio de los dirigentes afines al oficialismo, rechaza un nuevo intento de Fany por entrar a su oficina. Luna se afianza en el poder.

Hay gente que le aconseja a Fany que vaya y abra otro local para dirigir la FEJUVE desde allí. No. Fany no hará nunca eso, porque eso implicaría dividir la gloriosa Federación de Juntas Vecinales, dividir la organización creada por los propios vecinos alteños.

Entonces, ocurre que, el 26 diciembre, el gobierno intenta quitar parcialmente la subvención a los hidrocarburos. Fany convoca a un cabildo y a una gran marcha de vecinos en la Ceja. La COR (Central Obrera Regional) y el magisterio también se suman. La movilización multitudinaria hace retroceder al gobierno, que anula el Decreto Supremo 748.

Fany ha demostrado el poder de convocatoria que tiene. Y, tal vez, ha olvidado aquella amenaza en el Congreso. “Te vamos a quitar todo”, le dijeron. Poco a poco, la amenaza se va a materializar.

El 3 de enero de 2011, el comité ejecutivo de la FEJUVE, siempre ignorando los mandatos del tribunal de honor y pasando por encima de la autoridad del congreso, elige como su presidente a un desconocido dirigente, Rubén Paz, que ocupa el puesto 38 en la nómina de ejecutivos. Ni por prelación o sucesión le corresponde ocupar el cargo, pero lo hace de todas maneras, y echa del poder a Claudio Luna.

Fany no está dispuesta a rendirse. Se ratifica como presidente legítima de la FEJUVE, anuncia un ampliado de juntas vecinales. Pero en la tarde del 5 de enero, justo cuando se dirige a una reunión de juntas vecinales, sufre la embestida de un minibús al intentar cruzar una avenida. Termina internada en una clínica, por varias semanas.

El rumbo de su vida vuelve a cambiar. Su proceso de curación física y espiritual le plantea otras metas, otras luchas en la vida. En 2014, le proponen como candidata a la presidencia del país, pero la agrupación postulante, que se llama Nueva Alternativa Popular, no logra personería jurídica. En 2015, Fany va como candidata a la alcaldía de El Alto por el partido Soberanía y Libertad para Bolivia (SolBo), de Luis Revilla, alcalde de La Paz. Logra un tercer lugar, después de Soledad Chapetón y Edgar Patana; su partido consigue un concejal.

Hoy en día, Fany sigue avivando el fuego del apellido aymara que lleva. Actualmente se dedica al activismo social, a actividades educativas con organizaciones de mujeres, conduce un programa de radio.

Su nombre –a pesar de sus detractores– ha quedado en la historia de aquella organización fuerte y unificada que fue alguna vez la gloriosa Federación de Juntas Vecinales de la ciudad de El Alto. Una FEJUVE que sintió el paso de una mujer llamada Fany Nina por su presidencia, aclamada por un congreso donde afloró la sororidad de las mujeres frente a la violencia política machista y al clientelismo partidario que terminó por carcomer a la organización.

Un mensaje para las mujeres

No rendirse nunca y cumplir siempre y, cuando tus bases te encomienden una función, hay que hacerlo con dedicación y con valor, sin importar que quieran amedrentarte. Porque la fortaleza viene de nosotras mismas.



María Luisa Vargas

SIN BAJAR LA CABEZA

El sueño de ser maestra

Ella se llama María Luisa. Su padre, su madre, sus hermanos y amistades la han llamado siempre María Luisa. Pero en su acta de bautizo o de nacimiento, su despiestado padrino confundió el nombre que le indicaron los padres y lo dictó al revés: Luisa María.

Y eso vino a acarrear, años después, todos los descalabros que una anotación mal hecha puede causar. En el caso de María Luisa Vargas, hasta ahora tiene que firmar e identificarse con su nombre al revés: Luisa María Vargas para todo trámite legal, jurídico, administrativo, aunque la gente la llame María Luisa, o solamente “doña María”.

Pero aparte de ese detalle, ella siempre ha estado contenta con su propia identidad, con sus raíces, su lengua, su modo de estar en el mundo, su dignidad.

Tiene 65 años y proviene de una familia que se dedicaba a la agricultura, en alguna de las estancias agrícolas cercanas al centro minero de Corocoro, en la provincia Pacajes del departamento de La Paz. Cuando era niña, por donde ella vivía, había una escuela rural. Pero en esa escuela solo se podía estudiar hasta los primeros tres cursos de ciclo básico. Para terminar el ciclo básico y cursar

el intermedio y el medio, había que llegar hasta Corocoro, que era mitad campamento minero y mitad población civil. Ahí había escuela y un colegio.

—Entonces, nosotros hicimos en la escuela de la estancia de San Francisco hasta el tercero básico—dice María Luisa.

—¿Usted y quién más?

—Mis hermanos menores y mayores, cuando les correspondía.

Bueno. ¿Cómo era su vida en esa época? ¿Qué expectativas tenía en su vida la joven María Luisa?

—Yo allí aspiraba... algún día, por lo menos... a ser profesora. No soñaba con mucho. No tanto así con ser médico o ser abogado, no tanto así. Eran simples aspiraciones, como cada quien tiene. Llegar a ser una educadora yo quería. Eso ha sido mi sueño. Pero difícil, porque para trasladarse hasta la escuela de Corocoro había que ir caminando como tres horas desde San Francisco, que es la estancia donde yo estaba.

María Luisa cursó la escuela hasta sus nueve años. Y hasta ahí llegó. Cuando tenía 12 o 13 años, una maestra que estaba haciendo año de provincia por su zona rural le propuso trabajar con ella en la ciudad de La Paz, en calidad de empleada doméstica, con la promesa de ayudarla en sus estudios.

María Luisa llegó hablando el castellano con fuerte acento aymara y sin renunciar a vestir su vestimenta típica, a peinarse siempre con trenzas, añorando su vida en el campo.

—Yo trabajaba desde siempre con paga. A mí no me han tenido así, de criada, lo cual agradezco a esa familia. Tenía mi paga, tenía mi comida y tenía libertad de, a partir de las seis de la tarde para adelante, disponer de mi tiempo para mis estudios, porque mi empleadora era mi profesora. En ese sentido, a mí me ayudó. Personalmente ella me ha inscrito al CEMA, pero ese colegio que era de unas monjas carmelitas, había sido muy discriminador.

Para entrar a aquel CEMA (Centro de Educación Media Acelerada), que estaba atendido por la congregación de monjas de los Sagrados Corazones, María Luisa tuvo que esperar a cumplir 16 años.

Su empleadora fue a inscribirla sin novedad alguna. La novedad sí ocurrió el día que empezó a asistir a clases. Vestida con pollera, con trenzas, causó revuelo su aspecto, el aspecto cotidiano de las jóvenes de las zonas rurales. Nadie se lo esperaba. Menos la directora, una mujer a la que muy probablemente no le gustaba tener estudiantes cholitas que evidenciaran su pertinencia étnica. El resto de estudiantes, mujeres especialmente, ocultaba o se cuidaba de no llevar vestimenta “inapropiada”, o sea, la pollera.

—Yo creo que si me inscribía yo en persona, algo hubieran inventado para no recibirme. Por el apellido Vargas, han debido pensar que no era persona así de pollera, aymara. Si me hubieran visto antes, tal vez no me aceptaban. Pero como mi empleadora dijo que me apellidaba Vargas, anotaron todo bien. Y yo me he presentado de pollera y no les ha gustado. Al menos a la directora de los Sagrados Corazones, no ocultaba disgusto. Su cara decía todo. Había gente que se burlaba también. Uno, porque yo era de pollera y, dos, porque no tenía tan ordenado mi lenguaje, porque era de provincia y apenas me estaba adaptando a la vida de la ciudad. Yo traje mis costumbres conmigo, traje mi tierra conmigo, en mi forma de hablar, de expresarme. Y me encuentro con que el CEMA había sido puro para trabajadores, para gente obrera, porque en esos años nomás también se habilitó. Pero muchos, muchas, eran como yo; han debido quedarse con su tercer año de básico o así. Y como yo, había muchos otros que habían nacido en el campo. Pero ellos, ellas lo ocultaban. En cambio, yo nunca oculté mi origen, en los cuatro o cinco años que estuve allí, nunca oculté lo que era, porque terminé de salir bachiller a mis 20 años. La directora de Sagrados Corazones en esos años era una señora de Santa Cruz. No sé si era monja o era maestra nomás. Yo le tomaba como monja, porque tenía normas estrictas, reglas estrictas. En el día, en la mañana, en el diurno, ese colegio funcionaba para señoritas. En la noche nomás era para los obreros.

Todos esos años, yo he tomado valor para que no me humillen. Pues yo no me sentía así, menos que ellos. Porque mi abuela era chola de verdad, una chola con manta encima, y se identificaba como una verdadera corocoreña. No era sierva ella, nunca trabajó para patrones. Ella solita ha manejado por años en su comunidad, ha participado en dirigencias. Entonces yo sentía el legado de mi abuela. No me gustaba que me hagan menos. Cuanto más me querían hundir, mucho más me fortalecía yo, más tomaba el valor. Pasara lo que pasara, no bajaba la cabeza. Y se han vengando en no darme certificado de egreso. ¿Sabe qué han hecho? Han aprovechado un error mío, cuando he extraviado la boleta de inscripción en una de las materias cuando ya estaba en mi año de bachillerato. En su momento, no me pidieron esa nota de inscripción. Y yo después la entrepapelé, la perdí. Y por no haber presentado esa boleta, han querido perjudicarme. “Ah, no. No te podemos dar certificado de bachiller sin esa boleta”.

Yo he sentido que ha sido más con la intención de que no me presente en público. Porque la graduación, la entrega de certificados era en acto público. No querían chola ahí. Un año me han perjudicado. En tres años he cursado y un año más he tenido que estar en todos esos trámites. Estaba en sus manos arreglar. Solo era una materia nomás para la que faltaba un papel, que no era tan importante; el resto estaba bien. Hemos reclamado. Llegó mi papá, que estaba trabajando en una mina para ese entonces, como despachador del ingenio. Reclamó él. También reclamó la profesora de la materia. La directora no quería para nada oír. Hasta se me ha ido el nombre de esa directora, tan mala. “Traiga la papeleta. No, y no, y no”. Ya ha sido convocado el acto de graduación, ya había invitados familiares. Todos mis compañeros ya han repartido su invitación. Yo no he podido tener la invitación para repartir a mi familia. La única que no ha asistido a la graduación he sido yo. El resto, todos los estudiantes han asistido. Incluso los que fueron a desquite. Mi certificado se quedó en su despacho de esa directora, me imagino.

Yo quería ir a quejarme a los medios de comunicación, a la radio quería ir, pero también tal vez peor hubiera reaccionado esa mujer. Lo hubiera convertido en un escándalo. Veinte cumplidos ya tenía yo. Me aguanté. Solo tramité mi título de bachiller, nada más. Y eso tardó mucho tiempo en salir, porque tuve que hacer arreglar mis certificados de notas al

nombre que salía en mi carnet, que ahí supe que estaba al revés de lo que yo me llamaba. Eso más. Pero el certificado no me lo dieron. No lo tengo. Pero acabé finalmente. Y con mi título de bachiller pensaba yo que podía encontrar algún trabajo. Los hombres hallaban trabajo, mis compañeras hallaban trabajo. Yo quería trabajar en alguna institución pública. Fui a preguntar. Me dijeron: a las mujeres de pollera no las necesitan para trabajos de oficina, excepto para hacer limpieza. Así nomás era. A mí no me han aceptado, por más que he ido a averiguar, a presentarme. Tenía ya mi lenguaje mejorado, no tenía tanta – como se dice– interferencia del aymara. Ya hablaba de manera más clara el castellano. Pero, aun así, no me han admitido en lugares públicos. ¿Qué me decían? Que aquí hay gente funcionaria, gente profesional, y que vean una de pollera, no pues. En la ciudad, las de pollera cumplen la función de ser empleadas domésticas o venden en comercio, en las carnicerías, en todo eso. Esa sería la función de las de pollera.

Pero las instituciones requieren mujeres de vestido. O sea, yo no era gente, yo no era persona para ellos. Yo dije: no puedo estar rogando, rebajándome, no lo voy a hacer. Es que mi familia tenía nomás recursos y podía en esa época mantenerme. Entonces he pensado: “Ya, a la Normal quiero entrar entonces”, porque era mi sueño ser profesora. Ahí alguien también me dijo: “Las profesoras, los profesores tienen que tener buena presencia, buena forma de hablar, tienen que expresarse bien”. Eso me dijeron, como queriéndome decir: “Vos aquí nada tienes que hacer”. Me he tenido que poner vestido para ir al examen de ingreso a la Normal Simón Bolívar. No he aprobado. Después he pensado en la Normal de Warisata, al lado de la provincia Omasuyos. He ido. Me han dicho que yo necesitaba una recomendación de alguna autoridad originaria de ahí, porque se priorizaba a las personas nacidas en provincia Omasuyos. Yo no conocía a nadie. Quedó así. Hasta ahí mis aspiraciones. Y encima le dije a mi madre: “Quisiera seguir estudiando, quisiera que me des para mis pasajes, para mis gastos”. Y mi mamá me dijo que no se va a poder: “Ni tu hermano varón está estudiando, menos te puedo dar a vos”, me dijo. Ya de ahí he tomado otras decisiones. Yo no estaba para rebajarme, para humillarme ni para limpiar oficinas. Entonces, he preferido dedicarme, de manera independiente, a hacer mis negocios, a vivir de mi trabajo. Me dedicaba a la artesanía. Tejer mantas de vicuña, macramé para mantas, pollería. Me volví especialista. Y eso he hecho hasta mis 31 años, hasta que me he casado.

Cambio de rumbo hacia El Alto

Cuando María Luisa trabajaba en casa de la profesora, sus padres habían llegado a vivir en el barrio paceño de Alto Obrajes. Vivían no lejos de la casa de la empleadora. Recién llegados de la provincia, alquilaban cuartos en una casa.

Ya egresada del colegio, María Luisa se fue con sus papás a vivir a El Alto, a la zona 12 de Octubre. Esa zona era su paradero, su guarida, como dice ella. Ahí fue que empezó a hacer mantas para cholitas, para señoras, especialmente para comerciantes carniceras, que era gente que manejaba mucha plata, y para las viajeras que se dedicaban a traer electrodomésticos. Le llovían los encargos y le pagaban bien. Ya tenía su propio capital y había adquirido fama como hábil artesana.

En 1991, a sus 31 años, María Luisa conoció a un joven de la provincia Omasuyos y se casaron.

La historia con el esposo es simple. O María Luisa la cuenta de manera simple: vivían en la Ceja, al parecer en la casa de los padres de él. Ella poseía su propio capital, sus actividades. Con su propio dinero había comprado antes del matrimonio un terrenito frente a la planta de Senkata, lejos, sobre la carretera a Oruro.

Para contar la historia que la liga a Senkata, María Luisa mira documentos, papeles. No quiere equivocarse en las fechas, porque la memoria es traicionera. Pero no todo está en los papeles, sino en recuerdos, en sensaciones. La sensación de la oscuridad cuando llegó a aquel terreno, por ejemplo.

—Ya casada he venido a mirar el terreno. Al principio, lo primero que hemos hecho era cercar con paredes. Todo era de adobe nomás. Todo era precario aquí. Han pasado todavía tres años. En 1994 ya me ya vine a habitar. Y ya con mi primera hijita he venido a habitar. Yo he encontrado esto todo oscuro. Con velas, con mecheros, así teníamos que estar por las noches. Todo esto había estado habitado mayormente por gente de Viloco. Todo este sector había sido de viloqueños, o sea, de ex trabajadores de la mina Viloco, de la Comibol. Relocalizados probablemente. Pero cuando he hecho presencia, he sentado también

mi representatividad como dueña de casa. Desde ahí me han empezado a conocer, ya hemos empezado a socializar entre vecinos. De ahí, ya me han hecho líder aquí. Me han elegido secretaria de salud y educación en la junta vecinal, tal vez porque era bachiller y ya era maestra artesana. Eso ha sido en 1996. Y claro, ya sabíamos organizarnos en la junta vecinal para reclamar servicios básicos. Eso era fundamental, los servicios básicos. Para pedir agua, luz, servicios de salud, había que presentar documentos, gestionar, organizarnos. Entonces por manzana, por cuadra, ahí ya les he ayudado a organizarse. Ya para eso hemos programado resoluciones, unificaciones. La parte documental de la zona hemos tenido que preparar, para lograr que nos aprueben la planimetría, porque hasta eso estábamos viviendo “chutos”, sin papeles en regla. Y una vez que las calles ya estaban aprobadas por la alcaldía, con perfiles rasantes y todo eso, ya hemos pensado en la instalación del agua a domicilio, de servicios sanitarios, porque primero nos instalaron piletas públicas. Luego ya vino la electricidad y también hemos pensado en tramitar que hagan el colegio. Años después, cuando en 2003 han quemado la alcaldía de El Alto, han quemado documentación oficial de propiedad que habíamos conseguido. Pero muchas zonas hemos podido tramitar la reposición de nuestras planimetrías, porque había presidentes que tenían a mano alguna copia. Entonces, con eso se ha hecho una reposición. Pero igual todo amerita mucho trámite. No es así nomás. Por ejemplo, en la época en que compramos los terrenos, todo esto había sido del Distrito 2, todavía.

No había todavía el Distrito 8, al que pertenecemos ahora. Era lejos para pedir que nos consideraran en los planes operativos anuales. Para educación, teníamos que estar en el POA, para mejoramiento de calles, del barrio, de todo. Pero estábamos bien lejos. Y eso que ya pagábamos impuestos. Antes de eso, todo esto dependía de Achocalla, que pertenece a la ciudad de La Paz. Porque eran comunarios de Achocalla los que nos han vendido los terrenos. Para urbanizarlo, ya hemos tenido que pertenecer al municipio de El Alto. Con una ordenanza municipal, la Ordenanza 065/2002, ya todo esto se ha descentralizado y ya hemos sido el Distrito 8. Hasta ese año, incluso la subalcaldía de Achocalla aquí quería instalarse. Entonces, nosotros los hemos retirado. Porque ellos no nos iban a dar agua ni servicios básicos, aunque el terreno originalmente era de Achocalla. Ya nosotros éramos alteños, del altiplano. Para inicios del 2000, “Pepe Lucho” Paredes estaba como alcalde.

Ha empezado a gestionar trabajo para mujeres con apoyo de una fundación, en todas las juntas vecinales. Ahí he sido contratada como promotora. Entonces mi junta de vecinos ya me ha dicho: “Andá, trabajate ahí, doña María”. Tener título de bachiller me ha ayudado bastante para lograr puesto de promotora. He empezado a dar clases de pollería, de macramé. Yo todo quería enseñar porque ya estaba con apuros económicos y ya no vivía con mi esposo.

Mi esposo se fue. Parece que no le gustaba cuidar a sus wawas. Habían nacido nuestras gemelitas más, como gotitas de agua. No ha aguantado la responsabilidad de criarlas. Y por la distancia misma que había hasta donde estaba haciendo sus cosas, ya no ha querido quedarse por aquí. Prefirió quedarse en la casa de sus padres, para no perder esa herencia. Yo me quedé como dueña, porque estando soltera me había comprado esto. Pero viéndome solita, con tres wawas, he tenido que luchar a brazo partido. Ya siendo promotora artesanal, después ya he podido presentarme para ser promotora en estimulación temprana con los niños de una guardería que había. Desde que he empezado en eso, me han empezado a llamar “profesora”. Pero no tenía título de profesora. Otras sí tenían, yo no. Apenas había alcanzado a presentar título de bachiller. Pero me dieron ocupación como interina. En esos años, nosotras no recibíamos sueldo, eso sí que quede claro. Nos daban alimentos secos, víveres. Azúcar, arroz, harina. Habitando aquí, todo necesitaba yo. Las promotoras teníamos una mayor ración que otras mujeres, que también recibían por tener niños. Yo tenía un cupo mejor, y lo que no usaba hasta podía venderlo.

Entonces, surgió un programa de profesionalización para todos los maestros interinos, que lanzó la Universidad San Francisco de Asís. Me he inscrito. Eso me ha permitido obtener título de maestra en el año 1996. A mis 47 años logré ser profesora, después de haber querido toda mi vida ser eso. He sacado el cartón, pero ya no he ejercido. ¿Por qué ya no? He intentado buscar ítem en alguna unidad educativa, aunque sea de portera, de regente, pero con ítem para empezar. Pero se me cerraban las puertas. Y yo necesitaba cuidar a mis hijitas. ¿Quién me las iba a ver? Para mí sí ha sido difícil. Ni a quién dejar. Ni cómo hacer. Ahí dije: “Hasta aquí nomás. No puedo estar sufriendo, mendigando”.

Además, las gemelas también estaban creciendo. La satisfacción es que ahora tengo mi título. Pagado con mi esfuerzo ha sido todo, módulo por módulo he ido pagando para estudiar. Dos días a la semana tenía que ir a pasar clases y después era hacer trabajos a distancia. Pero una vez lograda esa aspiración, ya me he dedicado de nuevo a hacer negocios muy independientes, y he podido cuidar a mis hijitas hasta que ellas han crecido.

Ahora son profesionales las tres. También tengo que reconocer el apoyo de mi mamá, que me acompañaba, me brindaba compañía. Pero ella no me lo hacía labores de casa, no. Solo me ayudaba viendo a mis hijas. En todo ese tiempo, horarios yo me hacía para trabajar. Horario para terminar mis clases. Horario para participar en la dirigencia. Horario para cocinar, horario para lavar (mayormente en la noche yo lavaba). Y además me ha ayudado mucho tener casa sobre la avenida. Unas tienditas precarias he hecho construir y eso he alquilado. Eso me ha ayudado a lograr solvencia económica y ya no he sentido muchas carencias. Y además, juntando lo que me daban por hacer mi trabajo, que era de promotora aquí y allá. Entonces, eso ha sido mi forma de mantenerlas a mis hijas y ser parte de mi junta vecinal.

La debacle de las cúpulas dirigenciales

El año 1999, siendo María Luisa secretaria de salud y educación de su junta vecinal, acudió en calidad de delegada al congreso de la Federación de Juntas Vecinales de El Alto. La eligieron como vocal, dentro del comité ejecutivo de la FEJUVE. Asumió el año 2000.

En 2002, ya como miembro de la FEJUVE, estuvo presente en la lectura de la ordenanza municipal que disponía la descentralización y creación del Distrito 8. Fue una concurrida reunión organizada muy cerca de su casa, en el barrio 25 de Julio II. Para entonces, el Distrito 8 tenía entre 80 a 100 barrios, según calcula ella, y cada barrio contaba con 15 a 20 manzanos. Actualmente, dice, hay como 260 barrios en el Distrito 8. Eran tiempos en que se iba fortaleciendo la FEJUVE, cuando se unificaban los barrios, crecían las zonas, los distritos. Eran tiempos en que se peleaba a la alcaldía, al gobierno para lograr que la ciudad avanzara.

Esa FEJUVE, sólida, unificada, construida durante décadas, logró en aquellos años de rebeliones y duras resistencias llamarse “la gloriosa FEJUVE”, luego de la masacre de la población civil que hizo un convoy militar en la ruta de la planta de Senkata ha la Ceja de El Alto.

En 2005, en un nuevo congreso, eligieron a María Luisa como miembro del tribunal de honor de la FEJUVE. En 2006 y 2007, ejerciendo María Luisa ese cargo, les tocó a las juntas vecinales de El Alto, y a la FEJUVE, como su organización matriz, apoyar y defender militantemente la Asamblea Constituyente, aquel acontecimiento extraordinario de refundación de Bolivia que se estaba desarrollando en la ciudad de Sucre. María Luisa viajó a la capital a la inauguración de la Asamblea, el 6 de agosto de 2006.

—Qué emoción, qué alegría. Jamás había visto tanta gente de todo lado del país, con sus trajes, sus vestimentas. Y se estaba realizando lo que tanto habíamos soñado. Era la propuesta del pueblo. No ha sido un invento de Evo. Y he visto tantos pueblos y naciones que habitan mi país, oía hablar tantos idiomas. Una emoción única. Ese día, en medio del gentío, hasta perdí por un rato a mi hijita mayor. Y yo ahí desesperada: “¿Para qué la he traído para perderla?”. Ella, bien inteligente, se había apegado a la gente del vicepresidente de la FEJUVE para no perderse. Cientos de alteños hemos ido a Sucre, a desfilar también. Y después, al año siguiente, hemos ido ya a reclamar, a reclamar que ese pedido de capitalía plena no prospere porque se quería hacer fracasar la Asamblea Constituyente.

¿Qué se hace dentro del tribunal de honor?

—Se vigila a los ejecutivos de la FEJUVE. Tiene que haber estricto control sobre lo que hacen, porque a veces se desmarcan, se van al favoritismo político, a la conveniencia personal. Eso vigilaba el tribunal de honor, para mantener unificada a la federación. No pensábamos que iba a pasar lo que estamos viendo ahora, que ya hay cuatro FEJUVEs paralelas. En esas épocas, ¡qué iba a permitir el tribunal de honor estos paralelismos! Yo fiscalizaba mucho, y muchas veces los dirigentes ha tratado de esquivar a nuestras convocatorias, porque les estábamos llamando la atención, porque no controlaban que aparecieran los loteadores adueñándose de los terrenos. Los loteadores son gente mañuda,

maleante. Muchos, se hacían llamar “sin tierra”, “sin techo”, y no eran, así, pobrecitos. Eso yo he visto y me consta que muchos “sin techo” son millonarios, buscan terrenos baratos, hacen expropiar o compran 20, 30 lotecitos y especulan con las propiedades y tienen “muñeca” directamente con la alcaldía y con la cabeza de la FEJUVE. Entonces hacen sus negociados y quiebran a la FEJUVE, quiebran a la alcaldía, quiebran a las leyes. Esto ya es interés propio, ya no es una lucha social, popular. Y en medio aparece la ambición que corrompe a los presidentes, al ejecutivo, a la presidencia. Ya no hay una convicción de lucha, ya no hay un liderazgo.

Eso ocurrió, de a poco y lentamente. ¿Quién les dio tanto poder a los ejecutivos? ¿Quién los corrompió así? María Luisa dice que fue el Estado, en este caso, la alcaldía y los partidos políticos, para tener cómplices y socios, no líderes contestatarios. Las cúpulas que manejaban la FEJUVE desde los distritos, desde la presidencia, la vicepresidencia, se fueron convirtiendo poco a poco en clientes, en cómplices y hasta socios de los alcaldes, de los partidos políticos, del partido en función de gobierno. Esa corrupción, sin embargo, no se podía generalizar a todas las dirigencias, solo a las principales cabezas, a los mandamases.

—A la cabeza es a la que le pasan la solicitud, la invitación, le lamen, le agasajan, le dan sueldo oculto, un cargo fantasma; así el dirigente o los dirigentes principales ya quedan agarrados del poder. Y eso ya ha empezado a podrirse al finalizar el año 2015 con la alcaldesa Chapetón, que ha hecho un drama con todas las dirigencias vecinales, como a sus enemigos a todos ha empezado a tratarlos. Y así ha surgido ya una federación paralela. Antes, para cuidar que no pasaran esas cosas, estaba el tribunal de honor. Su función está bien clara en el estatuto orgánico.

La masacre de Senkata

En la segunda semana de noviembre del año 2019, vecinos autoconvocados empezaron a bloquear de manera espontánea la salida de cisternas con combustible de la planta de Senkata, como protesta al derrocamiento del presidente Evo Morales, la quema de la wiphala por parte de

policías y el establecimiento de un gobierno de facto. Había una suerte de reproducción de las protestas de 2003.

María Luisa Vargas no estaba viviendo en Senkata. Estaba viviendo en la Ceja.

—Yo me había ido un tiempo antes con mis hijas porque estaban construyendo mi casa. Estaban vaciando la loza, sin puertas incluso estaba.

Aparte de ese bloqueo, se organizaba también de manera espontánea constantes marchas de protesta, especialmente por parte de los vecinos del Distrito 8, rumbo a la ciudad de La Paz. Durante algunos días, bajaron multitudes de alteños a protestar a la hoyada, mientras Senkata permanecía bloqueada. Como una semana después, más exactamente el martes 19 de noviembre, entraron los tanques por la avenida, a desbloquear la salida de las cisternas de la planta de hidrocarburos.

—En esos días, los militares se habían entrado por aquí, por mi casa, a disparar a la gente. No solo en la avenida estaban matando, también se entraron a las viviendas, a disparar a la gente.

Yo he tenido que venir desde la Ceja, caminando, a averiguar lo que estaba ocurriendo, porque no había movilidad. No había ni una convocatoria de los dirigentes. No había nada. Las tres FEJUVES estaban peleadas. No había uno solo que se animara a convocar. Por esa época, yo era presidenta de la junta de vecinos del barrio La Misión, que es donde yo pertenezco, casi al límite del barrio 25 de Julio. Y eso nos preguntábamos: ¿Por qué están callados los dirigentes? ¿Cuánto de plata se han recibido para quedarse callados? ¿Por qué los dirigentes no han salido rápido? Hubiéramos evitado quizá la masacre a nuestros hermanos. Para eso estaban los dirigentes. Nadie de las FEJUVE, nadie de los distritos, algunos pocos han dicho algo, los exdirigentes. Por ejemplo, mira, los doscientos sesenta y tantos ejecutivos de juntas de vecinos estábamos sometidos a su convocatoria. El dirigente nos tenía que convocar a un ampliado de presidentes de las 62 urbanizaciones. Ahí teníamos que decidir todo. ¿Qué decisiones íbamos a tomar frente a esta circunstancia,

frente a esta problemática? Y él no ha dicho nada. ¿Por qué no ha hecho? Así nomás hemos perdido la FEJUVE, la “gloriosa FEJUVE”. El nombre residual nomás queda. No hay ahora una institución única, contestataria, de peso, de fuerza, de decisión. Después, han llegado hasta Senkata del Distrito 2, del 3, del 6, de todos lados han venido a este lado, a velar los muertos, a acompañarlos. Con sus estandartes las juntas vecinales; han venido también los gremiales, las vendedoras de los mercados, las asociaciones de artesanas, los estudiantes de la Universidad Pública de El Alto, los mineros, los campesinos de algunas provincias, la prensa internacional ha venido. La prensa de La Paz y del Alto no estaba. Era una enorme multitud en toda esta zona, un llanto general en toda la avenida. Hemos ido a velar los muertos a la iglesia San Francisco de Asís, que está en el barrio 25 de Julio. En nuestra zona, que es la Panorámica II, dice que había muerto también una persona, pero parece que los familiares se la llevaron a velar en Satélite.

Dos veces yo he visto las muertes. Primero vi el 2003, cuando recién estábamos construyendo cuartitos y muralla en esta mi casa. Después vi el 2019, cuando vine al velorio caminando desde la Ceja. El 2019 nos han acusado de querer hacer volar la planta a los vecinos de Senkata. Es mentira. Mira, es peligroso este yacimiento, es peligroso vivir también aquí. ¿Qué pasa si se incendia? Los vecinos saben eso. Su bloqueo solo ha sido para que no saquen combustible y ahí les han venido a matar con tanques, con fusiles, helicópteros y aviones. Y la asistencia a marchas a La Paz ha sido por autoconvocatoria, ni el presidente de la FEJUVE ha convocado. Ha sido accionar del vecino no más. Familiar del vecino no más ya ha actuado. Ya no han actuado las autoridades líderes, que deberían haber hecho eso. Pero estábamos divididos. Por eso nos han derrotado, nos han matado, han perseguido y encarcelado a mucha gente. Nuestros dirigentes ni se han dado a la tarea de ir a verles, de sacarles de la cárcel. No se han animado, no han dado una conferencia de prensa como autoridades. Ha habido mucha dejadez de las FEJUVE. Por eso digo: ya no hay la gloriosa Federación de Juntas Vecinales de la Ciudad de El Alto; esa institución contestataria en defensa del vecino, en defensa de la sociedad, ya no hay.

A mí me duele y me va a doler para siempre que se haya quebrado la FEJUVE. Tenemos que velar siempre por la unidad, no corromper con política partidaria nuestras organizaciones

porque eso nos destruye por dentro. Yo hablo con conocimiento de causa, porque he estado en muchas dirigencias. Yo he sido parte del comité ejecutivo de las Bartolinas¹¹ del departamento de La Paz entre 2009 y 2010. También he sido autoridad originaria de mi estancia San Francisco, en la provincia Pacajes, el año pasado. Y también he sido del MAS; yo he ayudado a organizar en esta zona y por eso he tenido todavía que esconderme el 2019 de la gente agresiva. Dos veces he sido también tribunal de honor. Primero en la FEJUVE, para los 14 distritos, en 2006-2007. Y en junio de 2021, pasé a integrar el tribunal de honor de la Federación de Juntas Vecinales del Distrito Sur de El Alto, que tiene 6 subdistritos y 260 juntas vecinales. O sea, yo he vivido mayormente en el mundo de las dirigencias. No he sido funcionaria, tampoco he sido para limpiar oficinas. Y según eso, yo voy a hablar siempre. No me voy a dejar callar. Si yo hubiera estado sanita ahorita, estaría de nuevo correteando.

11. Se conoce como “Bartolinas” a las mujeres afiliadas a la Confederación Nacional de Mujeres Campesinas Indígenas Originarias de Bolivia Bartolina Sisa y a sus federaciones.

Un mensaje para las mujeres

Con todo lo que va a venir, aunque tenemos la Constitución vigente, yo creo que la discriminación va a seguir, sobre todo para las mujeres de pollera. Y ante eso hay que resistir, no dar marcha atrás. No hacerse humillar. Y siempre adquirir conocimientos. Porque nos pueden quitar riquezas materiales, pero nadie nos va a quitar los conocimientos.



Betty Paz

FLOR DE TANI TANI

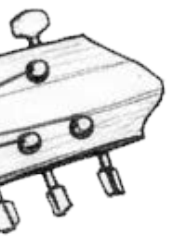
Ser alguien que canta

Betty Paz es su nombre artístico, su identidad personal. Pero su nombre extendido es Bertha Emiliana Paz Cabrera. Ese extenso nombre es el que generalmente usa para trámites jurídicos y gestiones administrativas. Para sus actividades artísticas, usa el más breve, más fácil de recordar.

Nació en la ciudad de La Paz en 1959; sus padres se fueron a vivir a la mina Colquiri, en el altiplano paceño, pero no a trabajar bajo el ala de la Corporación Minera de Bolivia, sino en la minería independiente, la minería chica, la minería no estatal que pagaba impuestos al Estado.

El padre se dedicaba a extraer mineral del socavón San Martín y del socavón Esperanza. Su madre, aparte de criar 8 hijos (Betty y siete hermanos más), vendía café, rellenos o chicharrón y criaba algunos cerdos en los pastizales andinos, cuya carne empleaba para alimentar ocasionalmente a la familia y para vender comida en los días del pago de los obreros, en las ferias de Colquiri y en los pueblos vecinos.

Betty aprendió las primeras cosas del mundo al amparo de la lengua en que le hablaba su madre, el aymara; prosiguió su aprendizaje en la escuela de la Empresa Minera Colquiri y, también, en los servicios religiosos de la secta evangélica Asambleas de Dios, que matizaba sus liturgias con



atractivos cánticos en coro. Cantando en el coro, Betty empezó a desarrollar la voz y el oído musical, pero también la idea de que algún día dejaría la áspera vida minera para “ser alguien”. No “alguien” a secas, sino “alguien que canta”.

Mientras ella soñaba con ser una gran artista, la mala suerte perseguía a su padre. Nunca logró hallar una veta de importancia. Dice Betty, recordando al padre:

—Yo siempre lo veía alejarse a pie hacia la montaña, llevando una “calcuta” como mochila, su picota y pala, nada más. Con sus amigos se perdía una semana, varios días, y volvía con un poco de mineral; y con eso viajaba a Oruro a vender. Con eso nos mantenía. No teníamos una vida de lujo, pero gracias a Dios y con su bendición, un pan alcanzaba para partírnos a todos (porque los panes que se solía hornear en las panaderías mineras eran enormes).

En general, lo que había se comía y lo que había se vestía, dada la escasez de comestibles y lo constante del frío.

Junto con ese frío, la pobreza también se colaba en las casas de Colquiri. En la casa de Betty, era la madre quien ponía el cuerpo para impedirlo, porque el padre, que proveía con su trabajo en la mina, viajó por un año a la Argentina, para aprender cómo se hacían las baterías para los autos. La madre se levantaba de madrugada para preparar café, rellenos y chicharrón (cuando había carne de chancho) para la venta. Si cocinaba el apetecido chicharrón, al volver a casa, sus hijitos y los amiguitos y amiguitas de sus hijitos le esperaban con sus platitos para recibir los restos del chicharrón, el kjonchi (la borra, el resto) que quedaba en el fondo del perol. Terminada la jornada, se metían todos en una enorme cama; la madre se sacaba su gruesa pollera y con ella recubría, por encima de las frazadas, a su prole. Había pobreza, pero los pequeños eran disciplinados y resistentes, no hacían berrinches innecesarios ni pedían nada que no se pudiera obtener.

Cuando Betty transitaba hacia los 13 años, toda la familia Paz Cabrera se mudó a vivir a la ciudad de El Alto, a una vivienda alquilada. Era una casa pequeñita cuyos espacios tuvieron que estrechar aún más para que en la parte delantera el padre abriera un taller de baterías y en la parte de atrás acomodaran la cocina y el dormitorio con la enorme cama que la madre compartía con sus hijos

y la cama individual donde el padre dormía. Entre tanto, Betty y sus hermanos estudiaban en el colegio Juan Capriles, que quedaba al frente de su casa, y la madre vendía café y rellenos en la puerta de ese establecimiento.

Cierto día, el padre colgó en una pared de la vivienda el charango que conservaba como recuerdo del abuelo. Era un charango viejo, con cuatro cuerdas flojas y desafinadas.

Betty lo descolgaba de vez en cuando, lo acariciaba, hacía sonar las cuerdas, lo volvía a colgar.

—¿Quieres aprender a tocar? -le preguntó el padre.

—Sí -dijo Betty, quien por entonces tendría unos 15 años.

El padre tomó el charango y fue con su hija a buscar a su amigo Ernesto Cavour, en la Peña Naira, que quedaba en la calle Sagárnaga, a pocos pasos de la iglesia de San Francisco, en La Paz. Después de revisar el instrumento, Cavour trajo un juego completo de cuerdas, encordó, templó y punteó una melodía. Betty recuerda todavía el sonido del punteo:

—Parapapapapá. Yo enseguida me grabé ese sonido en la cabeza, y ya en casa lo practicaba y practicaba.

En esos afanes andaba la jovencita cuando un joven músico, Hugo Escobar, que iba a tomar café al puesto de su madre se ofreció a darle breves lecciones de acordes y trémolo. Así Betty fue avanzando poco a poco en el aprendizaje.

Y más aprendió cuando su padre la inscribió a un instituto que tenía en la Ceja un músico ya viejo y medio ciego, a quien solo recuerda como don Mario. Don Mario, pese a su discapacidad, sabía leer también la suerte en los naipes. Y fue en los naipes que vio:

—Vas a cruzar un lago grande, un charco enorme, y te vas a ir... Pero nunca te vas a acordar de mi nombre completo.

Betty no le creyó.

Nace el Grupo Bolivia

Como su vivienda era muy estrecha, seguía ella practicando el charango en un rincón del taller de su padre. Tocaba y cantaba.

—¡Qué bonito canta mi hija!

Todo era bonito para el padre. O quizás solo lo decía para impulsar a su hija. Los halagos obtuvieron resultados. A sus 17 años, venciendo el miedo, Betty se presentó en solitario a un concurso musical en la televisión.

En ese mismo concurso estaba participando una joven que tocaba guitarra. Nancy Pomier se llamaba. Era elegante, educada, de trato gentil y, evidentemente, de familia acomodada de la ciudad de La Paz.

—¿Por qué no hacemos un dúo? —le propuso a Betty, adolescente, asustadiza, de aspecto arisco y, evidentemente, de familia pobre de la zona de la Ceja de la ciudad de El Alto.

Betty empezó llamándola “señorita Nancy”, no solo porque se sentía achicada ante su aspecto, sino porque se sentía, en verdad muy pequeña y tonta frente a una mujer hecha y derecha de 21 o 22 años, que a la sazón estudiaba para ser maestra de sociales en la Normal y para ser abogada en la universidad. El tuteo, la confianza y la amistad llegaron después. Antes, hubo todavía lecciones de música para la aprendiz adolescente de parte de la estudiante normalista.

El padre y la madre de Betty las apoyaron moralmente. Las chicas se bautizaron como Dúo La Paz y empezaron a ganar concursos y a concitar la atención de otros artistas. Esos otros artistas les avisaron de un festival folclórico en Copacabana, junto al lago Titicaca. Por supuesto que fueron. Betty ya estaba por alcanzar la mayoría de edad y sabía cuidarse muy bien pero, por si acaso, sus padres le mandaron como compañero y vigía a su hermanito Richard, de ocho años. En Copacabana, el Dúo La Paz ganó el primer premio en la categoría femenina. En la categoría de solista ganó una joven normalista llamada Luisa Molina. Andando por la ruta turística al Calvario,

empezaron a congeniar entre las tres y resolvieron juntarse en trío. Ahí nació el Grupo Femenino Bolivia. Luisa llevaba la primera voz y hacía percusión con su bombo, Betty el contralto y charango, Nancy con su guitarra hacía voces complementarias. ¿El año? 1979 o 1980, posiblemente. Betty no puede precisar bien. Lo que sí recuerda es que sus primeras actuaciones las hicieron en la peña Los Escudos, que quedaba en el Prado de La Paz. Para saber si había contrato, Betty tenía que llamar a sus colegas usando el teléfono del Hotel Alexander, a razón de un peso el minuto de conversación. Si había, bajaba a La Paz previendo una hora o dos de viaje en colectivo.

Los conciertos eran, obviamente, nocturnos, y se prolongaban, a veces, hasta pasada la medianoche, lo cual resultaba dificultoso si se vivía en El Alto. Pero eran los gajes del oficio y había que adaptarse.

En esa época, Betty ya tenía acompañante para sus caminatas. Era su hermana menor, Sofía Paz Cabrera, que estaba aprendiendo a tocar quena y zampoña. Por su lado, Betty ya estaba estudiando en la Normal para ser maestra de música.

Hacia 1982, el Grupo Femenino Bolivia era ya un cuarteto conformado por Nancy Pomier, Luisa Molina y las hermanas Betty y Sofía Paz. Posteriormente, se volvió quinteto con la inclusión de Hortensia Daza, y finalmente sexteto con la inclusión de Teresa Vela.

El éxodo paulatino de las fundadoras empezó con Betty Paz. Ella se acuerda cómo fue aquello:

—Yo veía que mi padre se sacrificaba por nosotros. Siempre sus manos llenas de grasa, siempre agachado sobre las baterías. Y yo, viendo eso, decía: “Quiero ser profesora, rápido”. Yo estaba desesperada por trabajar, por ganar algo más para aportar a la casa, porque cuando tocábamos se ganaba muy poco y se caminaba mucho, hasta muy altas horas de la noche y después nos tocaba subir hasta El Alto. A veces no había movilidad. A pie hemos empezado a subir algunas veces con mi hermanita, con miedo y con frío. Por todo eso, he preferido continuar mis estudios en la Escuela Normal Simón Bolívar y dejar el grupo Bolivia. Yo y mi hermanita nos salimos. Luego Luisa Molina se fue a Estados

Unidos, Nancy Pomier también dejó de asistir. Se quedó Teresa Vela a cargo. Ahí empezó a decir que era la fundadora del grupo, cosa que no es verdad.

Pero la inquietud de la actuación musical perseguía a Betty. Ya siendo profesora de música en una unidad educativa de la ciudad de El Alto, volvió a la idea de tocar en una agrupación musical. Ahí nació el grupo Flor de Tani Tani.

Flor de Tani Tani

Fue el padre de Betty, Humberto Paz Alarcón, quien sugirió el nombre. Le dijo que la flor de tani tani [*Gentianella primuloides*, planta de la familia de las primulas] es la flor del amor; que sus pétalos se usaban como mixtura en los matrimonios en su pueblo natal; que, para las penas causadas por el mal de amores, se los podía beber en infusión.

Flor de Tani Tani se fundó con las hermanas Betty y Sofía Paz, con Irma Morales, que era también profesora de música, y Lucía Chambi. Poco después, Irma Morales trajo al grupo a sus exestudiantes de colegio: Patricia Limachi, María Elena Paz y Lourdes Lazarte, que resultaron ser fieles y entusiastas compañeras de agrupación.

Con todas ellas, ensayar y tocar en El Alto era más fácil. Aunque prácticamente no había peñas ni locales de música folclórica, encontraron un amplio campo de acción artística en las serenatas de los colegios, en actividades de instituciones públicas, en las kermesses y ferias.

Lourdes Lazarte fue la primera en irse, porque tenía un novio que la controlaba y no le dejaba hacer vida artística. María Elena Paz también se fue, tal vez por aquello que entonces se llamaba “motivos familiares” (probablemente, el control dañino de algún pariente varón, un padre, un esposo o la censura social sobre las mujeres). Después se fue Patricia Limachi, dentista de profesión, porque tuvo una niña y tuvo que renunciar para cuidarla, ya que no contaba con la participación corresponsable de su pareja.

Posteriormente, llegaron al grupo otras jovencitas. Pero según Betty, buscaban solamente aprender algo para luego, usando como trampolín al grupo, saltar a otros espacios. Betty recuerda

que les daba la bienvenida a todas, a todas les enseñaba y guiaba. Hubo un tiempo en que la agrupación contaba hasta con diez chicas. Entre ellas estuvo, por ejemplo, Siria Vera, que llegó a ser cantante del Grupo Bolivia.

Y finalmente se fue del grupo la profesora Irma Morales. ¿Por qué se fue? Betty Paz tuvo ocasión de preguntárselo muchos años después.

—Le he preguntado y ella me ha dicho: “Yo, siendo maestra, traje al grupo a mis alumnas, aunque ya habían salido bachilleres, las seguía considerando mis alumnas, y al ver que Patricia quedó embarazada, yo sentí que, como maestra, no pude cuidarle, no pude explicarle a tiempo cómo era la vida, y cómo la sociedad no deja surgir, siendo ella tan jovencita. Yo he preferido salirme”.

Con la salida de Irma Morales, y con la amarga experiencia de las jóvenes oportunistas que llegaban y se iban, quedaron en Flor de Tani Tani solo las hermanas Paz y Lucía Chambi.

Ahí fue que Betty Paz se enamoró y amplió el grupo, o amplió el grupo y se enamoró.

Eso ocurrió al invitar a Miguel Villanueva, un músico algo más joven que ella, mujeriego y enamorado, del cual se había prendado, y al novio de su hermana, Gregorio Salinas, para sumarse como intérpretes de vientos y de guitarra, respectivamente.

El romance con Miguel hizo que Betty desviara momentáneamente su rumbo. Ya no pensaba en ser una gran artista. Pensaba en que siendo “algo mayor” –la edad con respecto a su novio parecía ser una fijación, pero apenas era cinco años mayor que él– ya era hora de tener hijos, de criar familia. Así nació su primera hija.

Por otro lado, Betty también amaba profundamente a sus padres. Siendo todavía niña, cuando ya vivían en El Alto, escuchaba a don Humberto trabajar en su taller de baterías hasta altas horas de la noche y a su madre machacar la carne para preparar los apanados de la comida que iba a vender al día siguiente. Betty se ponía a orar: “Algún día quiero ayudar a mi familia”.

La Peña Folclórica Chacaltaya

Con los años, sus padres lograron juntar algún dinero y compraron un terreno de 600 metros que pagaban en cuotas. El lugar estaba muy cerca de la Ceja de El Alto, a la vuelta del Hotel Alexander, pero carecía de todos los servicios básicos, empezando por electricidad y agua.

Una noche, cuando Betty actuaba en La Paz, siendo todavía parte del Grupo Bolivia, un espectador se acercó a felicitarla y le dejó su tarjeta de presentación. Ya en casa, Betty se fijó en el nombre. Era un ejecutivo o funcionario importante de la Mutual La Paz. Con su padre visitaron a aquel señor para que les ayudara a obtener un préstamo para construir una casa sobre el terreno de 600 metros. Lo lograron.

Pero deuda era deuda, y el padre iba sumando a sus múltiples obligaciones económicas el pago de las cuotas a la mutual, mientras encorvaba más y más la espalda debilitada en su taller de baterías y la madre seguía madrugando para vender comida. Así transcurrieron los años.

En otra oportunidad, actuaba Flor de Tani Tani en un lugar de El Alto. El entusiasmado público empezó a gritar, quizás reclamando una repetición o un saludo: “¡Flor Tani Tani!, ¡Betty, Betty!”.

Sofía fue la de la idea:

—¡Mira! La gente nos quiere, ha venido por nosotros, le gusta el folclore... Oye, ¿por qué no ponemos nuestra peña?

Ya en casa siguieron analizando. Solo contaban con un ambiente grande, el local de 600 metros cuadrados en la planta baja del edificio que todavía su padre no lograba levantar. Podían separar la sala y dejar un espacio para servicio de bebidas y comidas usando cajas de cerveza. No había muebles. Improvisaron. A un vecino, dueño de una barraca, le pidieron en préstamo o alquiler unos tablones. Apoyando cada tablón en cajas de cerveza y cubriéndolo con frazadas lograron armar unas cómodas bancas. A eso sumaron algunas mesas y sillas prestadas por otros vecinos. Con apoyo de la madre, cocinaron; con apoyo del padre, compraron abundante cerveza. Y actuaron.

En las siguientes jornadas, llamaron a participar a otros grupos de folclore y de cumbia, por ejemplo, a Los Lince de Bolivia, orureños cumbieros, amigos del novio de Betty, a Los Canarios del Chaco y hasta al famoso humorista David Santalla. De ese modo apareció una de las primeras peñas de El Alto, la Peña Folclórica Chacaltaya, que rebosaba de gente, de popularidad y de éxito.

El padre decía que no le gustaba vender cerveza, pero contando el dinero cambiaba de opinión, porque eso ya alcanzaba para pagar la deuda con la mutual. Betty se dedicó al negocio. Hizo ampliar la cocina, los baños, contrató personal, adquirió mobiliario. Si bien continuaba actuando esporádicamente en la peña y en otras actividades artísticas para no perder actualidad, ya estaba sin tiempo para ensayar nuevo repertorio. En la enorme sala de baile puso hasta dos orquestas que intercalaban sus presentaciones. Atendían como diez meseros y en la cocina contaban con hasta cuatro cocineros. De noche era la peña, y de día un restaurante o, más bien, la pensión Chacaltaya, también abarrotada de comensales.

—Ha debido ser el año 91 al 92 que nos ha dado una bendición total el Señor Dios. Ya manejábamos moneda buena. Con mi papá ya pagábamos sin problema al banco, nuestra casa ya era propia y trabajábamos todos los hermanos. Y, por supuesto, mi papá también era el de la mañanita, él era quien limpiaba todo el restaurante con algunos otros jóvenes. Y yo trabajaba hasta altas horas de la noche. Mi sistema de trabajo siempre era el café y el sándwich. Mezclaba cebolla, tomate con huevos y lo ponía en panes, hartos. Entonces, a los clientes que se quedaban a pernoctar les invitaba eso. Había cholitas que venían de lejos, que trabajaban “cama afuera”, seguramente, en una ciudad de empleadas domésticas como era La Paz. Hartas subían a bailar a nuestra peña. Se disfrutaban bailando bien. Pero luego yo no permitía que se vayan cuando eran altas horas de la noche. Todas se quedaban en una esquinita, sentaditas, peinándose, riéndose. Y su café y su sandwichito era gratuito. A todos los que se quedaban así medio mareaditos, que se pasaban de copitas, yo los protegía, no les botaba. Mucho menos a las cholitas. Hermosas cholitas, jovencitas, venían a bailar, también venían a consumir. ¿Cómo se iban a ir a esa hora? Si pululaban los maleantes. No les permitía. Llegada la mañanita recién se iban a sus trabajos, sanas y salvas.

En cierta ocasión, llegaron a almorzar los integrantes del grupo Los Awatiñas. Ya eran famosos por la carrera musical que estaban labrando en Europa, no solo con música sino con su aspecto

exótico de indígenas. Betty Paz recuerda que uno de los integrantes, posiblemente Mario Conde, le habló:

—¿Qué estás haciendo aquí con ese rostro que tienes?

—No entiendo -dijo ella.

—Es que tienes un buen rostro indígena, deberías estar actuando en la peña. Pero estás vendiendo comida, te estás olvidando de la música, ya no estás activando mucho. Mira, vamos a dar un concierto en la Radio Fides, quisiera que vengas a actuar con tu grupo, solo dos temitas, mientras nos cambiamos nosotros.

Dicho y hecho. Betty convocó a su hermana, a su comadre Lucía Limachi, al guitarrista y al vientista y, como Grupo Flor de Tani Tani, fueron a actuar con dos canciones al concierto de Los Awatiñas en Radio Fides, cantando temas populares en quechua y aymara.

Al finalizar la intervención, Mario Conde le dijo:

—Me gustó tu actuación. ¿Te gustaría viajar a Europa? Dame tu número de teléfono.

¡Claro que sí! Europa era el sueño de todo artista folclórico. Poco después recibió la llamada de un señor proponiéndole una gira por Finlandia con un ballet folclórico. Y aún pasó tiempo hasta que la posibilidad se concretara. Ya Betty estaba embarazada de su segunda niña cuando el contratante anunció la fecha.

—¿Cuándo vas a dar a luz? -preguntó él.

—En enero.

—Tienes tiempo para amamantar. Enero, febrero, marzo. A finales de marzo será el viaje.

Tres meses tenía Betty para dedicarse a su recién nacida, a sus dos hijitas. Habló de eso con su compañero, padre de las niñas. A él le interesaba más la gira. Se desligó de la decisión.

—Si tú quieres, vamos. Si no quieres, no vamos.

Sueño con Finlandia

Los padres de Betty se ofrecieron a cuidar a las pequeñas. Y Flor de Tani Tani emprendió el viaje en marzo de 1992.

Entre concierto y concierto, sintiéndose terriblemente culpable, Betty se sacaba la leche de los pechos pensando cómo estarían sus pequeñas. Tardaron tres o cuatro meses en la gira. Betty tardó muchos años más en curar aquella culpa, aquel dolor secreto que, en medio del sueño nocturno, cuando descansaba en hoteles lujosos, le punzaba la conciencia. “Soy mala madre, soy mala madre”.

De día podía olvidar y hasta extasiarse con los boscosos paisajes nevados, distraerse con las entrevistas en televisión, con los paseos en ciudades limpiísimas y modernas, con la gente de piel lechosa que llenaba los teatros para aplaudirla de pie, a ella, que en su tierra natal pasaba como una artista folclórica más.

—Ahora yo me arrepiento de haber dejado a mis hijas tan pequeñas. Ya no lo haría ahora así.

Pero en aquellas épocas, a nadie le importaba la maternidad de las artistas. Desde la civilizada Europa se desligaron del “problema” que conflictuaba profundamente a Betty. Le dijeron que era asunto estrictamente personal. Ni siquiera el padre irresponsable se animó a apoyar, menos los contratantes. No le dejaron margen de negociación. Sus hijas tardaron años en comprender, incluso en perdonar, el temprano abandono y otros abandonos que en adelante surgieron porque, al siguiente año, hubo una nueva visita a Finlandia por parte del grupo. Un festival en la Laponia finlandesa y de allí a los países de la península escandinava (Suecia, Noruega y Dinamarca), y luego hacia el sur, por Francia e Italia. En esta gira, su hermana Sofía y el novio, ya convertido en esposo, decidieron quedarse. Habían encontrado un nicho artístico para explotar en los pequeños países de Europa Occidental.

Betty volvió para ver a sus hijas. El padre de las niñas, mujeriego y siempre ausente, ya había atado relacionamientos en Francia y pronto se fue para allá, dejándola sola con la crianza. Es decir,

dejando que los abuelos maternos se hicieran cargo de las niñas, porque Betty también se animó a volver a Europa. La contrataban sus nuevos amigos artistas, argentinos, chilenos, peruanos, que se habían afianzado en el oficio realizando conciertos itinerantes por Polonia, Alemania, Dinamarca. Betty fue tal vez de las primeras sudamericanas (ciertamente, mucho después de Violeta Parra) que viajaban por aquellos países de esa manera.¹²

Iba a Europa a trabajar en los veranos septentrionales y regresaba a Bolivia agotada, pero con bastante dinero. Así logró comprar un terreno propio en El Alto y luego construir una casa en ese terreno.

Después se casó con un finlandés y ya pudo llevar a sus hijas consigo. Adquirió la ciudadanía del marido y hasta el apellido. Era un hombre muy tranquilo, excesivamente tranquilo, que no se problematizaba con nada, que se hacía cargo de todos los gastos domésticos, excepto de la comida, que Betty proporcionaba con su trabajo. Se avecindaron en la ciudad de Nokia, en el centro del país. Betty había cumplido 40 años y tenía a sus dos hijas creciendo a su lado. Ya no podía dedicarse a la música ambulante.

Mejóro sus conocimientos del idioma finés y pronto percibió que, como profesora de música, titulada en Bolivia, tal vez no iba a poder competir con una oferta profesional de docentes de primer nivel. Hizo un curso corto para trabajar en limpieza usando todos los protocolos y la maquinaria necesaria. Así, le asignaron un ítem como docente de limpieza en un colegio para estudiantes con discapacidades. Estuvo un par de años en ese puesto, y eventualmente tocaba rondas en el piano para animar a sus estudiantes. Al observar sus habilidades, la directora del colegio le asignó, finalmente, un ítem de profesora de música. Con ese ítem continuó trabajando hasta jubilarse en 2018, cuando empezó a tener principios de artrosis en las manos. Asistía también al coro de la iglesia luterana de su distrito y tenía un grupo musical conformado por unas veinte o veinticinco personas, donde se tocaba kántele (especie de cítara de caja), guitarra y charango.

12. Betty Paz señala que Luzmila Carpio, reconocida artista boliviana de música quechua, no se dedicaba a los espectáculos ambulantes en Europa, porque siempre actuaba en conciertos previamente pactados.

Años antes de su jubilación, cuando estaba tocando con aquel grupo numeroso, un joven – altísimo, blanco, como todos los fineses– se acercó a conversarle. Betty les tenía horror a los hombres jóvenes que actuaban con desenfado. Le recordaban la mala experiencia con el padre de sus hijas. Pero surgió la chispa y luego vino el amor.

El hombre se llamaba Jussi y estaba fascinado con Betty. Como consecuencia, Betty se divorció del marido y se trasladó a vivir a la ciudad de Tampere.

Allí hizo un curso corto de empresariado, y con el novio abrieron un bar. Café Bar Andina se llamaba, una reedición chica pero gentrificada de la Peña Chacaltaya, o al menos eso deseaba Betty. La vida con la nueva pareja estaba colmada de alegría, de planes en común, aunque cada cual habitaba en su propia casa. Ella tenía un departamento en Tampere, él alquilaba una casita en los alrededores.

Regreso a El Alto

Ocurrió entonces que el padre de Betty se enfermó. Betty retornó a Bolivia, no recuerda bien si hacia finales de 2018 o ya en 2019, a llevar a su padre a Finlandia, para que recibiera una adecuada atención médica. Ya sano el padre, lo volvió a acompañar hasta Bolivia.

—Ahí, en El Alto, lo he dejado a mi papá, bien sanito ya. Y digo: ahora me voy a Finlandia. Y cuando llego, directamente parto a visitar a mi compañero. Pero encuentro a otra persona viviendo en la casa que él alquilaba. Él había muerto mientras yo estaba en Bolivia. Se cayó, se desangró o algo así. Había muerto y ya estaba enterrado.

Así terminó el sueño del Café Bar Andina y falleció el gran amor de Betty.

Ella todavía no terminaba de secarse las lágrimas cuando irrumpió la pandemia del Covid-19 en el mundo. Bolivia atravesaba por entonces una emergencia sanitaria sin precedentes.

A mediados de ese año le avisaron que su padre había contraído el virus. Recién en septiembre Betty logró obtener todos los permisos sanitarios para retornar a Bolivia. Cuando llegó, le contaron

que a Humberto Paz lo habían enterrado en julio. Una semana antes de él, habían enterrado a su madre. A los dos los fulminó el Covid.

¿Por qué ya no retornó después a Finlandia? A causa del edificio Paz, la herencia del edificio de siete pisos que su padre hizo levantar en el amplio terreno comprado a la vuelta del Hotel Alexander.

En ese edificio, en el cuarto piso, Betty tenía un departamento. Pero al morir el padre, el hijo menor se hizo cargo de todo, cambió chapas, blindó las cerraduras, alquiló los departamentos. Nunca dejó entrar a la hermana. Luego, ella le inició un proceso penal por violencia intrafamiliar y otro y otro y otro.

Betty dice que tiene en su contra once procesos iniciados por ese hermano y un arraigo judicial que le impide salir del país. En tanto, el demandante busca, según dice ella, quedarse con la propiedad absoluta del edificio.

La ovejera

Betty ha reiniciado su vida en Bolivia. Con el dinero obtenido por la venta del Café Bar “Andina” se ha comprado una casa muy cerca del Multicine de El Alto, en Río Seco. La hermana mayor vive en el segundo piso, Betty en el cuarto piso. Las hijas, que viven en Finlandia, la visitan de vez en cuando.

Cerca a su casa, Betty tiene un canchón con un corral abrigado donde cría ovejas. Y eso se debe a que hace como tres años llegaron 10 ovejas a su vida, desde Nazacara de Pacajes, el pueblo natal de su madre.

Pasó que su madre, siempre aficionada a criar animalitos, tenía en Nazacara un compadre al que había encargado el cuidado de un rebaño. Al morir ella, el compadre ya no pudo proporcionar forraje a las ovejitas y las condujo a casa de Betty. Eran 20 ovejas por entonces. Con 10 de ellas se quedó la hermana mayor y con 10 se quedó Betty. La hermana mayor las vendió enseguida. Betty

las conservó porque, justamente en la víspera de la llegada de las ovejas, soñó con su madre cargando un corderito. Lo tomó como una señal para su vida.

Ahora se puede decir que la cantante es, además, ovejera. Eso significa que tiene trabajo para todos los días de la vida. Levantarse a cierta hora, limpiar, dar agua, dar alimento. Las ovejas ya no pueden salir del canchón, las rodea la ciudad de El Alto, con sus edificaciones de ladrillo y barro, sus calles y avenidas sin huertos, sin árboles ni jardines.

—¿Por qué me entusiasman tanto mis ovejas? Porque en esta etapa yo he empezado a conocer a las señoras verduleras, a las señoras que venden en el mercado de Villa Dolores. Son mis amigas, aparte de ser mis proveedoras. Comparo sus manos callosas con mis manos, que también son callosas y siento que son mis hermanas. Hablo en aymara con ellas y me entero de los lugares de donde traen sus productos. De diferentes lados, de distintas regiones donde producen verduras. Me venden las hojas malogradas de lechuga, de repollo, ramas de zanahoria. Y ahí las veo a diario, trabajando. Todas las señoras que venden papa, chuño, verduras, sufren; pero ellas no dicen: “Ay, qué pobrecitas somos”. No. Continúan trabajando. Eso me muestra que la vida sigue, que no para.

Y como la vida no se detiene, en 2024 Betty se animó a viajar nuevamente al Festival Nacional del Charango en Aiquile. “Nuevamente”, porque en 1987 ya ganó allí el “Charango de oro” y el título de “Ñusta del Festival”.

Con el paso de los años, sus dedos se habían vuelto torpes, pesados. Pero practicó con empeño, una y otra vez; y viajó en compañía de una joven intérprete, en representación de la ciudad de El Alto. Según cuenta Betty, tocó bonito y cantó mejor, de modo que obtuvo el segundo lugar, el “Charango de plata”, un premio que viene a completar los primeros galardones obtenidos cuando era joven, cuando quería destacar en la vida siendo “alguien que canta”.

Un mensaje para las mujeres

Una cosa muy importante es cuidarse de no ser escalera de nadie, ni de hombres ni de mujeres. Pero también ponerle mucho entusiasmo a lo que se hace, al camino que una encuentra y se traza. No dejar nunca de superarse en el arte, en la vida y rodearse de gente amiga, para que te apoyen y les apoyes, porque solita una no siempre puede. Y si puede, ¿de qué te sirve si te quedas sola?



CENTRO DE PROMOCIÓN DE LA MUJER
**gregoria
apaiza**

Con el apoyo de:

